JULIO CEJADOR Y FRAUCA

TRAZAS DEL AMOR

NOVELA PSICOLÓGICA

JR
III

hbl, brtl Storage1017
Trazas de amor :
3 9153 00628755 3

397

TRAZAS DEL AMOR

JULIO CEJADOR Y FRAUCA

TRAZAS DEL AMOR

NOVELA PSICOLÓGICA

MADRID
IMPRENTA DE JAIME RATÉS MARTÍN
Plaza de San Javier, núm. 6.
1914

Storage
1917

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

Á

Don Ramón Pérez Ayala

Mi tercera novelilla te dirijo, mi querido Ramón, no como maestro, que lo fuí tuyo, á su discípulo, para que me tomes por modelo; antes como discípulo, que tuyo soy en punto á novelar, á su maestro.

Á los cincuenta, habiendo encaminado mis estudios por otras tan apartadas veredas, no iba á pretender yo sobresalir en este linaje de obras, más propias de gente moza que se lozanea por las frescas y tendidas florestas del alegre vivir, que de varones machuchos, apesadumbrados ya por los golpes varios de la fortuna, que no cesa de macear á la continua en los tristes mortales, aparejándolos para entrar dentro de sí en busca de la filosofía, que los desengaños, hijos del sabio tiempo, van posando en el hondón del alma.

Entre las arideces de la ciencia filológica acaso amanecen días tan abiertos y soleados, que convidan al más huraño á gozar como de la remozada vida que se siente rebullir en los agobiados miembros y entonces tomo el sano consejo de echar, como dicen, una cana al aire y salir á desenfadarme por esas vuestras acostumbradas florestas. A tales días de solaz y ratos de no esperado esparcimiento has de achacar los pinitos que de novelista me ves hacer, dejando á un lado la severa gravedad de mis ordinarios estudios. Ellos no pueden ser otra cosa que capullos de novela, que apuntan en el corto veranillo de San Martín, quieren abrirse y no pasan de entreabiertos. Si á la brevedad acompañara su tantico de fino gusto y de escogido y galano decir, no fueran ellas de todo punto para menospreciar. Y créeme que por lograrlo puse cuanto estuvo de mi parte en las tres tan á deshora por mi caletre fantaseadas y por mi pluma en cortos ratos de vagar escritas.

Tú que de este sabroso y juvenil menester entiendes como pocos y te vas haciendo en él autorizado maestro, echarás presto de ver que mis capullos no llegan á cuajar en fruto sazonado, ni por sazonar siquiera. Con todo eso gozarás

mejor que nadie, como aquel que tan á fondo me conoce, el parecido que mis sentires y pensares han dejado en ellas, y al fin y á la postre, todo pensar y sentir sinceramente trasvasado del alma á cualquier obra literaria, por pequeña que sea, da de sí delicado perfume estético que, si no á la gentualla de groseras narices y burdo gusto, á los refinados artistas y personas de alto entendimiento deleitan y solazan.

Y porque no me vaya, sin sentir, deslizando en propias alabanzas que me conviertan en necio, ya que no pretenda llegar á sabio ni á perfecto ni mediano siquiera novelista, prefiero pasar por discreto dejándolo aquí, y que por discretas tan solamente, ya que no hay para más, tengas y precies mis novelillas. Sabes lo mucho que te quiere tu amigo,

Julio Cejador.

I

El partido de Fuenlabrada, aldehuela en la provincia de Zaragoza, que los geógrafos no han sabido poner en el mapa, gozaba de un médico como hay pocos. Sin ir más lejos, acaso fuera el único médico de España é Islas adyacentes, que llevase por nombre don Serapio Malasaña, y el que crea que le engaño sepa que tal rezaba por lo menos el título de licenciado, que campeaba en lujoso marco dorado en el testero de su despacho. Á este privilegio ha de añadirse otro, que tampoco tendrían muchos médicos españoles de su edad, y es que, merced á lo no del todo

biensonante del apellido, los vecinos le conocían por el nombre mondo de don Serapio.

Además por Fuenlabrada, hasta que él llegó, habían siempre pasado los médicos como raudos cometas, dejando no pocos larga cola de su aprendizaje. Como partido tan contrario á los de término, siempre habían sido mozos recién bosados de San Carlos, que procuraban subir lo antes posible, yéndose con viento fresco, como se lo deseaban, por lo menos, sus vecinos.

Don Serapio sin embargo había echado raíces, y no cabalmente por lo bien que hubiese encajado allí, sino porque no esperaba él hallar mejor encaje en la villa á donde pudiese ser trasladado.

Mi hombre poseía una virtud, la única que tenía empeño en encubrir á los labradores de la comarca, la de estar persuadido de que no sabía palota de Medicina. No había con todo mérito alguno en ello. Lo único que sabía muy bien sabido era

que no había abierto un libro, puede decirse, durante sus estudios, y que no había hecho poco con acabar la carrera á puros suspensos y merced al compañerismo que con los catedráticos unía á su padre don Torcuato Malasaña, doctor que ejercía en la Corte como afamado especialista en partos, ú *obstetricia*, según rezaba la placa de la puerta y el letrero del balcón. Fuera de esta virtud, tengo oído de boca del boticario del pueblo que don Serapio era un saco de inocentes malicias, y aunque mejor será no dar crédito á malas lenguas, acaso el Galeno, no esperando que aquélla le bastase para ir medrando en su profesión, quiso aprovecharse de éstas y no dejar á Fuenlabrada hasta ver cuánto jugo sacaba con ellas del partido.

Las malicias que el boticario hallaba en don Serapio eran de todos calibres, dellas propias de mozos, dellas más comunes en viejos. Nada de ambiciones, que presto hubieran rebosado del marco de

una aldehuela, y entonces adiós mi cuento, pues no le hubiéramos conocido allí yo ni mis lectores. La Providencia ajusta los medios al talle de los fines, y no habiendo dispuesto que don Serapio fuese un sabio doctor, no le había refinado gran cosa que digamos el enredijo de su sesera, y como en ella no advertía nuestro médico lugareño vislumbre alguna de llegar á ser con el tiempo ninguna lumbrera de la Ciencia, no se empeñó en poner los ojos más allá de la sierra que cercaba á manera de olla todo en torno el partido que le había cabido en suerte. Dentro de esta olla era donde, según el susodicho y malpensado acaso boticario, pretendía hacer él su cochura.

Con sus treinta y cinco años de edad, don Serapio tenía sus malicias de mozo y sus malicias de viejo. De mozo eran los frescos verdores de sátiro siempre triscón y nunca harto, que en sus carnes notaba sin necesidad de acudir á intrincados análisis fisiológicos, en los cuales pudiera ha-

berse visto fácilmente enredada su sencillez científica. En previsión de no hallar suficiente pasto en el ruedo y aledaños del término de Fuenlabrada, donde cebar estos briosos pujos de vida que le rebullían por dentro, hacía algunas escapatorias durante el año á los antiguos Madriles de su mocedad estudiantil, con achaque de ver á su padre, amén de aprovecharse bien á su sabor de los cotos redondos que en las aldeas del partido se había sabido afincar para su solaz y entretenimiento en tan fiera soledad y desacompañada vida.

Á fuer de ducho en los percances que ésta ofrece con las no despreciables hablillas de tíos y tías y la chismografía de barrio, planta harto crecedera y prolífica en los pueblos chicos, valíase de otra de sus más provechosas malicias, que también hay que poner á la cuenta de las de viejos, por lo menos de resabidos, experimentados y vividos, que era la solapería y linda maña que sabía darse para encubrir, enta-

pujar y enfardelar, tan cerradamente, que no se trasluciese una brizna, estos pequeños y regalados líos que se tenía guardados en varias casas del partido, á ser posible no más de uno en cada barriada, para despistar mejor el contrabando.

Cuanto al abierto montear por la Corte, donde los vedados de caza no han menester tan congojosos cuidados, pues por lo comunes y en terreno todo cimarrón nadie repara en tiquismiquis ni da importancia á chismerías ni parletas, sabía bien don Serapio que lo único en que tropiezan y se ven atajados los aficionados á tal linaje de montería es la cortedad de los caudales, que ha menester despilfarrar el que pretenda dar alcance, cobrar y retener las más lucidas piezas. Pero cabalmente para eso llevaba él en el saco de inocentes malicias de su bien engatado corpezuelo lo que él llamaba *virtud de subvenir á las imperiosas exigencias de la vida*, y que antes y después de él entre las gentes sencillas solió

siempre bautizarse con el nombre de insaciable codicia. Bien la había él menester, por ser tantos y tan largos los chirlos que en la amojamada bolsa le hacían en sus viajes á Madrid las Mesalinas, Circes y Elenas con quienes tenía que habérselas, que todos estos tres encasillados de hembras, y algunos más, había de ir hinchendo de moneda, y así es que por muchas ganas de monises que tuviese, nunca llegaban en don Serapio á romperle el saco, porque aun antes de medio colmado se le escurría é iba por estas agridulces sangrías, que él mismo se abría por Madrid.

El sueldo oficial del, como ve el lector, no del todo tonto, aunque poco sabiondo don Serapio, no daba gran cosa de sí para que pudiera estirarlo que alcanzase á llenar tan variados cauces; pero para eso era especialista en partos el científica y prácticamente sabio don Torcuato, su padre, para sacarle de apuros y preñeces de diferentes matices. ¿Para qué, si no, decíase

él, valían los sabios, si no cosechaban riquezas con su sabiduría?

Lo malo es que don Torcuato tenía otros dos hijos varones y nada menos que cuatro hijas, que á la cuenta eran muchachas, y si ellos habían de hacer carrera ó, como él, no hacerla, lo cual por las muestras que daban era cosa que se veía venir, el peculio paterno se vería con el tiempo harto mermado, y más que mermado suponía don Serapio había de hallarse, cuando las cuatro niñas elevaran al cuadrado de la hipotenusa la suma de los gastos de los cuadrados de los catetos, que por la traza lo eran ellos y ellas, tanto como él, en achaque de valer y medrar por sus puños y propio caletre.

Y he aquí por qué don Serapio, que esperaba poca cosa para el porvenir de lo que á su padre pudiese sonsacar y de él heredar, habíase valido del ojo clínico de su recia afición á la pecunia, ya que del médico careciese, para escudriñar y ave-

riguar el modo cómo podría enriquecerse fuera de su carrera, sacando en limpio lo que sin ojo clínico de ninguna especie sacan hoy y han sacado siempre los que tienen ganas de hacerse con dinero y no las tienen de afanar y trabajar, que es casarse con mujer acaudalada, por aquel sencillo razonar de que lo que no aporto yo puede aportarlo mi costilla, que, como él decía para su capote, por eso Dios quiso que la mujer lo fuese del varón, si no mentía el Génesis, para vivir á costa de ella.

II

SALIENDO de la aldea por la carretera de Madrid, á manderecha vivían las hijas de *la viuda de Lanuza*, como llamaban á la casa, ó para usar el mote con que entre los tíos había sido conocida la difunta señora, *Doña Conflitos*, aludiendo á los que con su buen marido don Tomás Lanuza había tenido, por la dureza y terquedad con que le trataba, que llegó á punto de que él se alejase de su casa, ó según otros ella le echase, ó lo que más cierto parece, entrambos á dos se descasasen, partiéndose él no se sabe dónde, á lejas tierras, cuando las niñas eran todavía ternezuelas, y ya

no se supo más de él, que si se le hubiera tragado la tierra.

En el punto que comienza nuestro cuento la viuda había muerto dos años hacía y las que fueron niñas se habían espigado y convertido en hermosas muchachas. La mayor había salido á la madre, la menor al padre.

Dos años llevaba Leoncia á Ana, y al decir de todos era acabada estampa de la viuda. Gallarda en el talle, desenvuelta en meneos, porte algo entonado, cabeza enhiesta, la cabellera como una mazorca de oro, el rostro aovado, los ojos vivos, la tez blanca, la boca perfilada y rojos los labios como de sangre de toro, la nariz un poquirritín aguileña. Era mujer escultural, descollada y cenceña de forma y talle; pero más parecía ser para contemplada y admirada que para amada y querida, según se mostraba de huraña y descontentadiza, agria y malacondicionada.

Ana atesoraba más gracia y hondura

de sentimientos, que belleza plástica y de sobrepeine. De menor talla y trigueña de color, llevaba el alma en los ojos y el donaire en sus dos hoyuelos de las mejillas; los labios algo carnosos, blanquísimos los dientes como crujientes perlas, toda ella alentaba sinceridad, modestia y candor.

Don Serapio, bien enterado y al tanto de que, aunque algo venida á menos, era aquella la casa más hacendada y rica del partido y la única biensonada de la aldea, puso en ella los ojos como en terreno de conquista y no halló mejor camino para sus intentos que el de enamorar á Leoncia.

No cabía en el codicioso y mujeriego pecho del médico el amor verdadero, porque el verdadero amor, casto y desinteresado, sólo anida entre virtudes y en corazones abonados por levantados sentimientos y noble franqueza, y él, conforme al dicho del boticario, no desmentido á lo menos por los hechos, era un saco de cosas bien diferentes. Pero en cambio, á la vista de

una *buena mujer*—era su frase,—se convertía en fragua que se encendía de un soplo; chispeábanle los ojos, enternecíansele los artejos y coyunturas de todos sus miembros, afofábansele las carnes, endulzábasele y aflautábasele la voz, cimbreábale el talle y se le doblaba la cabeza con rostro sonriente y enmelado. Leoncia antojósele buena mujer, hembra apetecible, y más bien que atizar á la sensualidad, tuvo que refrenarla aquellos días de la enfermedad de la viuda, porque no se le desbocase despeñándole antes de tiempo. De freno le sirvió el hipo que sentía de hacerse con el dinero que él se propuso sacar, beneficiando aquella rica mina, presto sin más dueño que dos niñas huérfanas. Y fué de ver con qué mirlado roncear, con qué culebrear de taimados artilugios comenzó á rondar á la espinosa Leoncia para ablandarla sin espinarse á sí y catanearla sin que ella se percatase de las intenciones del Galeno.

No abandonaba la casa de la enferma más que para cumplir aprisa y corriendo con el visiteo de los demás clientes. Hubiera dado, decía él, la mitad de lo que él sabía tras tantos años de estudios y desvelos, por salvar la vida á doña Patricia; pero la ciencia no daba más de sí con todos sus arcanos para él abiertos y patentes. El mal había arrollado á la naturaleza, la había acorralado y acosado hasta agarrotar entre sus garras á su víctima.

Los últimos días sobre todo, con aquello de consolar á las desconsoladas niñas, no se apartaba de ellas, mayormente de Leoncia. Chorreaban dulzuras de su boca, parábansele los ojos en blanco, enternecíase mirándola. Casi no las hubiera echado menos la enferma, según se les adelantaba el cariñoso señor en todos los menesteres, haciendo de enfermero, no sólo de médico.

Leoncia llegó á creer que la Providencia les había deparado en don Serapio al

remediador de todos los males, al consolador, al tutor y curador y quién sabe si al esposo que apuntalase la casa, que privada de ama vendría á desplomarse, y no era el menor cuidado que la traía perpleja desde que entrevió el mal camino que llevaba la enfermedad de la madre.

Ello es que sólo con don Serapio gastaba buenas palabras y modos corteses y hasta apacibles, mientras que con su hermana, criadas y mozos siempre se mostraba rostrituerta, cuando no espumajeaba por su linda boca toda la acostumbrada jarcia de regaños y palabradas. Nadie hacía nada á su gusto, todos eran para ella remolones, perezosos, tardos.

La tiritaina de su hermana allí se estaba mano sobre mano junto á la cabecera de la madre, hecha una pava, lloriqueando las más veces á moco tendido, sin hacer otra cosa que gimotear dengosamente. Todo cargaba—según ella añadía,—sobre sus hombros. Si no fuera por don Serapio,

que andaba hecho un azacán, ya hubiera caído en cama á puros trabajos.

Al médico estas palabras, que al regañar á todo bicho viviente, entreveraba, le sabían á rosquillas, y á mermelada la miradillas que de cuando en cuando le echaba la biensazonada joven. Y se levantaba de su asiento y corría á tomarle de las manos el frasco ó la taza de caldo ó lo que Leoncia trajese, no sin rozar espaciosa y regaladamente sus manos con las de ella, haciéndose el desentendido, bien así como quien atusa y amansa á la mula, mohina de suyo, camelándole la voluntad y procurando despertarle el deseo.

No era Leoncia nada propensa al amor, antes secota y despegada; pero ¿qué fiera no se amansó á puros halagos y qué tieso pergamino no se ablandó á fuerza de sobos más que tierno guante? Había logrado don Serapio de aquel erizo lo que nunca nadie, ni su misma madre, se pudieran haber prometido. Hasta apuntó en su pe-

cho una vislumbre de afecto por tan servicial y fino señor. Al cual le costó con todo eso el medio conquistarsela, más que al triste Jacob, con sus catorce años de servicios al sol y al hielo, la mano de la hermosa Raquel.

—Bien que ella todo se lo merece—decíase para su solapa, desleído en almibarados cosquilleos.—Es rica pieza, carnes jugosas, colores primaverales, cabeza envuelta en rizos de mieles hiladas, cuello torneado, pechera abultadamente tentadora, ¡hermosa hembra! ¡buena mujer!

Y se le hacía agua la boca y se le caían los brazos, desmarridos de gusto, y si acaso á la sazón la veía entrar ó la tenía sentada cabe sí, se derretía con el calor que en toda su licenciada personilla sentía, como pella de cera que cae en las brasas.

Tal andaba ya de bien templado el horno, cuando topándose con ella, él se sabría si al descuido, en el umbral de su aposento, de donde ella salía, habiéndose cruza-

do ligeras las miradas, llegósele el médico y le hechó al oído aquel cursi y afectado decir:

—¡Leoncia! ¡la amo!

—¡Para fiestas estamos, don Serapio!

—Á su vera, Leoncia, no caben tristezas. ¡Le digo, Leoncia, que la amo!

—¡Buen provecho le haga!

Y se apartó bruscamente del sátiro, el cual sintió no hallarse emboscado en la floresta para emprender tras su desamorada ninfa las dulces correrías de cabripiés, faunos y silvanos. Volvió á poco á la sala de la enferma y halló á su Leoncia teñidas ligeramente las mejillas en rosado tinte de buen agüero. Como el conquistador era tan impetuoso, aquella noche no pudo pegar ojo, revoleando y cruzando velozmente por su cabeza las diversas estaciones que en tales casos él se sabía de memoria suelen pasar; llegando, aguijado del prurito, hasta la meta, cual si ya en ella se viese saborendo descansadamente la codi-

ciada fruta. Con lo cual á la mañana siguiente se le recreció la dentera y halló á la muchacha más guapa y apetecible que nunca, aunque, al parecer, algo más cariacontecida que la víspera. Lo cual no empeció para que en viéndola á solas le espetase otro trabucazo:

—Leoncia, no he soñado toda la noche más que en usté. ¡La amo, la amo, la amo!

—¿Cuántas veces?—le repuso burlonamente, desfrunciendo el ceño.

—Una y mil veces.

—¿Ni una más? Pues todavía le quedan otras tantas para mañana. Don Serapio, no haga usté el sandio ni sea niño; mi madre está muy mala.

—Mas lo estoy yo por usté, Leoncia. Sáneme usté á mí de mi dolencia, que yo la sanaré á ella.

Quiso tomarle la mano, pero la arriscada moza le dió un empellón y traspuso como un gamo.

El empellón súpole á gloria, porque al

fin y al cabo siempre era un toque y por algo se empieza. Y más, que aquel día notó cómo esquivaba el mirarle de frente, haciéndolo á hurtadillas con el rabillo del ojo, y que cuando le hablaba no mostraba mayor despego que de costumbre; antes acaso alguna más dulce familiaridad. Por lo menos tal se creía el docto varón y alguna razón tendría para creerlo. Los pases por el estilo menudearon de allí en adelante, y según él decía para sí, la res, aunque huía el bulto, escarbaba la tierra, señal averiguada de tomar carrera para embestir cuando menos él se catase.

Pero no le dió lugar el enrijado médico, porque la hallaba por demás fría para el calor que á él le iba devorando, y así no pasaba día ni hora que no le echase el capote, que no la veroniquease, que no la azuzase.

III

Doña Patricia falleció una noche á las once, cosa que algún día había de suceder, bien á mi pesar y del docto don Serapio, que había echado el resto en vejigatorios, sanguijuelas, cataplasmas, pítimas, sangrías, socrocios, gargarismos, colirios, purgas, jarabes, unciones, electuarios, trociscos, ventosas, fomentos, decocciones, julepes, violebos, pastilos, sahumerios, supositorios y demás zarandajas, que de todo fué echando mano con los mejores deseos de acertar, según se le fué ocurriendo que la enfermedad pudiera ser el pasmo, la catalepsia, la pleuritis, la emicranea, la cefa-

lea, la virtigine, la scotomía, la letargia, la síncope, el sabet, la hepática, la perlesía, la estranguria, la disentería, la pasiancólica, el fuego de San Antón y otros y otros males que leía en ciertos libracos antiguos que compró en una librería de viejo en Madrid para que no pareciese su despacho sin la debida biblioteca.

Y para que se vea más la erudición de don Serapio, por ellos supo que el inventor de la Empírica fué Esculapio, según San Isidoro, Plinio y Acron Agrigentino; al cual siguieron después Filon Coo, Serapion Alejandrino, los dos Apolonios Antioquenos, padre é hijo, Glaucio, Menodoto, Sexto, Eraclides Tarentino, y la caterva de latinos, entre quienes se cuentan Marco Catón, Gneo, Valgio, Pomponio Leto, Casio Felice, Aruncio, Cornelio Celso, Plinio y otros muchos. Supo también que de la Metódica fué autor Apolo, como dice San Isidoro, y según otros Temison Laodiceo. Tras él siguió Tésalo Traliano, que con

rabia arquiloca, como dice Varron, mordió en tiempo de Nerón la opinión de los médicos sus antecesores; luego vinieron Mnasia, Dionisio, Proclo y Antípatro, Olimpiaco, Milesio, Menómaco, Afrodíseo y Sorano Efesio. De la Racional y Dogmática tenía leído que había sido después autor Hipócrates Coo, príncipe de los médicos, á quien siguieron Diocles, Caristio, Praxágoras Coo, Crisipo, Asclepiades, Bitinio, Prusias y al fin Galeno, de quien él hacía notables alabanzas, que tal hallaba escritas en aquellos libros. Toda esta erudición se la sabía de coro para dejar con la boca un palmo al rebaño de indoctos pelagatos del partido.

Falleció, pues, doña Patricia á las once de la noche. Velaron el cadáver remudándose todos los de casa y el médico, que era como uno de ella.

Ponerme á describir la cámara mortuoria con la difunta sobre una mesa rodeada de hachones, la tristeza de todos, las lágri-

mas en los ojos, las endechas en los labios, el silencio que la muerte trae entre sus huesosas quijadas y comunica á cuantos la rodean, téngolo por cosa de novelistas sobrados de tiempo.

Ello es que dicen que el amor es más fuerte que la muerte, y dicen verdad en cualquier sentido que se tome. El macho andaba harto emberrenchinado, á pesar de ella, y á la hembra, tan seca y fría para con la difunta como para con los vivos, la había ya medio ablandado aquellos días y la traía ahora, á pesar también de la muerta, no poco recalentada.

Distraída la gente inocente de la casa con el suceso, velaban unos en la cámara y otros descansaban en sus aposentos. Al suyo acababa de retirarse Leoncia, y como el Serapio la andaba acechando y era tanto el silencio de aquella noche, supo deslizarse tras ella tan á la sordina que no le sintió hasta que le tuvo dentro cerrada la puerta.

En cuclillas como estaba revolviendo trapos de un baúl, volvió la cabeza y turbóse con la no esperada visita.

Él se llevó el dedo á los labios sonriendo, y la sonrisa pasó, sin darse cuenta, á los labios de ella.

Sin saber lo que se hacía volvió á sus trapos, y este medio trato y secreto entre ambos, sellado con inconsciente sonrisa, allanó el camino al médico.

El cual se acercó pasito á la muchacha, y agachándose á su vera junto al baúl y casi rozándole la falda, le dijo como si tal cosa:

—¿Qué haces, querida?

—Aquí buscando algunas cosillas para arreglar los lutos. Pero ¿para qué ha entrado? ¡Si le hubieran visto!...

—Pierde cuidado, que no me ha visto nadie. Harto quehacer tienen todos con el miedo. ¿Tienes miedo tú?

—Yo, no; pero... vamos... sola tenía algún reparo.

—Por eso he venido á hacerte compañía. ¿Qué ropas tienes ahí?

—¡Mire! De todas clases... piezas sueltas y retazos.

El médico metió la mano izquierda entre las ropas, donde andaban las de ella, y con la derecha le rozó la rodilla dos ó tres veces al descuido y á la desentendida. Luego entre la ropa le tomó con la izquierda la suya.

—¡Hijo! Suelte, don Serapio.

—Déjame besártela.

—No quiero. ¡Pues, vaya!

—¿Por qué no quieres?

—¡Hijo! ¡Qué pesado está usté! Porque no me da la real gana.

Pero, avergonzada acaso de tan zafia respuesta, miró al médico, como pidiéndole perdón con una sonrisa y un blando mohín, que aprovechó él para apretarle más la mano y llevársela á los labios.

—¿Y qué saca usted de eso?—le dijo Leoncia retirándola suavemente.

—¿Que qué saco? Ya sabes que te quiero de veras.

—¡Sí! ¡Eso bien se lo saben ustedes decir! ¡Lo repiten tantas veces y á tantas!

—Eso no se lo he dicho á nadie más que á ti.

—¡Por ser vos quien sois! ¡Á cuántas se lo habrá rezado y trasrezado, y cuántas habrán sido por usté engañadas!

—Aunque así fuera, bien puedes suponer que no vengo yo á engañarte; á ti te digo que te quiero de veras y con buen fin.

—¡No faltaba más! Pero eso sería para hablado y tratado despacio; ahora no es sazón ni coyuntura.

—¿Qué mejor coyuntura para pasar agradablemente el rato y quitarte el miedo?

—Ya le he dicho que no tengo miedo—dijo ella riendo.

—¿Ni de mí?

—¿De usté?... ¿Por qué había de tener miedo de usté?

—Pues mira, Leoncia, y ¡fuera bromas!...

—¡Fuera bromas!...—repitió ella dejándose esta vez tomar la mano entre las del derretido amante.

—¿Te disgusta que te diga que te quiero?

—¿Disgustarme? ¡Psi!... ¿Pero á que viene eso?

—Ya lo has visto: hace días que busco ocasión de hablarte á solas; pero como huyes de mí...

—¡Ahora no huyo de usté!

—¿Y me quieres?

—Hijo, ese ya es otro cantar. ¡Pues no corre poco!

—Pero no me desechas, ¿eh?

—¡Ya ve! ¡Se me ha metido de rondón en mi cuarto y no le he dicho nada!...

Levantóse Leoncia y tras ella el médico. Quedáronse en pie, ella apoyado el brazo derecho en los hierros de la trasera de la cama; él junto á ella, tomándole de cuando en cuando ya una mano, ya otra, que ella ora dejaba un momento, ora la retiraba, según caían las pesas.

—He venido para hacerte compañía, y no he llamado porque no me hubieras abierto; pero suponía que serías tan buena que no me despacharías. Dime, querida, si tienes confianza conmigo y si me quieres algo, por lo menos algo.

Sonrióse ella, echó atrás gallardamente la cabeza, abrió mucho la boca enseñando sus dos filas de blancos dientes, y dijo recalcando:

—¡Algo!... ¿Para qué negarlo? ¿No es usté amigo de casa? Todos le queremos.

—También queréis todos al perro de casa. ¿No me quieres algo más que al Maceo?

—¡No faltaba más!

—¿Y algo más que á un amigo ordinario?

—Usté es más de casa. ¡Si es usté el amo, puede decirse, desde hace unos días!

—¡Y tú el ama!

—¡Buena pareja!

—¿Que no haríamos buena pareja? Como dos tórtolos.

El brazo izquierdo se le fué al tórtolo hacia la cintura de la tórtola, la cual paró el golpe á tiempo con su derecha, que quedó presa entre las manos del médico.

Siguió el escaramucear, el embestir, el recejar, y tras muchos dares y tomares, quites y desquites, el orgullo de ella, principal estorbo, fué poco á poco abatiéndose por sus pasos contados y que yo no he de contar, contentándome con ponderar y encarecer gravemente los misteriosos caminos de la vida en este peregrino universo, ya de antiguo simbolizados por el ave Fénix, que renace de sus propias cenizas como brotan á la primavera nuevas hojas en los bosques cuando en otoño caen las marchitas y secas, y como fenecen las mariposas al depositar la semilla, que se hará gusanos, crisálidas y nuevas mariposas.

Una misma noche, en una misma casa, una criatura humana moría y otra comenzaba á vivir, y hubiera así nacido el retoño de la muerta, á no impedir las pócimas

del físico lo que la física ó naturaleza, conforme á sus leyes ó tendencias, traía aparejado.

Nadie en la casa llegó á saber el feo hecho, si no es la inocente Ana, que vió entrar á don Serapio en el aposento de Leoncia, y sospechándose algo aguardó oculta y le vió salir. Retiróse al suyo apretado el corazón y allí dió rienda suelta al llanto. Nunca se atrevió á echárselo en cara á ellos ni á descubrírselo á nadie. La vergüenza, el empacho de su alma candorosa, pudo más que el fiero enojo, que aquella noche se apoderó de ella. Acababa de ver morir á la madre, la habían visto morir ellos, luego notó en él cierto desasosiego en ir y venir, siempre siguiendo los pasos de Leoncia, y por último les vió encerrarse tan largo rato, sin que pudiera achacarse á que fuera á consolarla, porque de lo que de menos había dado muestras la descastada hija era de necesitar consuelo por lo que no había sentido.

La casta Ana lo sintió por todos. Su madre la regalaba por ser la más pequeña y por lo apacible de su condición. Vióse sola al punto que espiró, y presentía que la hermana extremaría con ella su acostumbrada sequedad y los malos tratos con que la amargaba aun en vida de la madre.

Toda acongojada se retiraba á su aposento, cuando cayó en lo que entre su hermana y el médico pasaba. Pudo contener dentro de su pecho, sin que reventase, el volcán de ira que tamaño hecho en él había levantado.

Asqueada de todo, hastiada de la vida, pasó largos meses sin dejarse ver de nadie, casi sin probar bocado. Su único consuelo era irse á llorar al Camposanto, sola, todas las tardes. Contra el médico concibió un encono profundo, pero que no manifestaba. Jamás ya le miró á la cara.

IV

FRECUENTABA don Serapio la casa de las huérfanas, entraba y salía como Pedro por la suya, habíase declarado oficialmente, digámoslo así, á Leoncia, y si no acababan de casarse era por el luto, que Ana se empeñó en que fuese de dos años por lo menos. Libada ya la flor, el variado buen gusto que tenía le llevó á revolotear en torno de otra más fresca y recién abierta, poniendo los ojos en la misma Ana.

—Esta muchacha es una inocentona—se dijo,—no conoce el mundo, no ha sentido todavía el perfume del amor. Se dejaría arrebatar tras el primero que se lo

ofreciese, porque el ímpetu llevaría en ella toda la fuerza de un brote nuevo y no gastado. Hay que hacerle el amor; pero el amor más sutil y delicado, cual conviene á su candor y novatez. No es posible que se cierre y se tape los oídos á la voz de la naturaleza; está en edad de amar, y si no ama es porque no halla un corazón que le suene á amor. Está sola, sin padres, hasta sin hermana. Un corazón juvenil no puede vivir solitario y sin desbordarse. Sin duda está hambrienta de querer, por lo mismo que á nadie quiere. Y ¿cómo había de querer, si tampoco halla quien la quiera? Y es digna de compasión en su misma soledad. ¡Qué linda es y qué graciosa! Vale más, mucho más que Leoncia. La modestia realza su candor, la falta de pretensiones avalora sus prendas corporales.

Casi se sintió enternecido don Serapio con este rayo que, atravesando la material y espesa corteza de su sensualidad, brotó

del rinconcillo sano de su alma, que no hay hombre, por perdido que sea, que en la suya no guarde.

Este mismo destello divino de toda alma humana, que brilló en el médico, hubiera bastado para enamorar á Ana, si su alma no hubiera sido tan cristalina y espejada, que no se retratara en ella el alma del médico con todas las negruras que yacían debajo de aquella ligera y brillante lapa de bondad, que se parecía en la sobrehaz de sus palabras.

Fueron, en efecto, las primeras que le oyó tan acomodadas al estado de abandono en que se hallaba y tan vestidas de tierna compasión y de franca sinceridad, que no pudo desecharlas sacudidamente.

¡Los pasos que anduvo, las vueltas que dió el médico antes de decírselas! ¡Qué maniobrar de ojos para encontrar los de la muchacha, que jamás le miraban á él!

Hízosele el encontradizo una tarde al volver Ana del Camposanto, y con la amis-

tad de la casa no pudo ella desechar su compañía.

—¡Cómo me duele, Ana, el verte tan sola, desacompañada y triste! ¡Cuánta falta te hace la madre! Siento por ti la lástima que siente un hermano mayor por su hermanita huérfana.

—Don Serapio, yo le agradezco sus buenos sentimientos; pero más vale andar sola que malacompañada.

—Hija mía, ¿tan mala compañía es la mía?

—No lo será para Leoncia; para mí me es harto mejor la memoria de madre, con quien vengo á consolarme.

—Muy de alabar es la piedad filial en una muchacha; pero tu corazón necesita algún otro consuelo de persona viva, que la saque de sus recuerdos. El muerto al hoyo y el vivo al bollo.

—No quiero yo bollo de ninguna especie, don Serapio. En los vivos no hallo más que farsa y egoísmo; prefiero conso-

larme con los muertos, que están en la verdad, como acá decimos, y de quienes no hay que temer desengaño.

—Esos son pensamientos de viejas tristonas y tú eres una niña.

—Niña envejecida en desengaños y enseñada á la luz del velorio.

—Mucha impresión te hizo la muerte de tu madre, Ana.

—¡Más, mucho más, lo que á ella se siguió y usté sabe bien!

—Sí, el desamparo, el verte sola... Eso es cabalmente lo que me lastima á mí, que te quiero, Ana; la soledad en que te veo.

—Pues no le lastime, que ella es mi mejor compañía, ya que me libra de la de los hombres sin entrañas, que ni á los difuntos respetan y venden por amor desinteresado lo que no es más que sensualidad mal encubierta.

—Mi cariño por tí es puro, Ana; es, como te he dicho como el de un hermano mayor.

—Guárdese, don Serapio, ese su cariño para quien debe, y ojalá se lo tuviera usté verdadero á Leoncia, que yo se lo agradecería tanto como ella, y entonces le tendría yo como á hermano.

—¿Acaso no quiero yo á Leoncia con verdadero cariño?

—Bien pudiera ser que además de querer nuestra casa la quisiese usté un poco también á ella; pero mejor fuera que á ella la quisiese más que á nuestra casa.

—Bien ves, Ana, que como de casa te tengo cariño de hermano; á Leoncia se lo tengo como á mi prometida.

—Sea usté sincero, don Serapio; á mí no me quiere usté como á hermana ni á Leoncia la quiere usté como á su prometida. Usté es de los que á tantas quiero como veo y de los que quieren más las adehalas que la finca. Aunque me cree niña, ya le he dicho que soy vieja en desengaños, y si le gusta conocer la verdad, esa es la que de sus amores le puede decir á una

persona tan formal como usté una niña desengañada.

—De lista te pasas, Ana, y tus desengaños te han hecho más cavilosa que debieras.

—Ya lo sabe usté. Eso es lo que de usté siento. Y aun otra cosa que le voy á descubrir, y es que si se figura que yo soy tan blandengue como Leoncia, se engaña de medio á medio. Sus lástimas por mí, su cariño fraternal, sus miradas blanduchas, con que he reparado que me acosa hace una temporada, sepa que todo ello me ofende y me suena á huero, porque bajo el sayal hay al, que á mí no se me despinta como á Leoncia se le despintó el primer día... ó ¡la primera noche!... La candela mortuoria alumbra mucho, don Serapio, y me hizo ver á mí más de lo que pudiera hacerme ver la luz del sol. Y no le digo más, que á buen entendedor pocas palabras bastan.

Don Serapio sintió un pequeño escalofrío, sospechando si sabría Ana lo que pasó

en el aposento de Leoncia la noche del mortorio; pero no acabó de dar crédito á la sospecha. Una niña no podía ser tan discreta que se lo hubiese callado tanto tiempo.

—Lo que en ti hizo la muerte de tu madre fué amilanarte, entristecerte, melancolizarte demasiado y volverte ariscota y despegada.

—De usté y para usté es verdad, no para los demás.

—Y aun eso es lo que más extraño, Ana. Para todos eres tan cariñosa y abierta como siempre; sólo me muestras desvío y despego á mí, que nada te he hecho y que voy á ser tu hermano.

—¡Hermano mío y compañero de Leoncia, en comandita! Pues por lo que á mí hace, no necesito del trabajo que usté quiere poner; si mi hermana quiere aportar su capital, allá ella. El mío me lo reservo, y ya verá usté como, sin necesidad de sus lástimas ni consejos, lo pondré

en otro negocio, cuando Dios quiera enviarme compañero que aporte verdadero amor.

—Ducha estás en asuntos mercantiles. Ahora caigo en el porqué del empeño que muestras en estar al tanto de las cuentas de casa.

—Y ¿por dónde lo sabía usté?

—Como si no me lo hubiese dicho Leoncia. Pues Ana, con nadie vivirías mejor que con nosotros, si te dejaras querer. Te querríamos como á hermana que eres y todo lo nuestro sería tuyo. Voy sospechando si esos tus desvíos serán celos porque quiero á Leoncia.

—No hay celos sin amor. Debiera usté saberlo, don Serapio. ¡Tendría gracia que me creyera usté enamorada de su persona!

Hizo una mueca tan persuasiva al decir esto, que las alas se les hubieran caído á todos los amorcillos que anidaran en el corazón del médico, si en aquel corazón

repleto de codicia y lascivia pudiera anidar alguno; pero como hombre que no sabía de amor más que del contrahecho y codicioso de cortesanas que son más bien amoríos, no supo interpretar lo que la mueca decía, antes la tuvo por señal de coquetería, que era de lo único que se le alcanzaba.

—Bien sabes fingir, Ana, y no me figuraba yo que el arte del coqueteo hubiese llegado á estas aldeas. Yo, aunque he vivido en la Corte, no entiendo de esas cortesanías, así que no esperes te vaya á dar cordelejo. Yo te quiero sinceramente y nada más; déjate de rodeos, que no los necesitas para cazarme. Harto tuyo soy y bien sabes lo que te quiero.

—¡Como el gato al ratón! Verdad es que no le pido ni deseo otro querer de su parte; pero las gatadas de usté tampoco me ponen miedo.

—¿Piensas, Ana, que mi amor es de puro entretenimiento, que te quiero para

juguetear contigo? Pues mi cariño por tí es más hondo y por eso no me llenan tus coqueterías. Yo no las gasto contigo, porque el amor verdadero no suele gastarlas, y el ver que tú conmigo las gastas me persuade que ó tienes muchos celos ó no me quieres tan de corazón, como yo suponía.

—¡Ni celos ni querer! ¡Está esto bueno! ¿Pero... usté se ha figurado, de veras, que yo estoy chalada por sus pedazos? ¡Qué ojo clínico tiene usté en estas cosas! ¡Usté no ha sabido en los días de su vida lo que es querer!

—Ciertamente que no, hasta que te he ido poco á poco conociendo, Ana. Tus prendas están muy en lo hondo, no extrañes me deslumbraran más al principio las de Leoncia, que son más superficiales. Ahí tienes por qué mi amor á Leoncia es más superficial y el que á ti te tengo más hondo. Aunque me case con Leoncia, mi alma será tuya, tú serás mi único y verdadero

amor, tú serás para mí mi esposa, aunque para los demás lo sea Leoncia.

—Pero ¡usté chochea! Sabe usté tanto que me cala á mí más allá de lo que yo sé de mí misma. Yo no siento en mí una fibra que le quiera á usté; su sabiduría debe sin duda penetrar más y hallar en lo más escondido y traspuesto de mi ser el amor hacia usté, que yo no hallo. Don Serapio ¡que le tenga yo que decir que, si algo siento hacia usté, es aborrecimiento! ¡que me ponga en el disparadero de echarle á la cara lo que jamás me había atrevido á echarle! ¿No alcanza su saber á leer en mi corazón el enconado aborrecimiento que encierra, bien conoce usté desde cuando?

—¿Desde que quise á Leoncia?

—¡Desde que quiso á Leoncia!

—¿Y esos no se llaman celos?

—¿Celos yo? ¡Desamor, odio!

—Odio y amor, desamor y cariño á la vez, todo ello revuelto, esos son los celos.

Los celos son el terrible chispazo que salta al juntarse los dos polos opuestos del amor y del odio, del amor por la persona á quien se quiere, del odio por ver que en vez de ser correspondido, ella quiere á otra persona.

—¿Qué galimatías son esas? Aquí no hay chispazos ni amor; es odio mondo y lirondo. ¡No! ¡ahora es algo más, casi ya no le odio á usté! Es risa lo que me da y es á la vez compasión de ver á un hombre tan sabio confundir el odio con el amor. ¡Es risible, cómico, graciocísimo, don Serapio! ¡Déjeme que me desternille, que me descoyunte, que me despepite, que me descalce de risa! ¡Usted es una maravilla! ¡Me voy á aficionar á usté! ¡Es usted sandunguero hasta la pared de enfrente! ¡Le voy á comprar tres docenas de cascabeles, se los colgaré de los piquitos del traje de payaso que le haré, y uno en la punta del gorrillo, le enharinaré bonitamente, le rasuraré, le pintaré unos monos en la cara, y le llevaré

por esos mundos á ganarme la vida! ¡Ja, ja, ja! Déjeme que me ría.

—¡Gracias á Dios que te veo reirte conmigo! ¡Alguna vez había de verte desencapotada! ¿No ves cómo mi compañía y mis palabras te han ahuyentado la murria? El malhumor no es más que el humo que despide el amor contrariado, como fuego en que se echa un jarro de agua. Tú me querías antes, confiésamelo, y no te atrevías á manifestarlo. Al ver que me declaraba á Leoncia, tu amor con ese jarro de agua humeó, y se encapotó y entoldó el cielo de tu corazón. Hoy he logrado deshacer el nublado con sólo mostrarte que te quería. ¿Ves como todos eran celillos?

—¡Y ahora sonante y regocijador cascabeleo, don Serapio! ¡Le está á usté que ni pintado ese papel de payaso! Desde hoy me agradará su compañía.

—Por algo se comienza. Con que te agrade desde hoy mi compañía no habré logrado poco.

—¿No me ha de agradar? ¡Pues poco bien que hace usted la birria, para que no me solace y me pase un rato tan divertido que me chupe los dedos! ¡Y no lo lleve á mal, porque donde las dan las toman!

—¿Qué es llevar á mal? Todo lo contrario. No tu bufón; tu perrillo faldero sería de muy buena gana, con tal de poder estar á tu lado.

—Pues nada, lo dicho, dicho. Sígame como perrillo faldero. Ya le enseñaré yo á danzar sobre sus dos patitas y á hacer el muerto y á decir uau, uau.

—¡Con tal de verte reir así conmigo y enseñarme esos dientes y esos hoyuelos y esos ojillos!...

—¡No se recaliente tanto, amigo, que se va á derretir, y me haría duelo perder el primer día tan rica alhaja!

—¡Tú si que eres rica y bonita y remona y resalada y requetelinda!...

—¡Pues no soy pocas cosas á la vez!

—Para mí lo eres todo en una pieza.

—¿Y no deja nada para Leoncia?

—Para Leoncia dejo lo que tú deseches.

—¡Por ejemplo, las horas aquéllas de la noche que murió madre, y otras por el estilo al caer de la tarde, cuando yo ando por el Camposanto!

—Esas horas te las dedicaría á ti, como te las he dedicado hoy, si no fueses tan esquivona y me dejases acompañarte.

—¡No, que á Leoncia le sabría mal!

—¡Que le sepa á cuerno quemado!

—Pero ¿usté es cristiano, don Serapio, ó es turco, que quiere tener un harén?

—Sí, un harén; pero tú serás la sultana y ella la esclava.

—¿Y no se le cae la cara de vergüenza apuntando, aunque no fuera más que en broma, que nos querría tener á las dos para su gusto y contentamiento? ¿Usté me ha visto jamás hablar de amores ni de hombres, ni menos á este talle? ¿Por quién me ha tomado usté á mí?

—No te me sulfures ni te me subas á la

parra, niña. Todo es en burlas, siguiéndote el humor.

—Pues ni en burlas ni en veras, don Serapio. En esto no me toque usté, porque ya le tengo dicho que no soy tan blandengue como Leoncia.

—Nada, pues, de lo dicho, Ana; seré tu bufón, tu payaso, tu perrillo faldero.

—Eso ya es harina de otro costal.

V

Había echado Ana por la desecha. ¿Á qué había de tomar sino á broma é inocente vaya las payasas pretensiones del indocto don Serapio? ¡Le armaba tan al justo al humor alegrete y guasoncejo de la niña el chuflearse del ridículo enamorado!

El cual hacía más risiblemente su papel, puesto como estaba en que ella se regodeaba para sus adentros con sus carantoñas, aunque conforme á su buen humor le chacotease en lo de fuera.

—De afuera le ha de venir el acicate que le espolee el amor, que sin duda me tiene. Que si no me lo tuviera, juegue con fuego

y verá cómo no hay burlas con el amor. ¡Bien que no ha menester acicate; está más enamorada que yo, que nunca lo he estado ni de ella ni de mujer alguna! ¡Tarea le mando á la que me quiera coger por amor! Leoncia se casará conmigo, porque necesito sus cuartos, y como necesito también los de Ana, caerá del todo en mis redes, si es que ya no está enteramente enredada. ¡Dos buenas mujeres en casa y dos buenas herencias! ¡La casa de doña Conflitos va á ser mi casa! ¡Así saco yo de ellos á las dos huérfanas!

Mi hombre fuese á la aldea aquella noche creído en que acababa de lograr la más dificultosa de las conquistas.

El amor propio y la codicia son tan ciegos, que los había engañado una niña, aun sin pretenderlo.

Y lo más chusco es que le siguió engañando después todos los días. Ya no le huía el bulto como antes ni esquivaba sus miradas; antes no parece sino que le tira-

ba de la lengua y le buscaba conversación, embromándole cada vez más. Llegó á creerla tan perdidamente enamoriscada, que paseando una tarde por la huerta, y mientras entretenida Leoncia con el hortelano, le había llevado adelante Ana de propósito para guasearse con él, se atrevió á tomarle la mano como para besársela.

—¡No sea usté tan súpito, don Serapio! —le dijo desasiéndola de un tirón, no sin reir entre tanto socarronamente. — ¿No comprende que Leoncia le pudiera ver y oir sus requiebros? ¿Y qué excusa le pondría si se lo echase en cara?

—Pues que te miraba una uña para adivinar los novios que has tenido.

—¿No se encelaría por ello más y más Leoncia, sabiendo que tratábamos de novios?

—Bien sabes que Leoncia no suele tomar tan á pechos las cosas, y si las tomara, ¿qué se me da á mí con tal de que tú me quieras?

—¿Cuántas veces le he de decir que yo no le quiero sino de mentirijillas, ó lo que es lo mismo, para tomarle el pelo?

—Algo más me quieres, Ana, ¿no es verdad?

—¡Es usté tan mono! ¡tan remonín!

—No digas chocarrerías.

—¿Qué? ¿Quiere que le llame feo y tonto?

—Llámame como gustes, que á ti todo te lo permito; pero á veces cualquiera diría que te chanceabas de mí; tan pesada te pones con tus guasitas.

—¿En qué quedamos? ¿Es que ya no quiere guasas y lo va á llevar por lo serio?

—Por lo serio lo llevara yo, si no fueras tan zumbona.

—¡Perdería usté toda la gracia, y sería lástima!

—¡Pero no dejarte ni que te bese la mano!... ¿Qué género de amor es el tuyo, que no sabe más que estar de chunga?

—¿Pues no se lo tengo dicho? El que se tiene á un mono muy remonino, ¡ja, ja, ja!

—¿Qué es eso, Ana?—saltó Leoncia, que venía detrás, apretando el paso.—¿Sabes que te vas poniendo muy tonta y que esto va pasando de castaño oscuro?

—¿El qué?

—Que ya van siendo muchos esos apartes y no me caen muy en gracia esas risitas, ¿sabes?

—Déjala, Leoncia, ¿qué mal hay en ello? Soy yo que la busco, y para desentristecerla la hago reir. ¿Te damos celos con eso?

—¿Á mí celos? ¡Vaya! Pues no te crees valer poco, que yo tuviera celos de una mocosa.

—No está bien que llames mocosa á tu hermana, pues sólo le llevas dos años.

—¿Eso más? ¿También te pones de su parte? ¡Si ya me lo veía yo venir hace tiempo! ¡Si cualquiera diría que sois vosotros los novios! En volviendo una la cabeza, ya anda el reir, el cuchichear. Ya te tengo dicho, Ana, que á mí no me la pegas y que no quiero bromas pesadas.

—¡Ahí te lo tienes, hija! ¡Llévatelo! ¡Valiente regalo!—dijo tan en broma, que ni don Serapio se ofendió.

—¿Pues de qué hablabais?

—¿De qué habíamos de hablar, sino de nuestras cosas?

—¿De manera que vosotros también tenéis vuestras cosas?

—¿No las hemos de tener? Pregúntaselas, si quieres, á don Serapio; él te las dirá, si gusta de decírtelas.

—No era nada, Leoncia; sino que se reía de mí.

—¿Y qué confianzas son esas, que te vas tomando con quien nada tienes que ver?

—¿Yo? Él es el que se las toma; yo me río de él, y no hay más.

—¡Sí que había!

—¿Quieres más? ¡Pues que me estaba enamorando y requebrando don Serapio!

—Mira, Ana, que yo no admito bromas de ese género.

—Pues que me estaba desenamorando, creyendo que yo le hacía arrumacos.

—Tú te has empeñado en que yo te dé un bofetón esta tarde.

—¿Qué quieres, pues, que diga? Blanco no te gusta, negro tampoco, ¿lo quieres de mezcla?

Leoncia no pudo contenerse é hizo amago de echarse sobre su hermana. Don Serapio se entrepuso y le tomó las manos.

—¡Suelta! ¡Eso faltaba! Ya me esperaba yo que salieses por ella.

—Mujer, ¿iba á dejarte que le pegases?

—¡Largo de aquí, Ana! ¡Á casa! Es la última vez que vienes conmigo y la última que te veo mano á mano con Serapio.

Ana se alejó sin decir palabra. Hubiera querido desengañar á su hermana del amor de su prometido y apartarla de él. Vió que el camino emprendido no bastaba y pensó decírselo discretamente, cuando la ocasión se presentase. Con lo sucedido quedaba libre del desvergonzado galanteador.

—¡Y tú te vas adonde te acomode!—dijo Leoncia á su prometido volviéndole la espalda y tomando por otro andador.

Siguióla él haciéndole garatusas.

—Pero ¡por Dios! Leoncia. ¿Qué te has creído?

—¡No creo sino lo que veo!

—Ven acá, querida. Esos son sueños tuyos. ¡Pues no das poca importancia á unas bromas!

—Es que ya son demasiadas bromas. Hace tiempo que noto que la sigues y que ella no te esquiva. ¡Miren la mosquita muerta! ¡Me la ha de pagar!

—Pero ¡Leoncia!

—¡Quita de ahí! Para nada te necesito. Si ha de continuar esto así, puedes despedirte de mí y de mi casa.

—¡Vamos, tontica! No habrá más, si así lo deseas; pero créeme que no había por qué tomar el rábano por las hojas. Te lo perdono, porque tus celos me prueban que me quieres de veras. La veía tan cabizba-

ja y tan ensimismada, que me dió lástima, y por eso hace días que trataba de distraerla y hacerla reir.

—Pues yo no quiero que seas el hazmerreir de nadie y menos de esa mocosa. ¡Habrase visto! ¡Y qué pronto sacaba los pies de las alforjas!

—¡Si no ha hecho nada la pobre! Reirse con mis cuentos...

—¡Anda y que se vaya á buscar un mico!

VI

TRASPONÍA el sol hacia el ocaso, tiñendo de mortecina amarillez las nubes, los verdes prados, la encalada tapia del cementerio de la aldea.

Asomándoos por la enverjada puerta, hubierais divisado tan sólo un bulto negro de mujer de hinojos al pie de una de las frías losas, también entonces amarillentas.

Rosas blancas, frescas aún, se veían por encima derramadas.

La perfilada y larga sombra que en el suelo hacía, fué alargándose, alargándose, y se desvaneció de un golpe: acababa de hundirse el sol tras las lejanas lomas.

Púsose entonces en pie y dejó ver, al levantarse un momento el negro velo, una cara de doncella, como de hasta veintiún años, la color trigueña, ojos castaños, de hondo y apacible mirar, ni muy guapa ni fea, pero de esas caras graciosas y hondamente sentimentales, que trasparentan el alma entera. Con fino pañuelo de batista se enjugaba las lágrimas, mientras seguía la senda de verdinegros cipreses hasta salir á la carretera.

Dos hombres, pobres al parecer por lo raído del traje, aunque aseado y de no mal paño, llegaban á la sazón frente á la puerta, camino del pueblo. Descubriéronse al ver la cruz que coronaba la entrada y saludaron á la de luto.

—Buenas tardes le dé Dios á la señorita —dijo el uno.

Y el otro, cuyos ojos azules y grandes miraban vagamente, segundó tras él:

—Muy buenas tardes.

Ana, que tal era la dolorida doncella,

detuvo el paso careándose con ellos y les devolvió el saludo maquinalmente, pues traía todavía embargado el pensamiento. Pero al poner los suyos en el de los ojos azules paróse pasmada y como quien algo quiere preguntar.

—Sí, señorita, mi amito es ciego: la gota serena le ha arrebatado la luz de sus ojos, dejándoselos sanos al parecer, pero enteramente inservibles, pues nada ve.

Así respondió á la silenciosa pregunta el que primero había saludado, advirtiendo el pasmo de la doncella, y añadió:

—También, si no me engaño, le ha debido de visitar la desgracia, según el luto que lleva y el lugar de donde sale.

Dos lágrimas rodaron por sus mejillas, y alzando al cielo los ojos:

—También ha llegado la desgracia por nuestra casa y por segunda vez. El único arrimo que nos quedaba á dos hermanas que somos, era mi madre, ¡ya no me queda nadie en el mundo!...

Y en aquel rostro de Niobe desolada pintó momentáneas arrugas el hondo pesar de la orfandad, de la triste soledad de una niña, la más triste de las soledades. No sé qué de amargo tienen las lágrimas de una doncella, que brotan de su corazón inocente, como las gotas del rocío de la mañana que al posarse sobre las blancas hojas de la azucena tiemblan y apenas se diría que las tocan, manteniéndose como en el aire.

—¿Son huérfanas también de padre?—dijo el ciego alzando la cabeza y como si hiciese un esfuerzo para ver.

Ana le miró esta vez más despacio, advirtiendo la varonil hermosura de aquel hombre, que le pareció como de hasta cuarenta años: de color moreno, algo atezado por el sol, la barba luenga, cerrada y recia, la frente espaciosa, la talla más que regular, el andar bizarro y erguida la noble cabeza. Los ojos, donde parecía espejarse el cielo, bañaban todo el rostro de se-

renidad bondadosa y de maravillosa mansedumbre.

—¡Ah! Señor — respondió, — veintiún años tengo y no he conocido á mi padre. No sé á qué saben las caricias de un padre, no he gozado de la vista de sus ojos, que me figuro deben dar aliento y calor á una hija sin madre, sola y de todos desamparada. Partió de Fuenlabrada siendo yo tan chiquirritina que no me queda de él otro recuerdo que el de una nube brumosa, que quisiera con mis manos condensar y poder abrazar, pero que al punto se me desvanece. Desde que murió mi madre he aprendido á sentir lo que un padre será para sus hijas; su recuerdo, antes vago y lejano, se me ha hecho tan presente como el de mi madre...

Luego, reportándose por no entristecer más al endolorido ciego, cuya cara notaba iba encapotándose por más que se esforzase:

—Pero vamos andando, pues aunque la

aldea está de aquí á dos tiros de piedra, al torcer ese recodo de la carretera, las sombras van cayendo y llegaremos ya anochecido.

—¡Tan buena como desdichada parece la señorita, según suena dulce el metal de su habla!—dijo lastimándose el ciego.

Y añadió:

—¿Está lejos el parador que nos han dicho hay á la salida del otro lado del pueblo?

—No está lejos; pero tampoco le haría, porque nuestra casa está aquí á la entrada de él y ustedes han de posar en nuestra casa.

—Eso sería abusar...

—No es sino costumbre antigua, que heredamos de nuestro padre. Cuando él vivía con nosotras dicen que jamás dejó pasar por la puerta de casa menesteroso ó desgraciado que no albergase y agasajase. Madre guardó esta buena costumbre, y la guardamos nosotras desde que ella

faltó. Decía nuestro padre que la limosna era simiente de bienes y que jamás le había menguado el caudal por repartirlo con los necesitados.

El triste ciego tomóle la mano, la apretó entre las suyas y la besó.

—¿Y su padre murió lejos de la familia?

—¡Ah, señor! Esta es la hora que hace veinte años no hemos sabido de él. Sólo sé que era bueno y gran trabajador. Disgustos caseros le hicieron partirse.

—¿Cómo se llamaba su padre?

—Don Tomás Lanuza, señor, y una servidora Ana Lanuza. ¿Y su gracia?

—Roque me llamo yo, y aquí este mi fiel criado Andrés, para servir á las señoritas.

—¿Y ha mucho tiempo que se quedó así?

—Va para un año, hija mía, que perdí la vista y me he visto obligado á mendigar el pan, que ya no me puedo ganar.

Ya en esto se acercaban á las primeras casas del pueblo, y un mastinazo de en-

tortijadas y lucientes guedejas se vino coleando y cimbreando todo el cuerpo para su ama, la cual, reparando que Andrés tomaba del brazo al ciego y se desviaba con algún temor, dijo:

—No les dé cuidado, que es el perro de casa. Ven acá, *Maceo*, y respeta á los amigos.

La cabeza del inteligente animal tomóles el viento husmeando y les paró los ojos como para reconocerlos; luego púsose al lado de su ama y la seguía paso á paso como si la acompañase.

—Esa primera casa encalada, á la izquierda, con una parra que sube y enrama por cima del porche del zaguán la mitad de la fachada sobre el corredor, esa es nuestra casa.

Un ligero tembloteo de piernas hubiera podido notar en el ciego á poner en él los ojos; pero Ana se había adelantado unos pasos para llegar antes á la puerta.

—¡Quiques!—gritó al entrar en el sopor-

tal y zaguán y que era como de casa rústica, con un arco de varios metros de abertura y otros tantos desde él á la puerta. Todo alrededor y á modo de friso corría un banco de piedra. Empedrado estaba el suelo y se veían tres sillas bajas, como que en ellas hubieran estado algunas personas tomando el sol, pues la fachada miraba á mediodía. Por la puerta trasera y al cabo del pasillo—entró del corral un mocetón como de treinta años, en traje de faenas campestres de puro aragonés, esbelto y fornido, rostro asoleado, manos encallecidas por el trabajo, calzón corto de pana parda, sin medias, alpargata abierta, ancha faja morada, chaleco desabotonado sobre la camisa de bronco tejido y zorongo de seda encarnada á cuadros.

—¿Qué hay, señorita Ana?

—Avise á Leoncia que viene un ciego con su lazarillo, gentes de más que ordinario parecer, y que baje; que yo voy á aderezarles el aposento.

Ya estaban plantados frente al zaguán en medio de la carretera los dos caminantes, el ciego con su alcayata y su morral á la bandolera, el acompañante con un hatillo en la punta de la cachiporra que llevaba al hombro.

Maceo se había arrastrado á un lado en el soportal, ojeaba á los forasteros y venteaba meneando las narices.

—Don Roque y la compañía, pasen y tomen asiento, que ahora les sacará el mozo con que remojar los labios—dijo Ana, entrándose adentro, luego que les vió sentados.

VII

À poco volvía el tío Quiques con su jarro terreño rebosando vino por los bordes.

—¿Quién echar un trago?

—Muchas gracias, ¿por qué se molesta?

—Las gracias pa otri. Empinen y alímpiense el pasapán, que la añada apunta güenica por esos cerros.

—¿No ha llegado por acá la filoxera?

—La filoxera ha barrido cuasi todo Aragón; mas, á Dios gracias, ende acá el Jalón entoavía no ha metido mano. De aquí allá que asome los morros, aun pué que le corten las alas los de las bandericas y las regadericas.

—¡Ya! Los ingenieros y peritos—dijo sonriéndose el ciego.—Poco puede la ciencia con ese bicho.

—Ya puá ser; mas tan y mientras ande lejos, pan y vino andan camino. Preben y verán qué ricura; que por los Madriles Dios sabe lo que meten en el estógamo. Preben un poquitico.

—Si no tenemos gana. De Madrid cabalmente venimos nosotros.

—¡Quió! ¿De Madrí vienen y no quién vino? Miusté que es de Aragón, mostillo fino, que pasa po aquí como terciopelo derretido. Preben, preben una miajica y no hagan menosprecio.

Tomó el jarro el ciego, llevólo á los labios y se lo dió al compañero.

—¡Rica cosa!

—¡Pero muy rica!—repitió Andrés dejando temblando el cacharro.

—¿Quiusté más? Miá que hay dos docenicas de cubas, cada una que cabe drento too el palacio rial, ¡recóncholis!

—¿Ha estado en Madrid?

—¿Cómo y que si he estao? Y más de tres docenas de veces. ¿Pus adónde llevo las pericas de Roma de las señoras sino á Madrí? Y también á Burdeos y á París y hasta Londres, me pasé el otoño hará pa tres años. ¡Recóncholis y qué güeno es aquello! Digo de manises, que andan por aquellos suelos, ¡y qué de casilucios y qué de calles, María Santísima!

—¿Y cómo se entendía usted con la gente?

—Mesmamente que en París con los franchutes, recóncholis. Aunque son más seriotes que un plato de habas y más tiesos que un varal, en echando mano á la faja, que oigan el sonsoniche, todos te miran con un aquel, que no tiés más que abrir el pico, ¡que ya te entienden, ya!, y el mesmo pensamiento te calan. Pero vamos, lo que me daba rabia, recóncholis, era verte entre un mar de gente y que naide te dijera esta boca es mía ni te degolviera un ca-

cho e saludo. En el tren, todos como muertos; en los figones, ¡que si quiés! Y ¡qué figones! Son como casinos, vamos al decir, en lo majos, aunque chiquitines. Entras y te dan miaus de yegua...

—¡Ja! ¡ja! ¿Á la cerveza la llama usted así?

—¿Y pues? ¿No son miaus ó meadina, como los de la *Coronela*, que está ahí adrento en su pesebrera? ¡Recóncholis! ¡Vete á pediles vino, verás qué cara te ponen! Como si les hablaras en gringo. Lo demás, fuera del morapio y de la bucólica, que tampoco se deja tragar, como que no hay judías, ni garbanzos, ni chorizo, ni tocino gordo, todo es mu requetegüeno. Traiga, hincha otra jarrada.

Y tomando el jarro del suelo, de un salto traspuso la puerta y no tardó en volver.

—Aquí les traigo unos ajicos y un canterico, pa que hagan boca con otra gotica de vino y les sepa la cena.

—Nosotros no tomamos nada; hemos merendado en el ventorrillo, dos leguas de aquí.

—Á dónde va usted con esa hogaza de media arroba—añadió Andrés.—Tampoco estamos hechos á comer ajos crudos.

—¡Quió! Pues ajo crudo y vino puro, pasan el puerto seguro.

—¿Verdá que el señor—añadió reparando despacio en el ciego,—me paice á mí que es... pues un señor, y no uno de esos ciegos de por ahí?

—Mi amito ha sido persona muy bien-acomodada, sino que percances de la vida le han traído á menos.

—Ni que icílo tié usté. No se le despinta. Y pa mí que tié no poco d'aquí.

Añadió señalando con el dedo índice la frente.

—Quió icir de cencia y letra.

—Nada de eso, amigo—apuntó el ciego, —sino de éstas.

Y señaló las manos.

—Pus callicos, aun bien qu'á mí no me faltan; si el pesquis asegundara... ¡Aquí, en Aragón, semos mu brutos y mu entercaos, pa lo que guste mandar!... Juerzas, sí señor, finos puños, güenas zancas y honráa voluntá... hasta la paré d'enfrente, pero mu animales.

—Hombre, no rebaje así á sus paisanos. ¡El aragonés es de natural despejado y despierto ingenio, de gran corazón y rara entereza!

—¡Pa tirar d'un carro! ¡Hay unos tiícos palurdos por esas trochas, que me río yo de los brutos más bragaos! ¡Miusté! El otro día, viniendo por la carretera junto á la azuda, va y me encuentro al hijo del tío Pelapanes, el sobrino de la Tararira, que ustés, claro, no conocerán. No hay en too Fuenlabrada ni en veinte leguas á la redonda quien no sepa díl, que le llaman por mal nombre *Cagaenlaire*. ¿Qué creen qu'estaba jiciendo? ¡Aconchadico en la cuneta y mu pegadico á un poste de telégra-

fo s'estaba el mu zoquete con el pandero al aire!

»—¿No te da vergüenza, *Cagaenpostes?*—le dije des que le vi.

»—¿Vergüenza? Pa el que roba. ¿Sabes lo que estaba pensando mesmamente agora?

»—¡Cualque marranada!

»—Pus pensaba: ¡Miusté qu'es cosa grande estos hilicos del telégrafo! ¡Que agora están supiendo en Zaragoza lo qu'estoy jiciendo yo aquí!

»—¿Qué me icen ustés á eso? ¿Pué darse más bruto que creer un piazo d'animal que el tufo d'aquello iba á d'il por los hilicos hasta Zaragoza? M'eché á reir com'un descosido, que me desternillaba de risa.

—Y no es para menos—dijo el ciego, todavía batiendo las mandíbulas á puras carcajadas, en las que le acompañaba Andrés no menos sonoramente.

—¿Qué le va usté á pidir á un cacho e bestia así? ¡Náa, que tire d'un arao, recóncholis! Pues ahí tié usté un aragonés. Y

como icía el otro: Tóos semos del mesmo paño.

—Uno es el paño y otro lo que parece. Debajo de esa costra hay mucha honradez. No hay que atenerse á lo que parece de fuera. Como lo del cuento, que yo también sé el mío.

—Venga d'ahí—dijo el Quiques echando un largo trago.

—Pues uno, que acaso era baturro, como ustedes, fué á la portería de un convento á no sé qué menester. Tiró de la campanilla y asomó la jeta un lego, preguntándole qué quería.

»—¿Vive aquí el Padre Francisco?—díjole el tío.

»—Hermano, aquí todos somos Padres franciscos.

»—¡Uno chiquitico y gordico!...

»—Hermano, aquí todos somos chiquiticos y gordicos.

»—¡Ridiez, uno que paice tonto!...

»—¡Ay! hermano—dijo con risa soca-

rrona el lego,—¡aquí todos parecemos tontos!

—Pus aquí—dijo el Quiques,—no lo parecemos, que lo semos. Geniecico, sí que lo tenemos, y bien enjuguerrido, pero náa más.

VIII

En esto salía Ana á la puerta en traje de casa y candil en mano:

—Pero, tío Quiques, ¿qué hace que los tiene aquí al relente? ¿No ha bajado Leoncia?

—La señá Leoncia estaba festejando poco ha en la sala y no la he querido distraer.

—Pues pasen, señores, pasen á la cocina, que ya va apeteciendo el hogar, sobre todo al atardecer y en anocheciendo.

Era la cocina como de aldea y á la antigua española, que pudieran en ella correrse toros. Ancho hogar en el fondo, con sus

bancos de madera á los dos lados, de cómodo respaldo, blancos y enarenados, su trashoguero grande de hierro en el que se veía á Santiago matamoros á caballo que debiera ser blanco, pero que era negro, muy tiznado; ancha y embudada campana de la que colgaban los llares y á ellos enganchada una oronda marmita de patatas, judías y tocino, cuyas tufaradas consolaban el estómago.

—¡Qué bien sabe el perro recogerse á tiempo!—dijo Andrés viéndole enroscado debajo del banco de la derecha.

—Y bien sabe el mu pillo dónde se pone, debajo del asiento de la señorita Ana.

Sentáronse todos, el ciego y su criado, Ana, la doncella por nombre Cristeta, moza frescachona, otra criada de más bajos menesteres, que hacía de cocinera y de fregona y la llamaban la Merendona, el tío Pardales, viejecillo cascado, que ayudaba en algunas cosillas por los trascorrales, cuando no bebía y charlaba, de oído algo-

que teniente, de ojos remellados y cegatones.

—Tío Pardales, velay dos huéspedes finos, que se ha topao la señorita por la carretera. Á ver qué les cuenta usted de su vida.

Así el Quiques; y el viejo:

—Mi vida cochina ya se jué. Dende que se me murió la Rebustiana y luego en Cuba mi Celipe, hazti cuenta que, como no tenía un ochavo y ella era la que lo ganaba á lavar en Zaragoza, me tuve d'il d'allá, y corre que te corre de pueblo en pueblo y de venta en venta pidiendo un currusquico de pan, vine á caer en esta casa, ande á todos alcanza la gracia de Dios y las señoritas son dos angelicos.

—Y ustedes ¿de dónde güeno?

—Ahora de Madrid, donde hemos estado unos meses descansando, que traemos un viaje muy largo, desde el Brasil, donde pasamos muchos años y muchos trabajos.

—En toas partes hay d'esa cosecha; pero

ya habrán apañao y traído su güen taleguico e perras, ¿eh?

—¡Ah! tío Pardales, las tuve y muchas pero mi enfermedad y otros contratiempos me dejaron, como ve, á pedir de puerta en puerta.

—Es ciego el señor—dijo el Quiques, y el viejo:

—¡Too sea por Dios! Pues, miusté, sin ser ciego, tampoco veo yo gota, y cuasi cuasi no le diviso más que el bulto, poique ya voy pa viejo. Pero es gran duelo en usted, que, según la voz, me paice ha de ser mozo entoavía.

—Cuarenta y un años he cumplido, tío Pardales.

—Otros tantos llevo yo encima, y lo que colea.

—¿Y qué tal por allá? Digo por esas Américas, que según lenguas, hay muchos manises y de aquí se nos va tanta gente por no tener qué comer.

—Sí, cuéntenos, don Roque, cómo es

aquella tierra y lo que por allá pasa—añadió Ana deseosa de conocer su vida.

—Largo es el cuento; pero les diré alguna cosilla. Me acuerdo como si fuera ahora, del día que desembarcamos en Río Janeiro, capital del Brasil y primera costa de América que yo pisé. Embocó el barco un pasadizo que forma la entrada, entre dos erguidos peñascales que parecen los centinelas que lo guardan. De repente desplegóse á nuestra vista una bahía tan grande y tan hermosa que me dejó pasmado. Más bien que repliegue del mar, parece un tendido lago cercado de empinadas montañas, y tan espacioso que por la parte del Norte se mete más de treinta y dos kilómetros tierra adentro.

»Del mar la separa una elevada y recortada sierra, poblada en gran parte de arbolado, y cuyos picos principales son el Corcovado y el Tijuca. De la banda de tierra se divisan los montes que llaman de los Órganos, erizados de agujas y en-

riscados crestones. La ciudad hace por el lado de poniente una muy larga media luna y se asienta en las cuestas de la montaña. De las azuladas aguas sacan la cabeza un sincuento de islas verdes y floridas.

»Un hormiguero de canoas aguardaba al barco, y presto nos rodearon. Negros y blancos saltaban y se encaramaban por todas partes. Bajáronnos como en volandas á las canoas y en un santiamén nos pusieron en el muelle.

»El barrio pobre por donde primero entramos parecióme como los de nuestras viejas ciudades. Calles estrechas, retorcidas y en cuesta, que me creería en Toledo, si no fuera por la gente. Las casas pintarrajeadas y con pesado balconaje.

»Pasan mozos de cordel, negros como el azabache y casi en cueros, recios y membrudos, cual estatuas de acero pavonado. Mulas con angarillas, cargadas de frutas y legumbres.

»Una negra vestida de blanco y tocada

de un cucurucho de blanca muselina, y sobre los hombros un chal de colorines chillones, que le cuelga hasta los pies.

»Debe de ser dama de la negra aristocracia, pues allí en la acera estaban sentadas otras dos negras en cueros con los críos, una dándole de mamar, otra sobre sus rodillas: el sol reverberaba en sus lustrosas espaldas como en sendos pedazos de pizarra.

»Los barrios ricos son más modernos. El de *Larangeiras* ó el naranjal, está sembrado de hotelitos entre el verdor de florestas y jardines, donde campean las hojas escarlatas de las estrellas del norte que llaman, y el azul y amarillo de las begonias.

»Por cima de aquella tendida y espesa verdura, salpicada de casitas y pintas de colores, descuellan esbeltas palmeras, algunas enlazadas hasta la copa de turbulentas correhuelas y plantas trepadoras, de tan grueso tallo que semejan serpientes

enroscadas al tronco, y que en llegando á lo alto cuelgan como guirnaldas sus tallitos delgados, festoneados de hojas y flores, algunos hasta besar otra vez la tierra.

»En aquella ciudad estuve unos días esperando embarcación que me llevase á la provincia de Pará, que está más costa arriba, pasado Pernambuco. Nos embarcamos y llegamos al río Amazonas, por el cual teníamos que subir, y es tan caudaloso que no me vais á creer lo que de él os cuente.

—¿Es más grande que Ebro?—dijo el tío Pardales.

Y saltó el Quiques:

—Más grande que Ebro es el río de Londres, y también como tres Ebros juntos.

—Pos casi tendrá una legua de ancho. ¡Ya será de ver!

—Y cientos de leguas tiene el Amazonas al desembocar en la mar—dijo el ciego.—Como que es el río más grande del mundo, y sus afluentes, como los mayores de

otras partes, y en cada uno de los cuales vierten sus aguas infinidad de otros mayores que el Ebro. Navegando por cualquiera de las bocas del Amazonas, que son muchas, no se ven las orillas y se cree uno todavía en medio del mar. Es una intrincada red de brazos que hacen islas grandes y chicas, y viene tanta agua que hasta veinte leguas mar adentro es dulce. Recuerdo que nos dijeron los marineros que ya hacía horas estábamos navegando por el río, cuando yo me creía en alta mar.

»—¿Qué tanto de ancho tendrá esto, de orilla á orilla?—les pregunté, y me dejaron bizco.

»—Nada menos que doscientos cuarenta kilómetros—me dijeron.—Que en leguas españolas montan hasta cuarenta y ocho leguas.

—Menuda será la vega por donde corra ese río—repuso el tío Pardales.

—Figuraos qué vega, pues tiene, según dicen, mil doscientos kilómetros de ancho

y cuatro mil de largo. Por medio corre el río, llamado Amazonas desde el mar hasta Manaos, pues desde allí hasta Nauta le dicen Solimoens, y de aquí para arriba, ya fuera del Brasil, toma el nombre de Marañón. Entre los grandes ríos que en este principal desaguan, el más famoso es el río Negro, que se le junta en Manaos, formando un ángulo agudo y tiene allí una legua de anchura. Parece de tinta, y es de ver cómo se mezclan sus aguas sosegadas y como atarquinadas con las amarillentas y despeñadas del Solimoens. Los indios los llaman «el río vivo» y «el río muerto». Yo subí hasta allí en cierta ocasión y recuerdo que desde el barco veíamos el río negro encajonado, como una larga cinta de pez allá á lo lejos hasta donde alcanzaba la vista, entre dos como lomas ó paredes altas y á pico de tierra enalmagrada, de rojo vivo, de encima de las cuales partían y se extendían á entrambos lados bosques sin fin, como un tapiz, cuyo verdor som-

breado por el negro del río parecía á lo lejos de color añil. El cielo estaba como pintado de cobalto, sin una nubecilla. Era maravilloso aquel cuadro de cuatro colores: azul, negro, rojo y verde; pero templados y desvanecidos armoniosamente por la luz y el aire.

—¡Qué bonito será!—exclamó Ana.

Y el Quiques:

—Pero ¿de dónde Dios viene tanta agua como ice usted que llevan los ríos?

—Llueve á cántaros yá mares á sus tiempos, porque como las espaldas de la vega, digamos, son las grandes cordilleras de los Andes y el calor tanto, al dar en los montes la grande humedad evaporada y tensa por el calor, se resfría y cuaja en aguas torrenciales. Tanto, que allí dicen que se forman los ciclones que llegan á Cuba y vienen á Europa. Ello es que todos los años salen de madre los ríos y enchárcanse todas aquellas tierras, que no parecen sino un mar. Por eso los indios más vi-

ven en canoas que en barracas y se mantienen de pescado más que de otro alimento.

—¿Pus no se cría allí el cacao pa el chocolate?—dijo el Quiques.

—Y café, algodón, azúcar, tabaco, manioca, y feijôes ó fríjoles ó alubias, y vainilla, caucho, zarzaparrilla, y un sinfín de maderas finísimas y duras, de gomas y cortezas de gran valor.

—¿Y cómo se vive allí?

—Las aldeas son propiamente un grupo de *sitios* ó casillas ó *chácaras* derramadas por la selva, cada una con sus haciendas. Nuestra *chácara* estaba en la provincia de Pará, en un altozano junto á un lago, rodeado de bosques por dos de sus orillas. De él salían varios canales que los indios llaman igarapés y podíamos recorrer en barca, sombreados por altos árboles y que se cruzaban unos con otros, serpenteando por aquellas espesuras, hasta salir á uno de los brazos en que se desmembra el Amazonas en su desembocadura.

—Bien frescos estarán allí, á pesar del mucho calor que dicen hace por aquellas tierras.

—De una á cuatro de la tarde el calor es insoportable, y todo el mundo se lo pasa balanceándose en su hamaca ó red colgada entre los árboles ó debajo del techado de palma de las casas, y fumando á más y mejor, hasta las mujeres y señoras.

—¡Echusté jumo!—dijo el Quiques.

Y el tío Pardales:

—¡Güenas pantorrillicas echarán ellas con tanto jumeo!

Y Ana:

—¡Qué bonito será tener el bosque á la puerta de casa!

—Y bosques, no de mentirijillas, sino lo que se llama bosques de veras, de leguas y leguas, cerrados y enmarañados; donde á trechos diríase una alta catedral de infinitas columnas de troncos, cuyo follaje se entrelaza allá arriba, de manera que se cree uno á la hora del crepúsculo, alum-

brado de una tibia luz verdosa y rodeado de silencio eterno; á trechos son tupidos matorrales de árboles, enredaderas ó lianas gigantescas que se enredan entre ellos, arbustos y matas espinosas y ganchudas, que embarazan el paso. Denso y húmedo vaho, caliente y pesado, se levanta de la tierra y de los vegetales ó fuertes olores ó aromas penetrantes. Todo allí parece mágico, temeroso y preñado de misterio: un tronco tumbado, medio vestido de hierbas y lianas, semeja feroz jaguar acostado; lianas hay que figuran serpientes enroscadas á los árboles ó colgando de sus ramas. Una ráfaga de viento menea todas estas cosas y parecen bichos raros que viven y se aparejan á embestir al que pisa aquellas soledades. En medio del silencio óyense á veces ruidos extraños, rumores sordos, silbidos chirriadores, castañeteos, zumbidos y á manera de quejidos ahogados, como de voces humanas.

»Crece allí todo por manera maravillo-

sa. Palmeras teníamos nosotros de cincuenta, sesenta y hasta setenta metros de altas. Tales eran los lugares donde poseíamos entre otro y yo la *fazenda* ó hacienda, que nos daba muchos miles de kilos de café. Allí nos habíamos aprovisionado de todo para largo tiempo.

—¿Beben vino por allá?

—La bebida común la hacen de la frutilla de una palmera que llaman *asahi*. Cuecen estas bayas, que son del tamaño y sabor de nuestras zarzamoras, las prensan y dan un jugo de color de púrpura algo oscuro, como el de la mora, y después de tamizado se hace espeso como el chocolate. Es dulzacha la bebida; pero suelen echarle azúcar y *farinha de agoa* ó harina de mandioca, que es lo que llaman manioca, y sale un alimento delicioso. La palmera que da esta bebida es el árbol más alto y esbelto, más airoso y elegante, que descuella sobre todos. Hay además otras muchas clases de palmeras y plantas raras,

así como de animales, sobre todo monos y papagayos de vistosos colores, que andan por la selva, tortugas muy sabrosas de comer y peces extraños que pueblan los ríos, y mosquitos que á nubadas molestan por todas partes, cientopiés grandes de dos y tres palmos, lagartijas, murciélagos, ratas y otros bichejos que se os meten en casa, entre la ropa, y os visitan dormidos en la hamaca.

—¡Cuánto habrá tenido que pasar y padecer!—dijo Ana.

—Eso es lo de menos, y á todo se hace el hombre.

—Pero ¿cómo fué el quedarse pobre teniendo tan rica hacienda de café?

—Éramos dos los socios. Á mí me entró la gota serena, que me dejó ciego. Un día se nos levantaron á una los negros é indios que trabajaban en la *fazenda*. Y fué que se olieron cómo andaban mal nuestros intereses, pues aquellos días nos hicieron en Londres una mala estafa con protesta de va-

rias letras de cambio por valor de más de quince mil libras esterlinas. Cabalmente tratábamos de liquidar lo que á cada uno de los dos nos correspondía, para volverme yo á España, ya que con mi ceguedad no valía ni quería seguir con el negocio.

»Había partido mi compañero para un pueblo de los Tupinambaras, por cierto asunto de unas partidas de café que allí habíamos concertado y comprado. La gente de la *fazenda* se había juramentado para matarnos el día que volviese, á él salteándole en el camino, á mí y al administrador, que era Andrés, en casa. Pero el mismo Andrés os contará lo que sucedió, que él lo vió en parte y oyó lo demás de otros...

—Al otro amito le asesinaron en la canoa en que bajaba los mismos que le fueron á acompañar, que todos estaban en el ajo, y le echaron al río robándole cuanto traía. Vinieron á casa para hacer el mismo hecho con nosotros; pero mi amito don

Roque habíase alejado por el bosque conmigo, á dar como un paseo, y sólo hallaron á la mujer de don Faustino, que era el otro amito, á los niños y á la doncella y dos criados, y los acabaron á todos, saqueando la casa, descerrajando los muebles.

»Mal la pagaron, pues según nos dijo en Pará la china que se escapó de entre ellos, al querer varios días después partir el botín, riñéronse y se pelearon de manera, que unos quedaron muertos, otros heridos y los demás se escaparon, tirando cada uno por su lado.

»Andábamos mi amito y yo paseando por el bosque, cuando vemos venir corriendo á un indio, que tuvo lástima de nosotros y quiso avisarnos del peligro en que estábamos.

»Es de saber que don Faustino era persona de malas pulgas y trataba á la gente á baqueta; pero á don Roque le querían bien todos, por lo mejor que con ellos se portaba. Llegó, pues, jadeando y cho-

rreando sudor y nos dió cuenta de cuanto pasaba y cómo venían ya en nuestra busca. Figúrense nuestro apuro. Mi amito se sentó diciéndome:

»—Sálvate, Andrés. Yo no puedo escapar ni salvarme.

»—Yo le salvaré ó moriremos los dos.

»—De ninguna manera; vete, escóndete, Andrés.

»Tomélе de la mano. Él se esforzaba por desengarrafarse y le veía temblar por mi vida.

»—No le suelto, amito. Corra conmigo.

»Y asido de la mano le llevaba casi arrastrando por no ver él dónde ponía el pie. El indio echó por otro lado, no le viesen los suyos.

»Vi que algunos nos asestaban las flechas y otros blandían los machetes. Sus ojos encarnizados despedían chispas de furor y venganza. Pero yo había llevado á mi amito á un lugar del igarapé, donde sabía hallaríamos una canoa.

»Pocas varas faltaban, y se nos acercaban más y más los forajidos.

»Recuerdo que cargué con mi amito, como con un costal de café, y di con él en la canoa, allí amarrada. Desatraqué, empuñé los remos, hala, hala, hacia el río.

»Torcí á la derecha por otro canalejo para despistarles y embarazarles de todos modos los pasos, pues no había por aquella parte tronco alguno de los que hacen de puente; pero á la vuelta de un recodo helos allí á unos cuantos, que habían atajado y nos aguardaban.

»Viro en redondo y á desandar lo andado. Tomé otro camino, y en menos de dos horas dimos vista al río.

»Por él habíamos entrado agua adentro, cuando por otros dos igarapés, uno más arriba y otro más abajo, desembocaban remando á toda furia dos canoas hacia la nuestra. Eran ellos y estábamos perdidos.

»Una rociada de balas se oyó caer á nues-

tro alrededor en el agua, y gracias que nos agachamos un momento acurrucándonos en el fondo de la canoa. Pero habíamos visto un barco de ruedas que á cosa de media legua bajaba. Fué un cuarto de hora de remar hasta morir.

»Á cada momento tomaba uno de nosotros los remos del otro para que descànsase. Ellos eran más y nos ganaban agua. Los tiroteos seguían, lo que nos hacía perder tiempo para remar, porque de seguir enhiestos, el peligro era seguro.

»Nos divisaron desde el vapor y para cuando llegamos, y tras nosotros á pocos metros las dos canoas de los perseguidores, ya se habían dispuesto y detenido para recogernos. Dispararon desde el vapor y las canoas pararon en seco, con lo que tuvimos lugar de saltar en él y ponernos en cobro.

»Caímos sobre cubierta, tronzados de cansancio y chorreando agua por todo el cuerpo, que hubieron de llevarnos á un

camarote, desnudarnos y meternos en la cama.

—¡Qué trance tan apurado! ¡Pobrecillos! —dijo saltándosele las lágrimas Ana.

Y don Roque:

—Llegamos á Pará, donde hice el poco dinero que pude, de lo que allí nos quedaba, y nos embarcamos para Río Janeiro y España. Todo ello y la ceguera me hubiera parecido soportable, si al volver de América hubiera hallado en mi hija el consuelo y abrigo que esperaba.

—¡Cómo!—dijo Ana.

—Halléla casada con un perdis, y ella más perdida aún, que no me puede ver y nada quiere conmigo. ¡Si vieran qué triste es tener una hija así! Yo que me embarqué para España con este fiel servidor, esperando hallar en ella quien me quisiese y me regalase, y no he hallado más que una fiera!

—¡Pobre don Roque, y qué doloroso debe ser hallarse solo teniendo en vida una

hija!—dijo Ana con los ojos arrasados de lágrimas, y continuó:

—Yo también estoy sola, don Roque, sola, sola, desde que murió mi madre.

—Vamos, que todavía le queda la hermana.

—¡Sí, mi hermana!... Peor que si no me quedase.

Y deshecha en lágrimas se levantó para salir, cuando entrando le cerró el paso Leoncia, que acababa de oir las últimas palabras, y enojada le dijo de mala manera:

—¡Vete á tu sitio, mosquita muerta, y déjate de lagrimeos! Cualquiera diría que eres una mártir.

Todos bajaron los ojos, refrenándose y mostrando disgusto de oir la voz chillona y rota de la hermana mayor, que no cuadraba con la hermosura varonil de su rostro.

Sin dignarse mirar á los recién venidos, fué á sentarse en el banco frontero al de

su hermanita, bajó la tablilla sujeta al respaldo y que servía como de mesilla, y dijo á la doncella:

—¡Al avío, Cristeta! ¡á cenar!

Levantóse la sirvienta y con ayuda del mozo trajo al medio de la cocina una gran mesa de nogal que estaba arrimada á la pared, sacó mantelitos para las mesillas de las señoritas y otro grande para la mesa ó tinelo y aderezó todo lo demás. Sentáronse huéspedes y servidumbre en torno y cenaron bastante mustios, retirándose luego los recién llegados al aposento que les tenían señalado.

IX

DICEN que la sangre llama á la sangre, que el hijo reconoce á sus padres y los padres á su hijo, no de una manera refleja, sino por cierto misterioso enlace de la sangre, por un como instinto fisiológico y natural. No sabré yo apurar lo que de cierto haya en esto, bien pudiera ser que algo de ello hubiera.

Ley natural es que los seres tiren hacia sus semejantes, y el hombre y los animales se regocijan con los de su especie, aun fuera del provecho que de su trato pueden esperar. Cuanto más, podrá darse esta simpatía entre dos personas que llevan la

misma sangre y fueron como tronco y rama del mismo árbol.

Dicen también que el amor nace por la comunicación de dos almas, despertándose muy particularmente por medio de las miradas, las cuales bastan á menudo, sin otras palabras ni sondeos de la persona, para levantar en dos pechos violenta hoguera de pasión amorosa. Por los ojos deben en este caso conocerse y compenetrarse los amantes de una manera instintiva y misteriosa, tanto que solemos decir que los ojos hablan. El genio de la especie, atisbando desde lo hondo, busca calladamente, y sin aconsejarse para nada con la razón, lo que es suyo, la persona que conviene para formar pareja apta y adecuada á la producción de otro individuo. Para ello parece que por los ojos se asoma y reconoce á la persona más conveniente á este fin.

De una manera parecida podrán, pues, reconocerse padres é hijos; si no con la

evidencia propia de la razón, al menos con cierta tendencia y simpatía fisiológica, que sin conocer el porqué no es menos certera: como los cuerpos, sin saber la causa, se atraen por la ley de la gravedad.

Todos estos tiquismiquis medio filosóficos se le ocurren al autor al pensar en lo que pasaba á la inocente Ana aquella noche. Retiróse á su aposento, que era el mismo que había sido de sus padres. No le pasó por pensamiento el que fuese hija de don Roque, y con todo, algo se le había despertado allá adentro, que trascendía á amor filial y que acabó por serlo, porque de hecho lo era, aunque á su razón no lo pareciese. La sangre llamaba en ella á la sangre, la rama reconocía al tronco de donde había sido desprendida.

La mujer, menos aún que el hombre, no ha nacido para vivir sola; la compañía es la mitad de su ser. Pero hay que añadir que á la mujer no le basta una compañía cualquiera, necesita la del hombre. Las

que vulgarmente decimos que se quedan para tías y para vestir imágenes, casi pierden el ser de mujer, hácense egoístas, pierden aquella ternura que hace á la mujer mujer, porque nace en ella de la maternidad, presente ó futura, la ternura maternal, que es el encanto propio de la mujer. La solterona conviértese así en marimacho ó poco menos. El hombre está hecho para discurrir por todas partes, correr aventuras y vencer estorbos en busca de la manutención de la familia; hállase, pues, bien á sus solas en los mayores percances y durante largo tiempo. La mujer deja de serlo, si le falta la compañía del varón.

Ana buscaba la sombra del varón, mayormente desde que le faltó la madre y aun antes de que le faltara; su hermana ya tenía su novio con quien entretenerse.

Había Ana escogido para sí el aposento que fuera de sus padres, porque el recuerdo de ellos como que le calentaba el alma. Allí la cama, la mesa, las sillas, los cua-

dros, le hablaban al corazón, le hacían compañía en su soledad.

Al entrar con el dejo de la esquivez de Leoncia aquella noche, se le recreció, como le acaecía á cada encuentro con su altanera hermana, el dolor de su orfandad, recordando las caricias de la madre, que tanto la regalaba, prefiriéndola á su hermana por más niña y por lo apacible de su bien acondicionado natural.

¡Cuántas veces se había retirado al aposento preñados de lágrimas los ojos, acongojado el corazón con el recuerdo de la que no volvería á ver ni abrazar, abotijada la garganta por los sollozos, que no acertaban á romper y salir á fuera, hasta que al calor de aquella habitación lograba desahogarse y tomar algún consuelo!

La mujer está hecha para querer y para que la quieran, es todo corazón y blandas entrañas. Pero la niña es una mujer de entrañas y corazón más tierno y delicado todavía.

Desde que le faltó la madre, quedó Ana como la hiedra á quien quitaran el árbol al cual se arrima y enlaza. Su corazón vacío buscaba á quién amar, y sólo halló en su hermana desamor y desvíos. Por eso apenas dejaba tarde, que no se llegase sola con sus cuitas al Camposanto, donde las derramaba llorando á su madre y consolándose con su memoria. ¡Cuántas lágrimas no le había costado la soledad! ¡Cuántos sollozos la brusquedad y maltratamiento de Leoncia!

Se acostó. Pero tenía el ánimo tan turbado y revuelto con la variedad de sentimientos que dentro le bullían, que no logró quedarse dormida hasta las tantas de la noche.

En sus primeros años no se había acordado de su padre. Más tarde, por más que su madre la mimara, conforme fué viendo cómo á sus amiguitas les querían sus papás, les traían regalitos cuando de fuera venían y salían por la casa en trances apu-

rados, fué echando menos la falta que el suyo les hacía á ella y á su propia madre.

¡Qué de veces, si él hubiera estado allí, no les hubieran hecho las malas partidas, que fueron mermando poco á poco la hacienda, tirando en varios pleitos cada uno de ella por su lado, la curia, los acreedores, hasta algunos parientes! No hay cosa que reemplace la sombra del amo en una casa y menos la del padre en la familia. Mal anda el huso, cuando la barba no anda desuso.

Su madre nunca quería tocar este punto. Á lo más echaba algún suspiro en casos de aprieto y se le escapaban palabras sueltas contra él; pero, por más que Ana tomó empeño en que les descubriese la causa de su desaparición, nada consiguió.

De esta manera fué despertándose en ella el cariño hacia la memoria de su padre, que antes no había sentido. Pero creció más y más en ella, luego que murió la madre y se vió sola, á merced de los con-

tinuos enojos de la malacondicionada de su hermana, que á veces estaba insoportable y siempre dura, desviada y como si fuese una extraña.

La madre había muerto, pero el padre... ¡quién sabe si viviría todavía! ¡Si volviese á casa á hacerse cargo de sus hijas! Esta vislumbre de esperanza consolaba á Ana.

Había oído decir que si, alejado de casa, andaba con otra mujer y había formado otra familia y había tenido nuevos hijos. Semejantes hablillas le llegaban al alma, pensando que el cariño y el amparo que había de ser para las dos huérfanas, se lo robaban otros venidos después de ellas y de mujer extraña. Pero no acababa de darles crédito y siempre vivía colgada de la esperanza de volverle á ver el día menos pensado.

De aquí el recuerdo que había ido acrecentándose en ella cada día y el amor filial que á este recuerdo acompañaba.

Desde que se encontró en la carretera

con don Roque le andaba su figura en la imaginación, que no podía sacudirla de sí, antes se iba fundiendo y haciéndose una en ella con la vaga sombra de su padre, que ahora al verle echaba menos, más que nunca.

Aquel rostro señoril y sosegado, aquellos ojazos azules tan serenos y tan muertos, que semejaban gruesos zafiros, que brillan sin decir nada en los pendientes de un estuche, la habían derretido en lástima y compasión, tan honda que rayaba ya con el cariño respetuoso que sentía siempre que de su padre se acordaba.

Habíale después oído lastimarse de su desamparo, tan parecido al suyo, y el despiadado desvío de la desamorada hija, que debiera servirle de apoyo en su triste ceguedad.

Todo esto había engendrado en su pecho mil sentimientos encontrados, ya de lástima, ya de respeto, de piedad, de cariño, que no acababan de clarearse, á la ma-

nera que enturbian el rico licor los posos que no acaban de asentarse en la vasija.

¡Si ella estuviera en lugar de la descastada hija! ¡Qué ventura la suya vivir á la sombra de tan buen padre! ¡Cómo le cuidaría y le mimaría y se desharía por complacerle! ¡Con qué gusto le acompañaría y le llevaría del brazo! Su flaqueza de mujer hallaría arrimo en la robustez del varón, como la hiedra que se rodea y abraza al árbol, y en cambio aquellos garzos y amortecidos ojos del ciego verían por medio de los suyos, que vendrían á sér los de su padre. Y ya soñaba que le llevaba como su lazarillo por todas partes y le libraba de cien peligros que se le ofrecían y que él se confiaba á ella y la bendecía y la abrazaba como á hija...

Ya no echaría menos ninguna cosa. Ya tendría quien la protegiese. Ya no le importaría el maltrato de su hermana. Ya tendría con quién desahogarse en sus cui-

tas. Ya no se vería tan sola y tan sin cariño como hasta entonces...

¡Pobrecico ciego, y cuán digno de lástima le parecía, cuanto no merecía le quisiese su hija!

La compasión iba así poco á poco trocándose en cariño filial, el cual iba á su vez hinchiendo aquel vacío, que la muerte de la madre y la falta de padre habían cavado en su corazón.

Bien había dicho á don Roque que el recuerdo de su padre era como una nube brumosa, á manera de sombra, que acaso se había levantado en su imaginación al pensar en los padres que tenían las otras muchachas, sus amigas, y había ido tomando cuerpo, según adelantaba en edad, y había penetrado y arraigado en su alma, como una espina dolorosa de pesar que allá dentro llevaba clavada.

Pero desde que la madre le faltó y la hermana se le mostraba arisca y hasta cruel, viéndose sola y abandonada de todo

cariño, el recuerdo de un padre que le diese abrigo y calor fué creciendo y ocupando todo el vacío que sentía.

Al ver ahora en el ciego á un padre sin hija y al ver en sí á una hija sin padre, todo el amor filial se le fué hacia el ciego y se consolaba con pensar que el amor paternal en él la abrazaría á ella.

¡Parecía tan noble de sentimientos don Roque! No debía de ser lo que aparentaba lo pobre y gastado de su traje. Ya lo había dado él mismo á entender: había tenido buena posición en el Brasil, alcanzada por su honrado trabajo.

Con estos pensamientos fuése tranquilizando Ana, y sin saber si velaba ó dormía, parecióle como que tras larga caminata en caluroso día de estío había llegado á la sombra de copudos tilos, junto á un claro estanque de aguas azules, azules como el cielo, y que se bañaba regaladamente en ellas, y que un frescor deleitoso le iba calando las carnes... Luego vió los azules

ojos de don Roque, grandes y serenos, y su cara bondadosa, y que llamándola le tendía los brazos diciéndole con voz más que el céfiro blanda: ¡hija mía! Y ella fué hacia él y se echó en aquellos brazos, y...

Nada más vió: hondo y sosegado sueño la había envuelto entre los pliegues vaporosos de su regazo.

X

Debajo del aposento de Ana estaba el de don Roque y Andrés, cuyo diálogo junto y retorcido con el hilo del monólogo y ensueño de su hija haría recia soga dificultosa de romper.

—¿Qué me cuenta, mi amo, de la prueba que pretendía?

—¡Ay, mi fiel Andrés, bien lo ves! No podíamos haber llegado más á tiempo. Mis hijas solas, la hacienda en manos de dos muchachas huérfanas. Muerta mi mujer, el intento principal es cierto que lo he logrado: tengo abierta la casa, sin el riesgo que me temía de que en conociéndome se

le recrudeciese la enconada herida, si es que después de tantos años no se le había cicatrizado. Pero de mis dos hijas, Leoncia ha salido á su madre, y probablemente será para conmigo como la que les he fingido que no quería reconocerme.

—Lástima grande, siendo tan hermosa.

—Hasta en eso es la estampa de su madre. Su hermosura será tan desdeñosa y retadora como la de Patricia. La belleza, cuando es extremada, parece que trae consigo, como por juro de heredad, cierto orgullo de la persona que se paga demasiadamente de sí y no menor desdén para con los demás, siendo por lo mismo no pocas veces cuchillo de sí propio y veneno que emponzoña las demás cualidades que se vertieron en tan bonito vaso. Ahí tienes en recambio á mi hija Ana.

—No tiene nada de fea; en sus ojos se espeja, como en las cristalinas aguas de una fuente, un alma candorosa y noble, minero que atesora los más ricos sentimientos.

—Tampoco, según me has dicho, descuella por su belleza; pero la modestia y candor, la apacibilidad que retiñe en sus palabras, los nobles sentimientos que rebosa la realzan y á tal punto la agracian para todo el que la trate, que con dificultad se hallará quien no se le aficione tanto, como le retraerá la desapacible condición de su hermana. Son como dos flores, vistosa la una, que arrebata los ojos del que la ve, pero que en acercándose echa para atrás con la hediondez del olor que despide; sencilla y humilde la otra, como violeta, que pasarían las gentes de largo junto á ella y aun la hollarían al paso, si no les robase el olfato y tras él el alma con su delicado aroma.

—¿Y ahora se les descubrirá usted?

—Ya que á este punto hemos llegado, quiero poner más á prueba la virtud, el desinterés y el amor de cada una de ellas. No sabiendo de mis caudales y hacienda, antes creyéndome menesteroso y desvali-

do, quiero probar hasta dónde llega su desinterés, para que queriéndome de pobre, no sea después á mi riqueza á la que quieran, sino á mí sin ella con puro y desinteresado amor. Además tengo el propósito de tantear, si llegan á reconocerme por su padre por sí solas, cuál de las dos me descubre la primera y hasta dónde alcanza en la sangre el instinto adivinador de la piedad filial. ¡Siento tanto gozo en saber que viven mis hijas y en tenerlas á mi lado, que deseo saborearlo gota á gota y no de un golpe! Además, descubriéndome de repente, acaso la alegría que en ellas brotara fuera tan grande por lo desusada y menos esperada y en sazón tan oportuna, cuando les falta la madre y se creen desamparadas, que reventando con la fuerza del empuje pudiera causarles algún trastorno en la salud. Ya ves cuál siente Ana la falta de su madre y aun del padre que nunca conoció: es tallo delicado y tierno, que no soportaría la racha del huracán.

—Yo he leído en sus ojos el cariño que usted ha despertado en ella.

—¡Pobre hija mía, y que yo no pueda verte, y que esos ojos sean letra muerta para mí! Dime, Andrés, ¿y de qué color tiene los ojos?

—De color castaño claro y como leonado.

—¿Son grandes?

—Rasgados y grandes y hondos, hondos como el mar.

—¿Pues no me has dicho que no descuella por su belleza tanto como Leoncia? ¡Pintámelas, Andrés, dime cómo son mis hijas! ¡No te puedes figurar lo que padezco teniéndolas junto á mí sin poderlas ver! ¡Ahora comprendo bien la desdicha de estar ciego!

—No se apene así, mi amito, que yo se lo diré despacio. Yo no sé lo que es la belleza ni sé si atinaré á pintarle la de sus hijas; pero sí le descubriré mis sentimientos é impresiones, y por ellas acaso saque

usté más de lo que por mis descripciones pudiera sacar.

—Sí, Andrés, dime la impresión que te hacen. ¡Hijas mías de mi alma!

—Cuando veo á Leoncia, paréceme que tengo delante de mí una de esas acabadas estatuas, que atan los ojos que en ellas se posan y le entretienen á uno como pasmado de admiración sin poderlos apartar, contemplando la armonía de las líneas y la suavidad de los contornos, sin hallar cosa alguna que desdiga del más cumplido modelo que se pudiera soñar, antes maravillándose de ver cifradas en una cara de mujer cuantas perfecciones hallamos repartidas en otras muchas. Con todo eso, me deja frío y por demás lastimado la vista de Leoncia, no sólo porque la tal belleza, como en esas estatuas, no parece decir nada, sino porque el gesto de su hija mayor tiene un no sé qué de desdeñoso y altanero, que hiere desconcertadamente y le deja á uno como helado. Pero pongo los

ojos en Ana, y al punto siento que en lo hondo de los suyos se encierra algo que se me traspasa en mí y me tira hacia ella, que quisiera meterme por ellos y ahondar en el tesoro de sentimientos inefables que allá dentro columbro, y me arrebatan con un calor y una fuerza que no sabría explicarme.

—Esa es la hermosura del alma, Andrés, que sobrepuja á la belleza corporal y no pára en mover á fría admiración, sino que roba los sentidos y el alma toda, arrastrándola y entrañándola en sí y como enhechizándola y embriagándola por soberana y no decible manera.

—Ojos románticos y sentimentales he oído llamar por ahí á los que obran ese hechizo; pero nunca los había visto tan hondos como los de Ana, ni que dijeran y hablaran tanto ni tuvieran tal garabato. Además, rodeados por un cerco algo oscuro, por unas ojeras naturales, que los sombrean, semejan misteriosos encanta-

dores, que escondidos en la umbría atrajesen con su varilla mágica, pareciéndose en su tanto á los de algunas mujeres que por allá hemos visto. No sé si me declaro y doy á entender, mi amito; pero su hija Ana es encantadora, sin ser un dechado de belleza escultural y plástica. Y luego tiene unos hoyuelos tan expresivos y un arqueado de labios tan hechicero, que yo no sé cómo pueden decir que Leoncia sea más hermosa.

El bueno del ciego estaba como embobado oyéndole hablar, de manera que habiendo acabado Andrés, siguió embebecido un rato, sin chistar palabra. Al cabo, vuelto de su arrobo le preguntó:

—¿Y el cabello, Andrés, de qué color tiene el cabello mi hija Ana?

—Castaño, como los ojos, mi amito, que hace muy buen juego el color de los ojos y del cabello; y una mata espesa y abundante, que es gloria verla.

—¿Y la boca?

—Grande, sin ser desmesurada. Es boca que parece derramar generosamente los ricos sentimientos del corazón, envueltos en deliciosas palabras.

—Las únicas que hasta ahora he gustado y han caído en el mío como suaves corales desgranados de opulento sartal.

—Los labios son gruesos, como de niña abierta y sincera y de un dibujo ó vuelta que se relame uno de gusto.

—¡Sí que es generosa y sincera mi hija! ¡Bendita sea! ¿Y el cuello, y la nariz, y los andares?

—Graciosa que va sembrando donaire y regocijo entre los que la miran. Nariz bien puesta, cuello nada desgavilado, el andar garboso á la par que mesurado y con una modestia que encanta. Tiene usted una hija muy salerosa, chiquita y que quita el sentido.

—¡Ay, Andrés! ¡Qué no daría yo por verla, por beber la mirada de sus ojos de miel, por contar sus pasos, por contemplar

su gentileza, su talle y meneo! ¡Ya llegará la hora de abrazarla! y la tocaré y la tentaré y le veré la boca besándosela y le veré los ojos tocándoselos. Por ahora le he visto el alma en los sentimientos que envuelven sus palabras. Y esa alma me decía que no podría alentar si no era un cuerpo tan lleno de gracias como ella. ¡Ya me la figuraba yo casi casi como me la has pintado; pero ansiaba oírtelo decir á ti, mi buen Andrés! ¡No sabes cuánto bien me has hecho! ¡Si conocieras lo que es no ver lo que se ama y se adora! Los ojos parece que se me querían abrir, cuando la tenía delante. Yo me esforzaba por no dar extremadas muestras, pero sentía que se me salían de las cuencas y que se me escapaban á buscar lo que es suyo. ¡Ah, y ni siquiera son míos mis ojos, Andrés! No conservo más que la apariencia de ojos: ¡estoy ciego!

—Cálmese, mi amito, no vuelva á destrozarme el alma con aquellos quejidos

que le traían desalentado los primeros días después que cegó.

—Aquéllos eran quejidos míos, Andrés, porque echaba menos la luz y el mundo, que con ella se me escapaba de las manos; ahora los gritos silenciosos, que me suben del pecho y yo ahogo porque no me descubran, son los de mis hijas, que las tengo aquí dentro en las entrañas. ¡Aquí te tengo, sí, hija mía Ana; y á ti también, Leoncia, te tengo aquí, aunque me amargas las telas del corazón con tu sequedad y desvío, tanto como me las endulza el cariño de Ana! Porque Ana me quiere, ¿verdad, Andrés?

—Ya le he dicho que he leído en sus ojos el gran cariño que le tiene.

—Y yo en sus palabras y en el metal torneado y mate, regalado y cariñoso de su voz. Nunca me llegué á figurar hasta ahora lo que es ser ciego. Llevo dos años ó, ¿cuánto, Andrés? porque al que no ve, el tiempo se le hace eterno; pero ahora me

parece que todo ese tiempo no he estado ciego; ahora es cuando comienzo á estarlo, que no puedo ver á mis hijas. No he estado ciego, no: ¿qué podía ver que al alma me llegase, como me llega ahora? Ahora siento y veo y palpo que estoy ciego; nunca lo había sentido, ni visto ni palpado.

Y el desdichado se llevaba las manos á los ojos y se los tocaba una y muchas veces y se abría los párpados, como si por vez primera sintiera la falta de luz, la vida de los ojos:

—¡Hijas mías de mi corazón! Pero yo os veré presto con estas manos, yo os estrecharé á mi pecho. ¡Seréis mías y os veré, os veré con las manos y con el alma!

—Basta, amito, que se desbarata y no va á poderse dormir.

—¡Sí que dormiré, Andrés!—dijo sonriendo de contento.—¡Dormiré tranquilo, porque tengo cerca á mis hijas y porque quiero mañana estar bien despejado para oirlas y tenerlas más cerca todavía, y to-

mar entre mis manos las suyas. ¡Qué suave, Andrés, me pareció la de Ana cuando la tomé entre las mías! ¿Tú no has gustado la mantequilla que hacen aquí en tierra de Soria? ¡Qué blanda mano la de Ana! Debe de ser trigueña, ¿verdad?

—Como el trigo, mi amito.

—Son las más suaves, y tal tendrá el cutis, que no me lo has dicho aún.

—Así es; ella es morena, trigueña de cara como de manos. Pero voy á llevarle á la cama, que si no se nos va á ir la noche en pinturas. Se ha hecho usted un niño desde que está aquí.

—El que ama, Andrés, es niño. ¿No sabes que á Cupido ó Amor le pintan niño?

—Esas son las noticias que corren de semejante personaje.

—Pues sí, Cupido era el dios del amor, el amor personificado, y le pintaban niño, que no hacía más que brincar y retozar y revolotear ligero, que para eso tenía sus alillas; en fin, que no sabía hacer más que

niñerías y sandeces, como las hacen los enamorados y los padres con sus pequeñuelos. Verás un grave y sesudo varón, que jamás pliega la sonrisa sus labios delante de las gentes, y en llegando á casa toma al pequeño y cabalga sobre su bastón, que acaso es bastón de mando, y le planta al mocosín en la cabeza la chistera, y lo alza en sus brazos, y como si fuera niñero lo brinca y hace otras mil chiquilladas y boberías. ¡Déjame hacerlas á mí con mis hijas ó pensando en mis hijas, Andrés, que tú no sabes lo que es ser padre y tener su primer hijo! Que éstas son mis primeras hijas, que me acaban de nacer.

Y el grave señor se levantó, y mientras le llevaba á la alcoba fué haciendo piruetas como un golfillo alocado.

XI

LEONCIA se levantó de mejor temple aquella mañana.

Habló con los caminantes, y de ello sacó que Andrés era persona despejada y hasta de cierta cultura y sobre todo muy ducho y entendido en faenas agrícolas, como que había manejado la gran hacienda de su amo en el Brasil.

Acostumbrada como estaba á mandar, le dijo se fuese con el Quiques á la huerta que tenían á dos leguas del otro lado del río á ver qué le parecía; que don Roque podría quedarse en casa y Ana le haría buena compañía.

Así se hizo. Ya el ciego había almorzado, porque antes que Leoncia se levantó Ana más alegre que solía, y bajando en cuatro brincos las escaleras halló á don Roque sentado en el zaguán gozando del sol que acababa de salir, saludado por el gorjeo de los pájaros, que revoloteaban por entre la parra y en la higuera que había á la izquierda de la entrada.

—Don Roque, ¿qué tal ha descansado? —le dijo con una boca de risa la joven, que no cabía dentro de sí y le había echado la mano al hombro.

—Muy bien, hija mía. ¿Y usted, prenda?

—Mejor de lo que prometía la tristeza con que me acosté. Ahora me va á decir qué le gusta para almorzar.

—Lo que quiera.

—Es que yo quiero lo que á usted le guste. Hay café con leche, huevos, jamón...

—Lo que la niña tome, eso tomaré yo de muy buena gana.

Y á poco les sacaba á él y á Andrés sen-

dos tazones de café con leche y picatostes, y ella acompañábales tomándose el suyo.

Fuése luego Andrés con el Quiques, y Ana, sombrilla en mano, tomó al ciego del brazo, que le temblaba no menos que el suyo á ella, y le convidó á dar un paseíto.

Presto dejaron la carretera. Á mano derecha echaron por el sendero que se hacía en suave cuestecilla por entre olivares, maizales y viñedos. Bordeaba la senda gentil arroyuelo, que se despeñaba juguetón de vez en cuando, zanqueando bullicioso entre las guijas, y se deslizaba otras mansamente besando el tupido musgo de las orillas y balanceando los juncos y espadañas.

En los labios del ciego se dibujaba una sonrisa de inocente alegría.

Ana sentíase como descargada de una plancha de plomo. Llevaba el semblante sonroseado por el alborozo que le triscaba dentro del cuerpo y por la brisa de la

mañana, que le oreaba y volaba los rizos del cabello.

Oíase á veces el chirriar de algún mirlo en las copas de los olivos, ó el trino del jilguero que en vuelos como de comba llegaba al remanso del agua.

—¿Y dice usted que su hija le ha desconocido, don Roque? ¿Sabe usted que en toda la noche no he hecho más que despertarme y acordarme de ella y de usted?

—¿Y por qué se ha acordado tanto la niña de este pobre ciego y de su hija?

—Por lo mismo que no puedo echarles ahora de mi cabeza. ¡Qué feliz sería yo que ella, llevándole como le llevo del brazo por estos campos! ¡Si viera usted qué hermoso está esto! Si mi padre viviera y fuera ciego como usted, ¡qué de paseos me daría yo con él y cómo le sacaría conmigo á gozar de estas mañanicas! ¿Hay mayor dicha que disfrutar del campo de esta manera? ¡Cuántos días hace que yo no había venido por aquí! ¡Me veía tan sola, tan

sola! Á mi hermana no le gustan estas cosas ni sale de casa. Yo, con la memoria de madre, que en paz descanse, no sabía otro camino que el del camposanto. Paréceme esto otro mundo. ¿Quiere usted que vengamos por aquí á menudo?

—¿No he de quererlo, prenda? Si á la niña le hago yo compañía, mayor me la hace ella á mí, que no me puedo valer y estoy más solo que ella.

—¡Qué cosa! Usted y yo estábamos hasta ayer solos, usted sin hija y yo sin padre, y de la noche á la mañana ya no estamos solos ni uno ni otro. ¿Verdad que es casualidad? ¡Qué delicioso es tener buena y agradable compañía!...

Y luego, tras una pausa, en que se había llevado el pañuelo á los ojos para enjugarse una lágrima:

—¿Me dejará otra vez solica, don Roque?

—¿Y qué le hemos de hacer? Se han cruzado un momento nuestros caminos; pero son encontrados y diferentes, van y

vienen cada cual por su lado. Tal es la felicidad en este mundo: cuando menos se buscaba, se nos viene por donde menos soñábamos hallarla, y luego al punto se nos escabulle de entre las manos.

—¿Y no hay poderla asir por el copete y decirle: aquí te tengo, no te me irás?

—No, porque es tan voltaria y volandera, que no sabría asentarse largo tiempo en parte alguna. Como se vino, se va. Ya la busqué en mi hija: dejé el Brasil y pasé el mar por ella. Llegué á casa y ella allí estaba; pero la felicidad había volado, dejando en el corazón de mi hija, donde yo pensaba hallarla, tan sólo un nido de víboras, de desprecios y desdenes, que me saltaron acá adentro y me traen enroscado y apretado el mío de padre.

Así hablaba el ciego, aludiendo, bien que rebozadamente, á su hija Leoncia, que no había tenido para con él ni una palabra de consuelo, ni una mirada de fría cortesía.

—No se congoje ni se apene con esos recuerdos. ¿Para qué se los habré yo despertado tan fuera de sazón, cuando todo convida á regocijo? Envidiando la dicha de su hija en haberle podido hacer compañía, yo he tomado la parte buena, dejándole á usted la mala. ¡Ea! Dejemos esos recuerdos á un lado, y acompáñeme en mi felicidad, don Roque, ya que ahora se me ha venido á la mano y quisiera que usted participase de ella.

Y apretando más entre su brazo el del ciego, le dijo con un candor de niña que á su padre hablara:

—Don Roque, yo quiero que se esté usted aquí muchos días conmigo y que salgamos así junticos á paseo. Yo le cuidaré y le serviré y le acompañaré hasta que me tenga á mí por hija y ponga en mí el cariño que no merece la que con tan negra ingratitud le ha correspondido. Hágase cuenta desde hoy que su hija soy yo, y como á tal me quiera, que yo le querré como á mi

padre, y apéeme el tratamiento, si no quiere que riñamos.

La cara del ciego, unos momentos encogida, se abrió, como se abre la rosa al darle los calientes rayos del sol de primavera:

—¡Sí, hija mía, yo te querré, yo no tengo otra hija que tú!

Ana sintió un no sé qué de dulce y fresco en lo hondo de su ser, que como un chispazo le corrió por todo el cuerpo.

Hallóse de repente como suelta y desembarazada del empacho que ata y retiene en presencia de la persona á quien se quiere y á quien se habla las primeras veces. Su cariño, que subía de punto por momentos, era puro, filial; además nadie la veía, don Roque mismo era ciego; en fin, había echado el resto y no le quedaba dentro cosa que la empachase.

Si un enamorado al hablar por vez primera á su amada pudiera hacerlo cerrando los ojos y cerrándoselos á ella, acaso no

se sentiría tan cortado: tal era el caso de Ana.

Por otra parte, el amor filial es tan ligero é inocentón, como la onda juguetona del arroyuelo cuyas cristalinas aguas iba Ana contemplando; no encubre ese fondo tenebroso del río del amor, donde mora velado entre misterios el genio de la especie, que es el que empuja arrebatadas sus aguas al mar de la conservación de la vida universal.

«Yo te querré, yo no tengo otra hija que tú.» Estas palabras, ternísimas y dulcísimas para la joven, se le metieron tan adentro, que quisiera tornar á oirlas otra y otra vez y le sonaban á cosa soñada. Pero no se atrevió á apurarlas por temor de que el ciego las hubiera pronunciado en otro sentido más superficial y como de vaga tutela y se le desvaneciese el dulce sueño.

Temblaba no hubiesen salido tan del fondo del alma de don Roque, como al fondo de la suya habían penetrado. Y rompió

á llorar en sosegado lloro, entre alegre y triste, botando sus sentimientos cual trozos de rota navecilla por las olas de peñasco en peñasco, zozobrando entre dudas, ya creyendo en la declaración tal como le había sonado, ya sospechando fuese un amistoso decir.

—Don Roque, ¿quiere que nos sentemos aquí á la sombra de este olivo? ¡Si viera usted qué bien se divisa desde este altozano el valle, la blanca carretera que serpenteando va casi pareja al río, que corre más hondo entre cañaverales y huertas y allá á lo lejos lamiendo tierras de sembradío! Y á la izquierda la aldea, que parece un juguete de Nacimiento: ¡parecen casitas de cartón!

—¡Hija mía! Muy de ver será todo eso, pero más de ver eres tú y no puedo verte. Si me das tu mano me contentaré con tocarla. ¿Ves como te quiero? Y te querré más y más, porque eres buena, ya lo veo en tu voz que eres buena. ¡Sélo para este

pobre ciego! No sabes la soledad que hace el estar á oscuras. Los árboles, las flores, cuanto dices que divisan tus ojos, te hacen más compañía de lo que te figuras. Yo sí que la echo menos y me hallo solo... Aun cuando otros me hablan, la voz es como una centella, que atraviesa volando por entre las tinieblas de mi noche perpetua y al punto se desparece. Pero cuando me hablas tú, Ana, como me quieres, esa centella paréceme como si colorease las tinieblas de la noche y pusiese en ella cosas, que no serán las que tú ves, pero que á mis ojos pueblan este otro mundo mío de seres.

—¿Y qué seres y cosas son esas que ve, cuando le hablo?

—Son sentimientos, que vestidos de los colores y formas que veía yo cuando veía, me alegran el alma, como á ti las cosas que realmente ves. La fantasía, hija mía, suple á los ojos en los ciegos; cuando estamos alegres, es mucho más viva en ellos, pinta

de imágenes más vistosas y coloreadas los conceptos que se piensan ó se oyen. Los que de tus labios salen seméjanme flores preciosas, manjares sabrosos, perfumes delicados. Así la Naturaleza suple la falta de vista en los que un tiempo vimos; que en los ciegos de nacimiento no te podré decir lo que pasa.

—Dicen que los ciegos conocen por el tacto más que los que vemos.

—Hasta los colores conocemos por él.

—¿De qué color tengo las manos, don Roque?

—Trigueñas las tienes.

—¿Y los labios? Tóquemelos.

—Rojos, claro está, pero no son muy rojos los tuyos.

—Así es. ¿Y el pelo?

—El pelo es castaño claro y sedoso.

Y estaba el buen señor que se le caía la baba con la boca abierta.

Había logrado sus ansias y la veía ya en su imaginación tal cual era, porque le

pasó despacio los dedos por el cabello, el vestido, los zapatos.

Y ella cada vez más contenta se figuraba enteramente tener delante á su padre.

El cariño iba ahondando, arraigando, creciendo y espaciándose, que no paraba un punto que no le mirase á don Ròque con ahinco y gusto tal que le parecía se lo comía y se lo bebía. Refrenábase algo en el habla; pero con los ojos le estaba devorando.

Iba sintiendo dentro de sí una dulcedumbre extraña, que jamás había sentido con su madre, y no acababa de bañarse y de zambullirse toda entera en ella. Le rebullían los pies y las manos, le hormigueaba la sangre en las venas y no pudo estarse sentada.

—Don Roque, ¿quiere que caminemos un poquico? Está tan hermoso que apetece. Tome esta matica de manzanilla, sóbela entre los dedos, verá qué ricamente huele... Y estas margaritas... ¡Oy! una anémona á

la vera del regato. ¡Qué coloradica! Deje que baje por ella; no se menee y se vaya á caer.

—¡Muy roja es!—dijo el ciego que la estuvo tentando.

Á ella le caía muy en gracia cómo meneando los dedos parecía ver las cosas con sólo tocarlas, ni más ni menos que si en ellos tuviera los ojos.

Pocos pasos andados torcía la senda y dieron con unas zarzamoras salpicadas de puntos de escarlata.

—¡Ay! ¡Moras!... Las más están encarnadas todavía, pero hay algunas maduras. Aguarde, don Roque, que le alcance un puñadico.

—No te espines, hija, ó te desgarres la falda enzarzándote.

—Tome y pruébelas, que están muy buenas.

—Huele á madreselva, Ana. Mira por entre las zarzas.

Dió una vuelta y, efectivamente, allí ha-

bía dos, tres matas, con sus flores colgando al desgaire por entre las ramas de unos olmos, por donde la planta trepaba asiéndose con sus zarcillos y tijeretas, y enmarañándose y como acariciando á los árboles que les servían de apoyo.

Hizo un manojo y se lo trajo al ciego.

Y seguían andando y le iba cogiendo flores y hierbajos. Todo le parecía bonito á la alegre Ana; todo se le antojaba delicioso.

Volvieron, y cuando pusieron el pie en el zaguán, ya hacía rato les estaban aguardando para comer, no sin rezongos y rezos de Leoncia, que andaba de muy mal humor, subiendo y bajando, entrando y saliendo.

Á la tarde dijo don Roque á Ana que la acompañaría al camposanto. Entonces cayó ella en que el camposanto era lugar muy triste. No se lo quiso decir, pero le dió á ella un poco que pensar:

—El amor filial—se dijo,—borra la tristeza y no quiere nada con los muertos.

Ya no se volvió á acordar de su madre, si no es de tarde en tarde. Aquélla y las siguientes y todas las mañanas volvieron á salir Ana y el ciego, ya por los olivares, ya hacia el río por la órilla ó del otro lado hasta la huerta, donde merendaban con las sabrosas peras de Roma y alguna cosilla que de casa se llevaban en el bolsillo.

—¿Por qué se deleitará tanto con mi compañía don Roque?—se preguntaba Ana, sentada en el ribazo de la acequia que daba entrada al agua en la huerta.

Y miraba al ciego, que tenía cabe sí tan regocijado que parecía casi tan muchacho como ella.

—Yo soy una niña que ni tengo de qué hablar, si no son niñerías; soy una palurda y nada refinada, junto á una persona tan corrida, tan entendida, que tanto ha visto. ¡Se habrá compadecido de mí al verme tan solica! ¡Qué bueno es!

—¿En qué estás pensando, Ana?

—Pues estaba pensando, mire qué cosa,

en por qué le gusta pasearse conmigo, que nada sé ni puedo hablarle, que no desdiga de lo mucho que usted sabe y ha visto por esos mundos.

—Cuanto por esos mundos he visto daría yo por verte ahora á ti, Ana.

—¿Pues qué sabe usté si yo merezco que usté me mire? ¿Acaso soy alguna beldad?

—Sé que eres buena, y la mitad ó más de la belleza, Ana, no es otra cosa que el reflejo de la bondad del alma. Tu bondad tengo para mí que ha de retratarse en tu semblante y en tus ojos, como hallo que se retrata en tu voz.

—¿La voz no puede ser agradable, cuando sale de labios de una fea?

»Lo será, si tiene hermosa el alma y, teniendo el alma hermosa, no será fea del todo, de esa fealdad que retrae. La voz, como el mirar, salen del alma y la retrata, y la tuya retiñe en mis oídos con dejo melodioso y aterciopelado. Tú tienes una

alma tierna, compasiva, y con todo eso, briosa, entera y apasionada. Lleva mucho nervio tu voz debajo de su timbre blando y que se pega, es voz de platino.

—¿Y por mi voz le gusta pasarse el tiempo conmigo? ¿Habrá conversación más aburrida que la mía? ¿De qué le hablo yo, sino de chucherías?

—Aunque de chucherías me hablases, tu voz, agradable de suyo para cualquiera que te escuche, tiene para mí un delicioso dejo que, según entra en mis oídos, va resbalando muy hondo, muy hondo, más de lo que te puedes figurar.

—¿Sabe usté por qué? Porque yo le voy queriendo como si fuera mi padre, cada día más; y usté halla en mi voz algo del amor de hija que echó menos en la suya. ¡Cuánto daría yo por ser su hija, don Roque!

Dos lágrimas brotaron, sin querer, de sus ojos, y como si las lágrimas llamaran á las lágrimas, no menos se humedecieron

los azules ojos del ciego. Echólo de ver Ana y entendió eran por la desamorada hija.

—¡Dios mío! ¿Por qué no sería yo su hija, para que no tuviera que sentir tanta ingratitud y desamor? Don Roque, yo no tengo madre ni he tenido, puede decirse, padre á quien querer. Estoy sola, desamparada, y todo mi cariño se me va yendo hacia usté, como si fuera mi padre. Si en algo puedo suplir á su hija, téngame como á tal, don Roque. ¡Pero cómo he de poder yo llenar ese vacío!

—¡Sí que lo puedes llenar, Ana! ¿Me quieres como verdadera hija?

—Ya lo ve. Yo creo que sí. Yo no he querido de otra manera á mi padre que como á usté siento que le quiero. Lo quería así, como de lejos; ahora le quiero como de cerca: pero es un mismo cariño, la misma confianza.

Ana puso sus manos en las del ciego, el cual hizo ademán de acercarse á ella para

besarle la frente, sino que se contuvo por no saber si alguien le vería.

—Como á hija mía, como á mi hija verdadera, te quiero, mi Ana. Desahógate conmigo, trátame como á tu padre. No te querrá más tu padre de lo que yo te quiero, créeme.

Ana no apartaba su mirada de su rostro, y parecíale ver á su padre. Sentíase, como cuando acuitada y triste se echaba en el regazo de su madre. Hallaba en verse así con don Roque todavía mayor dulzura.

—Es menos seco que madre—decía para sí,—es menos despegado y más tierno en sus palabras. ¡Nunca mi madre me habló así!

Fueron aquellos los días más felices que gozó Ana en su vida. Diríase que estaba trocada. Alegre como una chiquilla de doce años, saltaba y corría por los andenes de la huerta, hablaba por quince, echó carnes y colores y rebosaba de salud.

No sabía apartarse de don Roque, ni don Roque se valía de nadie más que de ella.

Leoncia fué tomando aborrecimiento al ciego y sobre él le echaba buenas pullas á la inocente hermana; pero á ésta le tenía sin cuidado.

Pero ¡ay! que la felicidad es muy volandera y muy voltaria, como había dicho don Roque, y se cansó á los pocos días de haberse cobijado en aquella casa y de tender sus alas de oro sobre aquella niña y aquel hombre, que el destino había juntado. Alzó el vuelo, desamparólos, y su enemiga la desgracia vino en su lugar á ensombrecerles con sus negras alas.

XII

Hacía unos días que don Roque andaba malucho, acostándose y levantándose. Fiebres palúdicas, según dijo, que había traído de América y le tomaban de cuando en cuando. Ana le hacía compañía buenos ratos; Leoncia no pisaba el aposento, el cual estaba en el piso bajo con reja al corral.

Aquella tarde la había pasado el ciego levantado y Ana le acompañó haciendo costura. Leoncia había bajado á la huerta á ver cómo recogían las peras, que acarreaban á casa y amontonaban en el granero de arriba en carrales, tendidas por

el suelo enaljezado, para que acabasen de sazonar.

Ya al atardecer llegó el Quiques con una carga de hierba fresca para los bueyes. Á la parte trasera del corral caía el establo. Con él vino Andrés, al cual dijo el ciego que le ayudase á desnudar para meterse en la cama. Salió Ana, pasó al corral, por donde ya andaba el señor gallo recogiendo sus gallinas, y se entró en el establo. El Quiques acababa de descargar la hierba, que olía ricamente.

—¿Tienes que volver á la huerta?

—Sí, por la última carretada de peras. La señorita Leoncia ha quedado en subir con nosotros.

—Bien, pues no te retrases. Yo daré recado al abrío.

Solía entrar á menudo Ana á ver el ternerico y acariciarle. ¡Tenía una testera tan linda y un morrillo tan regordete, unos belfos tan blandos y unos ojos tan serenos!

—Ahí queda, pues, eso. Y si quiere, puede muir á la Canela.

Salió. La muchacha gozaba lo indecible con los animalitos, según era de corazón tierno y compasivo. Buena pieza se estuvo atusando y abrazando al jatico, que la conocía y estiraba la cabeza agradeciendo el que le rascase. Luego fué echándoles el pienso á las vacas, llamando á cada una por su nombre y acariciándolas cariñosamente.

La Canela la habían traído del prado de abajo, de la ribera, y esperaba la aliviasen las gruesas y jugosas ubres, que le colgaban henchidas de sabrosa leche.

Tomó Ana una barreña y un cuenco, después de lavarse las manos en el caño del corral, y en cuclillas y dando á veces con su hermoso mazo de pelo en la barriga del manso animal, comenzó á muirla.

Volvía la cabeza la vaca hacia su ternero, que estaba á dos pasos separado por un carrizo, y le echaba unos ojazos tan

maternales, que con sólo mirarla se le saltaban á Ana las lágrimas de contento. Luego mugía, aunque con cierto filosófico sosiego, sabiendo bien que en ordeñándola soltarían al becerrico, que triscando se levendría derecho á la ubre.

Ordeñábala la joven, y ella desataba de buena gana el hirmón, y caían dos golpeteadores chorros, blancos cual copos de nieve, en el cuenco, cada vez que apretaba las manos, apuñando sendas ubres á la vez. Subía por momentos en el cuenco la leche, vaheando caliente y espumosa. Rechinaba entretanto la cadeneta, que sujetaba al ternero, y topetaba él contra el cañizo al olor apetitoso del cándido licor, no pudiendo aguardar tranquilo le llegase la vez.

Todo ello lo contemplaba sonriente la muchacha, sin dar paz á la mano, cuando don Serapio se dejó ver por la puerta.

—¿Dónde está Leoncia, que no doy con ella por toda la casa?

—Bajó á la huerta con los mozos y acarreadores de la pera. Ya estará de camino.

—¿Y qué hace mi Ana trajinando en faenas de pastora y más graciosa que nunca?

—¡Aguardándole estaba y esperando sus requiebros! ¡Ya se me tardaba mucho su mala sombra!—respondió con sorna y desenfado, á la par que algún tanto despicada, la muchacha.

La cual, con razón, arrebataba los ojos y el alma del médico, antojándosele más apetecible que nunca, según se parecía fresca y jugosa y algún tanto encarnada con la brega de ordeñar.

—Tú sí que me das mala y atosigadora sombra, que me embeleñas el sentido y me enloqueces con tu gentileza y con esos tus hoyuelos, capaces de dar sepultura á medio género humano, y con esos ojillos que matan al otro medio. ¡Estás hoy!...

—¡Pues no estoy poco matadora y cruel que digamos!

—¿No me das á probar de esa leche, que besa tus manos de sándalo?

—¡Qué sandunguero viene esta tarde, maño! ¿Qué hierba tan olorosa ha pisado que trascienden sus palabras á mejorana y á tomillo?

—La misma que tú. ¿No sabes que ando tras ti y me traes deshecho y despeado de seguirte en balde sin darte alcance?

—Pues descanse y aguarde sentado á que yo le llame.

—Aquí sí que me sentaría yo par de mi morenica.

Hizo ademán de bajarse junto á ella; pero Ana no le dejó acabar de hacerlo, porque con un suave meneo de codo le dió tan á punto, que le tumbó bambaneando de espaldas, mientras soltaba el trapo de la risa y le decía:

—Vuelva por otro, si le gustan las tornas.

Enderezóse él, quedando en cuclillas, algo apartado de ella.

—¡Don Serapio, que le chapuzo todo el cuenco encima!

Hubo de levantarse diciendo:

—¡Qué fura estás, mañica!

—¡Si no fuera usté tan pelma!

El último cuenco vertido en la barreña la hizo casi rebosar de espuma. Apartádola que hubo, fuése Ana á desenlazar la anilla de la cadeneta que tenía asida al ternero. Dió un bote, y en dos brincos, agachando el testuz, se cosió á los ijares de la madre. Ella, más y más gozosa, se espatarró y ensanchó, y volviendo la cabeza lamía las ancas de su cría.

Descolgó Ana el cedazo de un clavo, fué á la ventana del pajar y llenándolo de paja y desparramando sobre ella una almuerza de cebada lo llevó al pesebre de la yegua en el otro cabo de la cuadra.

—Pero ¡qué guapa estás con ese tejemaneje de cuencos y cedazos! ¡Olé la bizarría!—díjole el médico al verla pasar.

Y ella, alargándole el cedazo:

—¿Gusta?

—¡Tú eres la que me gustas y me vuelves loco!...—dijo corriendo hacia ella, no pudiéndose contener.

Y mientras ella, sin hacer caso, pensaba á la yegua:

—Ana, dime si me quieres, y sácame de una vez de este penadero.

Volvióse ella, y afectando remedar teatralmente á una enamorada:

—¡Le quiero, don Serapio, no sabe usté lo mucho, lo locamente que le quiero!

Cortóle la voz, dejándola parada la vista de Cristeta, que asomando á la puerta se había detenido como asombrada.

—Señorita Ana, de parte de la señorita Leoncia, que si puede llegarse al granero, adonde están subiendo las peras.

—Que allá voy.

Mientras se despachaba y salía Ana, le fué moscardoneando el médico en voz baja y ella sacudiéndose como pudo de él.

—¡Yo estoy loco por ti, loco, loco!

—Pues vaya y tírese al pozo.

—Me pierdes, Ana, qué no puedo más.

—Haga un poder, ó un lazo, y ahórquese.

—¡Quiéreme, Ana!

—¡Váyase para sandio, mucho con Dios!

—¡Quiéreme, Ana!

En esto oyóse cantar desde el corral al tío Pardales:

Á los pastores nus dicen
que semos lerdos y tontos,
y á mí me paice que semos
tan lerdos unos como otros.

—Aplíquese esa canta—dijo Ana, dejando al médico con un palmo de narices.

XIII

No me vengas con excusas, Serapio. Te digo que te han visto á solas con ella hablando de amores. La persona que os vió no tenía por qué levantártelo, si nada hubiera habido.

—Pues yo te aseguro que ha visto y oído más de lo que hubo. Andaba buscándote por toda la casa y al entrar en el establo me detuve al hallarla ordeñando á la *Canela*. Ni recuerdo lo que hablamos. Acaso alguna chirigota, ó refiriéndonos á otras personas oirían algo de amoríos y nos lo colgaron á nosotros.

—No me doy por vencida, porque ya

llueve sobre mojado. Vosotros habéis hablado de amores otras veces y no me lo podrás negar, porque os tomé con el hurto en las manos yo misma. ¿Me podrás negar que charlabais de eso en la huerta el día que me planté y mandé á casa á Ana?

—Mujer, si no fuera porque no me disgusta del todo saber que tienes celos, por ser señal de que me quieres, me enfadaría de veras. ¿Qué razón hay para que esté enamoriscado de tu hermana? ¿Acaso te llega á la suela del zapato? ¿No me hubiera podido declarar á ella y no á ti, si la hubiera querido más?

—Yo no digo que cuando te me declaraste la quisieras á ella, ni que ahora la quieras más que á mí; sino que, como te petan todas, ya que me tienes cogida á mí, quieres también cogerla á ella. Porque sois así los hombres, que no os contentáis con una; sois por naturaleza conquistadores, amigos de vencer dificultades. Vencida una la despreciáis y os lanzáis á otra, y

luego á otra, sólo por señorearlo todo, por espíritu de conquista y de ambición.

—Muy bien parlado y mejor pensado; pero, querida, las generalidades nada prueban, por lo mismo que prueban demasiado. Lo que había que probar era que yo he hablado de amores con tu hermana, lo cual es enteramente falso.

—Que habéis hablado lo sé yo de buena tinta, Serapio. Ahora, si eres tú el que la sigues ó es ella la que te quiere engatusar, es cosa que yo me sé también muy bien; pero que desearía me lo confesases tú mismo, en lugar de venirte con esos trampantojos, que son los que cabalmente me hacen entrar en sospechas.

Don Serapio conoció que era mejor descubrirle la verdad de lo que oyó Cristeta, pues así quedaba él á salvo de todo, y le dijo:

—Veo que te pones en razón, Leoncia, y haces bien en no maliciar de mí. ¿Á que no te han dicho que yo fuí el que la enamoré?

Leoncia se sonrió como conviniendo en ello.

—Bien sabes que mi corazón es tuyo y sólo tuyo, y que no puedo amar á otra mujer.

—Ya sabía yo que no fuiste tú; pero por si acaso te había sabido bien lo que ella te dijo, quise ponerte á prueba. Ella fué quien se desvergonzó diciéndote que te quería locamente. Lo sé todo, y no te puedes figurar lo que me he alegrado. Tenía mis temorcillos, y dándolo por cierto deseaba sonsacarte si algo hubiera habido. Ahora sé que es ella solamente la que te acosa. Ahora caigo en la cuenta de las bromas y piques con que soñaba enredarte y atraparte la muy taimada. Pretendía atraerte poco á poco, comenzando por bromas para que acabase en veras pescándote.

Así diciendo, sentados como estaban cada cual en su silla en la sala, levantóse, rodeóle el cuello, le besó apasionadamen-

te, y tomándole la cabeza entre las manos, le hincó los ojos diciéndole:

—¿Me quieres, Serapio?

—Bien lo sabes, Leoncia.

—¿Á mí sola?

—Á ti sola.

—¿Qué te parece de la mocosa? ¡Nunca lo creyera! ¡Si esas que parecen más calladas son las peores! Con su carita lastimosa, con sus lagrimillas y con su ¡madre! ¡madre! maquinaba en su corazón esta horrible alevosía contra su hermana. ¡Víbora! ¡Más que víbora! ¡Ah! ¡Me la pagará, la muy asquerosa! ¡Y luego tanto menospreciarte á ti y tantos melindres! ¡Gazmoña! ¡Tunanta! ¿Habráse visto picardía? ¡Si es un mal bicho, Serapio! ¡Si ya hace tiempo me lo daba el corazón! ¡Si ya veía yo que no andaba á derechas conmigo ni me quería dar la cara! ¡Envidiosa! ¡Más que envidiosa! ¡En casa criábamos esta sierpecilla, aquí mismo teníamos el enemigo! Y no es amor que te tenga, Serapio, lo sé yo bien;

es pura envidia y vanidad. Porque á quien quiere ¿sabes tú á quién es?

—¿Á quién?

Y bajando la voz y bizcando el ojo:

—¡Á don Roque!

Luego en voz ordinaria:

—¡Pásmate!

—¿De veras?

—Eso lo han leído en su cara estos ojos, que ha de comer la tierra. Está loca, rematada, chalada, perdida por ese hombre!

—¡Parece increíble!

—Pues nada más cierto. ¡Tú no te puedes figurar los mimos, las carantoñas que le hace cuando está á solas acompañándole en su cuarto! ¡Da asco! ¡Una muchacha á un hombre maduro, á un cualquiera, á un advenedizo, que á saber quién será! Para él guarda todas sus ternezas y cariños; para mí la envidia, la traición.

—Pero ¿no exageras?

—¡Si los he espiado, cuando están á solas! Gracias que él es ciego, y como la re-

frena la vergüenza, él no cae en la cuenta; pero te repito que da asco. Si él abriera los ojos, comprendería que el amor que ella llama filial no es sino lujuria de una mujer desvergonzada, pura lujuria. ¡Si no hay más que mirarla á los ojos cuando á solas le habla, como la he visto cien veces por el agujero de la cerradura! El mejor día van á darnos algún disgusto, si antes no lo remediamos.

—¿Y por qué no arrojas de casa á ese posma de hombre, que se os ha metido aquí y ha echado raíces?

—¿Sabes por qué no lo he hecho ya? Por no ponerla á ella en descubierto y armar un caramillo y un escándalo. Pero esto no puede pasar adelante y le voy á poner á ella las peras á cuarto, y que le diga que se largue. Verás tú entonces si está ó no perdida por él. Verás como se opone á que se vaya, la muy tuna. ¡Ah! ¿No quieres que se vaya? ¿Por qué? Porque con él se te va el corazón ese podrido

que tienes! ¡Bruja envidiosa! ¡Ya haré yo que te cueste cara la envidia que me has tenido! ¡Le echaré de casa! ¡Vaya si le echaré! ¡Y se te arrancará el alma y pondrás el grito en el cielo! ¡Bien merecido lo tienes por envidiosa, por solapada, por gazmoña, por bruja!

—Yo también me había barruntado algo de esos amoríos; aunque me parecía cosa tan fea y odiosa, que no acababa de tragarlo.

—¡Si es una zafia, una vulgarota, una retuniza, una pelindrusca! ¡Mira tú en quién ha ido á poner los ojos! ¡En un tiorro repillastrón, más pasado y pocho que pera vieja!

—Y á saber de dónde habrá venido, y si el trapalón no nos habrá querido comulgar como con ruedas de molino con todo ese montón de embustes que nos cuenta del Brasil.

—¡Si es un galafate, un perdis, que no tiene donde caerse muerto!

—¡Ya lo despacharía yo bien pronto y á mi gusto! Pero... más vale callar.

Don Serapio iba cobrando aborrecimiento á don Roque, porque suponía que por causa suya le había ido olvidando Ana, á quien tenía cada vez más ganas de gozar.

Pasóle un momento por el pensamiento el deshacerse del ciego con algún bebedizo que le fuese minando hasta dar con él en la sepultura.

—Sí, Leoncia, hay que quitar de enmedio á ese hombre, que pudiera deshacer nuestros intentos. Figúrate tú si se encaprichara de manera que lo conociera él y...

—¿Conocerlo? No creas, que no las tengo todas conmigo, y acaso se hace el desentendido para enamoricarla más y más.

—Y si declaradamente pretendieran casarse, tendríamos que repartir la hacienda.

—¡Ca! Ese caso no llegará, por quien

soy; antes cualquier cosa, que casarse con ese pelagatos.

—Pues míralo bien, porque está en su derecho y podría salirse con la suya.

—Hay que alejar á ese hombre á todo trance, no nos vaya á jugar una mala partida y hacer alguna charranada. ¡Sería de ver que un aventurero de por ahí se nos hubiese entrado en casa de rondón, á cama hecha y á mesa puesta, y con sus manos lavadas se hiciese dueño de todo! Cuanto antes hay que ponerle de patitas en la calle. Yo me encargo de ello, Serapio. Y quiera Dios que no sea tarde y tengamos algún mal lío en casa.

—Cualquier cosa puede temerse de un corretón desconocido y de una muchacha levantada de cascos.

—¡Si es que yo soy demasiado simplona! Tanto de estarse juntitos y tanto de arrumacos no es posible hayan quedado á mitad de camino. Te digo que es muy solapada y muy mala hembra.

—El hombre es fuego y la mujer estopa. Estándose tantos ratos á solas, claro está que... llega el diablo y sopla.

—Como nos pasó á nosotros. ¿Te parece á ti que Ana es de otra estofa más dura que yo?

—Al revés, tú sí que eres dura de pelar; Ana es un merengue.

—¡Si no cabe duda! ¡Si parezco boba, que estoy aguardando á que me lo digan ellos mismos como unos angelitos! Á estas horas días ha que deben andar encenagados, ¡los muy marranos!

—¡Va! ¿Quién lo duda?

—¿Creerán que nos mamamos el dedo? Yo estoy en ascuas, Serapio. No aguardo un minutc más. Métete en ese cuarto, que la voy á llamar y decir cuántas son cinco, por si no lo sabe.

Entróse Serapio, entornando la puerta, y Leoncia salió afuera, llamando á Ana. No tardó en subir.

—¿Dónde estabas?

—Con el pobrecito don Roque. Está peor, Leoncia, y hace tres días que no se levanta. Le encuentro muy decaído y siento una congoja...

Sentóse Ana y se llevó el pañuelo á los ojos, arrasados de lágrimas.

—¿Sabes que te tomas demasiado interés por ese hombre?

—Váyase por el poco que te tomas tú. ¡Es muy desgraciado! Abandonado de su hija, ciego, sin casa, sin hogar, mendigando el sustento, sin un alma que le quiera!

—Por eso le quieres tú y andas chiflada por él, ¿verdad? ¿No caes en la cuenta de que es un hombre y tú una muchacha?

—Soy huérfana, sin padre, sin madre, casi sin hermana. Él me hace las veces de padre. Yo le quiero, sí, como si fuera mi padre, y él me quiere como á su hija. ¡Estoy sola y está solo!

—¡Sola! Por eso buscas su compañía y la de Serapio. Ana, ¿sabes lo que te digo? Que te vas aficionando á los hombres más

de lo que está bien á una muchacha honrada, y que á mí no me la pegas. ¿Qué tienes tú que ver con Serapio?

—¿Con Serapio? Nada.

—¿Cómo que nada? ¡Buena lagarta estás tú!... ¡Eso! ¡Baja los ojos! ¿Qué te dice la conciencia? Muchas conchas tienes, muy madrigada te vas haciendo; pero no te vale, porque estoy al cabo de la calle.

—No sé, Leoncia, qué quieres decir.

—No me vengas con tapujos ni con embustes. Sé los puntos que calzas y déjate de melindres. ¿Qué te habías figurado, que no lo iba á saber?

—Pero ¿qué has sabido?

—Que desvergonzada y descaradamente le has hecho el amor como una tía del arroyo, que la pasión ha encendido un lascivo fuego en tu pecho que no has podido encubrir.

—¡Jesús! ¡Tú has soñado, Leoncia!

—¡Y todo de pura envidia que me tienes y que te come viva! De rabia por verte

despreciada y que no te pretendió como á mí, has querido arrebatármele, has cebado á fuerza de envidia en tu pecho, primero en bromas, luego en veras, esa desvergonzada pasión por mi pretendiente, y has acabado por quedar presa de ella hasta decirle que le querías locamente... Niégame esto, si puedes, niégamelo, y te llamaré hipócrita y gazmoña.

Ana se tapó la cara con el pañuelo y no pudo contestar embargada por los sollozos.

—No contenta con esto, has puesto también los ojos en ese ciego, que es un bribón que te ha camelado, que te trae entontecida, embaída y fuera de seso. Pero yo pondré remedio. De hoy no ha de pasar. Yo no quiero enfermos en casa. ¡No faltaba más! ¿No es bastante que les hayamos tenido aquí una semana, hartándoles el bandullo á qué quieres boca?

—Pero, Leoncia, ¡por Dios! ¿quieres que salga ahora con esas calenturas que le comen vivo?

—Si se las trajo de América y sabía que le venían á tiempo, ¿para que se mete en casa ajena? ¿Por qué no se hospeda en el hospital?

—¡Ay! ¡Leoncia, si viviera madre!...

—Madre haría lo que le viniera en gana; ahora mando yo. Y si madre viera los tratos en que andas, volvería á morirse de vergüenza.

—Mujer, ten compasión de un pobre ciego y enfermo, y no te digo más.

—¡Qué compasión! eso se queda para ti, que le tienes algo más que compasión. ¡Vaya! ¿No es una mala vergüenza que te pases todo el día en su cuarto y grandes ratos á solas? ¿Qué tienes tú que cuchichear con ese hombre? ¿No tiene su criado que le sirva? ¿Qué pensará el criado, cuando te vea tan apegada á él, y qué pensará él mismo de ti?

—Que piensen lo que quieran. Es un pobre y enfermo, y ya que tú no has puesto el pie en su aposento, ni siquiera has

preguntado una vez por él, yo debo y quiero cuidarle. Así lo haría madre y así lo hago yo.

—Pues yo no quiero que lo hagas, ¿sabes? ¡Valiente pejiguera se nos ha entrado por las puertas! ¡Dios quiera que ande todo limpio y no haya gato encerrado!

—¿Qué gato ni qué gata? ¿Qué quieres decir con eso?

—Que él es un hombre de cuarenta años de buen ver, y tú una muchacha, es decir, una mujer, y basta, ¿me entiendes ahora?

—¡Qué horror! ¿Y tal ha pasado por tu cabeza?

—¡No, por mi cabeza no; entre vosotros habrá pasado! ¡Si me querréis vosotros comulgar con ruedas de molino! ¿Cuándo te has hecho tan de mieles con nadie? ¿Con quién has salido todos los días sola por el campo? ¿Á quién has hablado jamás como hablas á ese hombre, que te derrites y pareces de jalea? ¿Y crees tú que si después de todo eso te veo muy metidita en

su cuarto todo el día, que si caldo, que si quinina, que sal y entra, entra y sal, voy á pensar que os dais allí á solas á rezar novenas?

—¡Calla la boca, Leoncia! No manches tu conciencia con sospechas tan infames.

—¡No! ¡Si no son sospechas! Son cosas tan claras como el agua para cualquiera que no esté, como tú, ciega por ese hombre.

—¡Si estoy ciega, sí! Pero no como tú malicias. No tengo el menor reparo en decírtelo, porque estoy inocente y obro á conciencia.

—¡Buena conciencia la tuya! ¡Pasarse las horas muertas á solas con un hombre, confesar que le quiere, y luego acudir á la buena conciencia! ¡Quien te conozca que te compre! ¡Amor filial! ¡Linda tapadera! Jamás habías echado menos á padre, hasta que has necesitado su nombre para colorear la fea afición que has tomado á ese...

—¡Leoncia! Mira bien lo que dices y no manches tus labios, ya que has sido tan

osada que manchases tu corazón con una tan injusta sospecha.

—La que ha manchado sus labios eres tú, que los habrás puesto en él; la que deshonra esta casa eres tú, que has roto con ese hombre todos los frenos de la honestidad y del recato. Estás cambiada y desconocida. Tu antigua modestia se ha convertido en doblez, tu inocencia en liviandad, tu cariño de hermana en roedora envidia. ¡Ah! si levantara madre la cabeza y te viera correr como una loca furiosa, de un hombre en otro hombre, del novio de tu hermana, á quien de envidia se lo quieres arrebatar, al advenedizo desarrapado en cuyos brazos te arrojas!

—¡Calla, Leoncia, calla! Por amor de Dios, por el recuerdo de nuestra madre, que no te oigan tamañas barbaridades!

—Si vergonzoso es decirlas, peor es hacerlas. La culpa me la tengo yo, que no he echado ya á ese hombre de casa. Pero de hoy no ha de pasar.

Iba á responder Ana; pero se le quebró la palabra en sollozos.

—¡Eso es! ¡Llora! ¡Mucho gimotear! En el bolsillo del delantal llevas siempre las lagrimitas á punto. ¡Con eso crees remediarlo todo!

Siguióse un rato de silencio.

Ana quiso devanar la enredada madeja de sus pensamientos. Para su hermana, ella era la que había acosado y solicitado á Serapio, interpretando en veras lo que zumbonamente le había dicho en el establo, de que le quería locamente. El desamor y odio que sentía contra Serapio lo interpretaba su hermana como ciega pasión de amor. El cariño que sentía por don Roque lo echaba no menos á liviandad desvergonzada, y aun había admitido en su pensamiento que hubieran llegado hasta donde jamás á la inocente muchacha se le ocurriera.

Tenía ella tranquila la conciencia; pero tan grave ofensa de parte de su hermana

le acibaró el alma y sintió como si una oleada de amargura la hubiera cubierto y penetrado hasta los tuétanos. Pero lo que más al corazón le llegaba era el que Leoncia creyese que don Roque la estaba á la callada engatusando y enamoricando con propósitos bastardos y feos. Al pensar en esto sentía que se le caía la cara de vergüenza, conociendo ella bien el cariño verdaderamente paternal del ciego, el honrado proceder, la sinceridad con que la hablaba y trataba, la alteza é hidalguía de sus sentimientos y la pureza y limpieza de las intenciones de él y de ella misma.

En esto oyóse gritar desde abajo:

—¡Ana, Ana!

—Anda, sí—le dijo Leoncia, sacándola del ensimismamiento en que estaba,—anda, que te llama él. Cuéntaselo todo, ¿sabes? ¡Y estate allí muy pegadita á él, que no te se vaya!

Salió Ana y bajó al aposento de don Roque.

XIV

HIJA mía, ¿qué traíais entre manos allá arriba, que hasta acá llegaban las voces?

—Nada, cosas de mi hermana.

—Ana, todo lo sé. He oído que Leoncia no me quiere más en esta casa y acabo de enviar á Andrés que avise al hospital para que me vengan á buscar en una camilla. No quiero seros gravoso.

Y una gruesa lágrima se desprendió de cada uno de aquellos ojos de cielo, como en estío se desprenden las primeras gotas de la lluvia de la preñada nube.

—Don Roque, ¡por Dios! ¡no pronuncie esa palabra! Ya la conoce usté y me cono-

ce á mí. Diga ella lo que dijere, mientras yo esté en esta casa, usté no sale de aquí.

—¡Leoncia me arroja, Ana!

—Si Leoncia le arroja, me arrojará á mí. Yo no me aparto de usté. Esta casa es mía, tanto como de Leoncia y, siendo mía, es también de usté. Usté es mi padre, don Roque, y yo soy su hija!

—¡Sí, eres mi hija! ¡La hija de mi alma, y yo soy tu padre!

Al pobre señor le brotaron estas palabras tan del corazón, con un brío y fulgor tan de acero, que se le hundieron é hincaron á Ana en lo más adentro de su ser, y estuvo á pique de descubrir toda la verdad: tal fué el empujón que sintió en sus entrañas.

Pero ¡los ojos del ciego no decían nada! ¡Seguían tan azulados como el sesgo mar en día de bonanza! Las más apasionadas palabras no hacen más que herir y balancear las capas del aire, cuando no las acom-

paña el habla de los ojos, por donde únicamente asoma y habla el alma.

Ana se dejó caer de rodillas al pie del lecho, y tomando entre las suyas la mano del ciego, la bañó en ardientes lágrimas, mientras la besaba arrebatadamente una y mil veces.

—¡Soy muy desgraciada, don Roque! ¡Soy la más desventurada de las mujeres!

Y rompió á llorar con más fuerza, tan quebrantada en hondo pesar, que pusiera lástima á cualquiera y mucho más á su ciego padre, si el sin ventura tuviera ojos para mirarla á la cara y ver retratada en ella la borrasca en que zozobraba su alma.

Porque era tan de subidos quilates la fineza de sentimientos de aquella muchacha, que con verse agraviada é injuriada tan desaforada é injustamente por Leoncia y don Serapio en lo más delicado que tiene una joven honrada, limpia como los chorros del oro, recatada, tan ajena á los bajos, sucios y asquerosos que en ella su-

ponían y que descaradamente le había echado en rostro su hermana, con todo eso no se atrevía á desahogarse con el único que la comprendía y pudiera consolarla, por no infamarlos ante don Roque, por no mancillar la propia lengua con tanta horrura y no rebajarles en la opinión de él, por más que hubieran perdido todo derecho á que semejante respeto se les guardase.

Esta injuria que, como roedora ponzoña, le atosigaba y enconaba el corazón, no saliendo afuera ni desahogándose con quien pudiera remediarla, era la que tenía allí abatida, acongojada á la triste muchacha, sacándole ríos de lágrimas por los ojos, parándole el rostro jaspeado, casi amoratado y surcado de extrañas y temerosas arrugas. Allí tenía al que de veras la quería, al que la animaba á echar de sí la ponzoña y á desabrocharse con él diciéndole sus cuitas. ¡Pero, no! No quería echar de sí el mal, porque no recayese en ellos; no quería á tanta costa consolarse.

Y lloraba y se deshacía de pena y humedecía la mano del no menos apenado ciego y se satisfacía con besársela, como gozando de poseer entre las suyas la mano que podría valerle. Su calor se le trasminaba hasta lo más hondo del alma, el latir de sus varoniles y recias venas parecíale que se le trasvasaba á las suyas temblorosas de flaca mujer, el ardor con que la quería sentía que á ella se le traspasaba y la encendía toda. Cien veces estuvo por alzarse y abrazarse á aquel hombre, el único hombre que la conocía, que en este mundo la quería entrañablemente, que saldría por ella y la abroquelaría y la sacaría del polvo de tanto abatimiento, de congoja tanta. Un desusado tembloteo que notaba en todo su cuerpo la contenía y la retenía clavada á sus pies sin osar levantarse.

¡Allí, así como estaba, se creía dichosa, se veía á la sombra de un gigante, se le ensanchaba el pecho, desfogaba con hol-

gura el aliento, se sentía tan bien, tan bien, tan regalada!

¡Qué más quería! ¡Nada esperaba ni deseaba de nadie que no fuera él! ¡Teniéndole á él, lo tenía todo!

Poco á poco se fué así serenando, bañada en la deliciosa dulcedumbre de la posesión y goce del que únicamente amaba con todo el fuego de sus entrañas. Era un fuego que ardía y no quemaba, que llameaba y no humeaba ni atufaba el alma, un calor suave que se trasvenaba por sus miembros y los dejaba sosegadamente sabrosos.

Tenía los ojos cerrados y no veía más que los serenos y zafirinos de don Roque, adonde con la fantasía se le habían ido sin darse cuenta: en ellos bebían los suyos aquel no buscado consuelo que la iba tan mansamente embebiendo y empapando. No había que desear ni buscar más. Le poseía así dulcemente, su mano le bastaba.

Volvíale á cruzar por el pensamiento la

idea de abrazarse á él, y un extraño escalofrío le corría por el miojo del espinazo.

—¡Así estoy bien! ¡No deseo más! ¡Me quiere y le quiero! ¡Le tengo! ¡Aquí está! ¡Esta es su mano! Este es él! ¡No ansío más!

El ciego también se iba quedando tranquilo, gozando del consuelo que iba cobrando su hija, con aquel dulce y soberano gozo que debe de sentir la estufada gallina cuando ve que vienen á acogerse los polluelos bajo su alas maternales.

XV

LEONCIA, que desde afuera lo había oído todo y estaba atisbando y á la husma, al notar tan largo silencio, abrió bruscamente la puerta, y viendo la postura de su hermana, enrojeció de cólera, lanzóse á ella, la asió del brazo y zarandeándola la hizo volver en sí y alzarse del suelo.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué significa todo esto?—dijo con voz desentonada y arrojando por los ojos centellas de ira, concentrada y venenosa.

—Nada, Leoncia, que comprendo les hago mal tercio permaneciendo más en esta casa y he enviado á Andrés al hospi-

tal por una camilla para que me lleven—dijo el ciego.

Y Ana:

—¿No se te quiebra el corazón de lástima y duelo al ver que así se adelanta á tus despiadados propósitos de echarle de casa?

—¿Y aun hablas tú?—repuso ella echándole unos ojos de hiena.

—Sí, hablo! Y acuérdate que te digo yo que de lo que aquí aconteciere de todo tendrás tú la culpa. ¡Ahora bien, don Roque no sale de esta casa!

—¡Saldrá si yo lo mando, y tú á callar!

—¡Yo no me aparto de él! Tú verás si te parece bien que me vaya á vivir con él en el hospital.

—¡No te apartes, no! En llegando la camilla, le acompañas y te vas. ¿Qué te habías figurado? ¿Qué significa tanto apego á un extraño?

—¡Leoncia, hija mía!—dijo el ciego con voz blanda, ternísima, suplicante y capaz

de quebrantar un corazón de piedra.—No trate así á su hermana. Yo me iré; pero no la maltrate ni sospeche mal de ella. ¡Se lo ruego por la memoria de su madre, por el recuerdo de su padre!

—¿Y á usté quién le mete en lo que no le va ni le viene? ¿Quién es usté para disponer en casa ajena?

—¡Hija mía Leoncia! No dispongo de nada; sólo le ruego no sospeche mal de esta niña inocente y no la maltrate cuando yo me vaya. ¡Quién sabe si en mí le habla, Leoncia, la voz de su padre, que sale por su hija! No amargue la vida á una hermana, que no ha cometido otro delito que el de cuidar á un pobre ciego en memoria de su padre. ¡Acuérdese de su padre, Leoncia!

—¡Qué tanto padre ni padre! ¿Qué ha hecho mi padre por nosotras, sino abandonarnos?

—¡Calla esa boca! ¡No mancilles la memoria de nuestro padre!—gritó Ana aterrada.

Entró don Serapio, y haciéndose el desentendido, como si nada hubiera escuchado:

—¿Cómo va el enfermo?

—Menos mal voy, señor. Ahora vendrán á llevarme al hospital.

—No le llevarán, mientras esté yo aquí —dijo redondamente Ana.

Y el ciego sosegadamente:

—No puedo abusar del favor que me habéis hecho acogiéndome tantos días en vuestra casa. Yo, en nombre de vuestro padre, os lo agradezco, y para que os sirva de recuerdo, me os quiero mostrar de alguna manera reconocido. Tráeme, Ana, aquel mi morral que cuelga de la percha. Para mi hija había guardado lo único que de mis bienes me quedaba, el regalo de boda. Ya que, desconocida, me ha desechado, el regalo será para vosotras. Hijas mías, aceptad lo que de mi pobreza os doy de todo corazón.

Tomó el morral y sacó un estuche, abriólo y dijo:

—Este aderezo de perlas para Ana.

La cual lo recibió besándole cariñosamente la mano.

—Para Leoncia, que presto habrá de casarse, tengo un ramito de azahar.

Oirlo y sentir Leoncia como si le mordiese el corazón y le clavase las garras en sus entrañas la ruin, la amarilla, la huesosa envidia, fué todo en un punto. Fríamente ceñuda, con una mueca de desprecio en los labios, volvió las espaldas al enfermo y dijo secamente:

—¡Muchas gracias! ¡Guárdeselo para cuando se vuelva á casar, ó déselo también á esa!

Sacó otro estuche mayor, abriólo, y el ramo de azahar, de plata mate, sembrado todo él de destelladores brillantes, deslumbró los ojos de los que miraban.

—¡Ah!—fué la única voz que se cuajó temblorosa en todos los labios.

Volvióse Leoncia como un resorte. En un punto desaposentó la avaricia á la en-

vidia de aquel villano corazón, y dijo tartamudeando, á media voz y sin quitar los ojos de la joya:

—Dispense, don Roque, si he estado harto dura con usté; creí que...

—Toma, hija mía—dijo cortándole la palabra,—toma el regalo de boda que por estas manos te da tu padre, y no pienses mal de él. Un padre nunca es malo para con sus hijos, por malos que ellos sean para con él.

Con el estuche volvía Leoncia, cuando le guiñó el ojo el médico. Luego, con paso solemne, acercóse él al lecho, miró al enfermo, frunció científicamente el entrecejo, tomóle el pulso y canturreó en tono grave y magistral:

—Hay calenturas nacidas de la malaria americana, que, si hemos de dar crédito á Alfidio, Juanicio, al Tauladano, á Juan Licinio y al gran Cornelio Celso, mediando los espíritus Bahurath, Borace, Coagulo, Chomeriston, Hylepinguedo, Elebroth

y Tincar, pueden resolverse en crisogonías y argiropeas alarmantes. Así, señores, permítanme proceda á auscultar al doliente retirándose unos minutos.

Despejado el aposento, y bien seguro de que nadie le espiaba, comenzó con la mano izquierda á desabrocharle el pecho y á reconocerle con unos golpecitos dados con los apiñados dedos, mientras con la derecha requería gallardamente el morral, le reconocía por muy otras maneras de las que tratan los antiguos libros médicos *De Auscultationibus*, y desentrañaba de entre unos papeles un grueso y apretado fajo de billetes de Banco de á mil pesetas, los cuales pasaron á descansar al bolsillo interior del aprovechado discípulo de Hipócrates y Galeno. Después, pasándose la mano por la frente:

—¡Leoncia! Pueden entrar. Por ninguna vía conviene menear al enfermo, ni menos sacarle de casa. Venga recado de escribir y le pondré una receta... Este elixir divi-

no y socrocio flebotómico de Juan Fernelio Ambiano lo tomará á cucharadas cada dos horas. Nadie le hable una palabra ni le menee ni distraiga en lo más mínimo.

Salieron todos cabizbajos, y Ana, que sin pestañear no había perdido ni un movimiento del rostro del médico, sentóse en el pasillo por demás pensativa.

—¿Qué hay?—preguntaba entretanto, ya á solas y en voz baja en el piso de arriba, al médico la hermana mayor.

—Nada, que ese tunante de ciego por la muestra debe de tener buen gato, y á los dos nos conviene practicar el brocardico de Platón: «Sólo al médico es lícito matar sin pena.»

—Comprendo... Lo del refrán: «Tres jarabes y una purga, venga premio y anda mula». ¿Cuántos días durará?

—Le haremos durar una semana, para que ello obre lentamente y se vaya en paz y gracia de Dios, sin sospechas de nadie, á abrir los ojos al otro barrio.

—¡Cuántas ganas tenía de deshacerme de ese hombre, que estorbaba nuestros planes!

—Sin él Ana seguiría tan encaprichada y embobada con la quijotería de su madre.

—Me estaba temiendo se declarase y se casase con ese pillo sacadineros de ciego, sangrándonos la hacienda que había de ser nuestra.

—¡Calla, tontica, que para estas ocasiones es la ciencia! Voy á entenderme con el boticario. Mucho ojo con que nadie le hable ni le menee de como está echado. Mételе miedo á Ana con ciertas complicaciones que pudieran sobrevenirle en faltando á esto.

—Pierde cuidado.

XVI

DECÍAN antiguamente los naturales, que hoy á la griega llaman físicos, y ahí está don Serapio, que lo ha leído en sus libracos y no me dejará mentir, que lo que á la mujer le falta en inteligencia le sobra en instinto, como hombre imperfecto que es, allegándose más en su complexión, humedad y frialdad de cerebro á los animales, que por sólo el instinto se enderezan en todo su obrar, bien que sobrepujando á los animales en lo que por su liviana y asaz menguada inteligencia se acerca al hombre por participar, como él, de la naturaleza humana. No iban del todo descamina-

dos los dichos naturales, ni lo van los físicos y filósofos modernos que tal doctrina admiten; aunque á mí bien poco se me alcanza de estas honduras. Ni una artista ni una escritora ha salido durante los largos siglos que la humanidad lleva sobre la tierra, que pueda parearse con los escritores y artistas de algún renombre. Que si á los feministas, que hoy tanto por ahí vocean, y á las señoras á quienes el tal feminismo halaga se les hiciere duro de oir y por mi sencillez en apuntarlo aquí se me mostraren rostrituertas, más no podré hacer, con harto sentimiento mío, que lavarme las manos en lo que ni entro ni salgo, y derramar bonitamente las lavaduras sobre la cáfila de físicos y filósofos que tal opinan y enseñan, para que allá ellos, bien chapuzaditos y como pollitos mojados, sufran y lleven más en paciencia los alfilerazos de las damas y las dentelladas de los feministas, que no dejarán de aprovechar tan rica y bienmojada coyuntura.

Por mi parte, lo que sí puedo añadir de mi cosecha es que en casos repentinos, que no admiten espera, en que el hombre más desenvuelto suele hacerse un lío, el consejo de la mujer, hijo legítimo del instinto, dió siempre salida presta y acertada á las embrolladas dudas y enrevesados pensamientos del varón. Porque es lo cierto que, si el hombre abarca con su inteligencia, más despabilada según ellos, no menos el pasado y el porvenir que el presente y cava en las causas y vuela con su previsión hacia las consecuencias, la mujer, que tiene concentradas y aovilladas sus potencias en un solo punto, que es lo presente que cae bajo sus ojos, cala hasta las menudencias más desadvertidas y las briznas más delgadas, y acierta presto con el corte que hay que dar á los asuntos del momento más perspicazmente, que el hombre derramado en tantas otras cosas.

Ello es que Ana, con el ansia de conocer por los gestos y visajes del médico el

juicio que formaba del enfermo, avizoró lo que en el fondo de su conciencia fraguaba, por más que el diagnóstico pseudocientífico, que sus labios por tan peregrinos términos pronunciaban, cayese en sus oídos cual sonorosas gotas de lluvia en techado de zinc, sin entenderlas más que si fueran griego cerrado ó misterioso lenguaje talmúdico.

La vuelta de hoja, que el mismo resabido médico dió al negocio con aquiescencia súbita de la hermana, para que el doliente siguiera en casa, le acabó de abrir los ojos y despabilar las entendederas.

—¡No os saldréis con la vuestra!—se dijo, y aparentó la alegría que de todos modos sentía por verse sin más tropiezos al lado de su amado ciego.

Su hermana, para quitarle todo lugar á que sospechase nada de lo que tramaban, la dejó y aun animó á que le diese el mortal bebedizo por su mano.

Guardóselo, empero, disimuladamente

en su aposento Ana, dándole en su lugar agua azucarada, que cuidadosamente tiñó del mismo color que el elixir había traído.

Aquel mismo día escribió bajo cuerda á un buen doctor de Zaragoza, que la había asistido en otro tiempo en cierta enfermedad y con quien tenía confianza, dándole á entender se viniese luego y se entrase en casa, como que pasaba de camino, que tenía graves secretos que comunicarle á él solo y que se hiciese el desentendido con los demás.

Entre tanto, la pobre muchacha traía el alma en un hilo. Acostóse á la noche y no pudo pegar ojo. Temblaba de su propia sombra. Tornó á vestirse y bajó de puntillas al cuarto del enfermo, á pesar de saber que Andrés dormía en el mismo aposento y estaba á la mira. No hallando novedad, volvióse al suyo. Estaba amarilla como la cera, le latían reciamente los pulsos y las sienes, toda la sangre parece se le había agolpado al corazón como para res-

guardarlo. Conocía claramente que Leoncia y don Serapio eran enemigos peores que declarados, puesto que vendiéndose por amigos, estando cerca del enfermo, disponiendo de él, eran, como solapados, los más temibles enemigos. Á tiempo había podido librarle de la pócima, pero ¿podría igualmente salvarle de cualquiera otra maquinación que tramasen y no llegase ella á saber?

—Al hospital no conviene que vaya, porque sería quedar á merced de don Serapio, sin poderle yo asistir y contrastar sus aviesas intenciones. ¿Darán tiempo sus amaños á que venga el doctor? No puede tardar. Uno ó dos días á lo más. ¡Yo no saldré de su aposento! ¡Si es menester no les dejaré acercársele! ¡Dios mío! ¿Me lo matarán? ¡Asesinos! ¡No, nadie me lo arrancará, nadie podrá contra mí!

Llevóse, sin querer, las manos al pecho, como si de él le quisieran sacar al que tan entrañado llevaba en su corazón.

—¡Roque mío! ¡Roque de mi alma! ¡Ah!

Quedóse un rato cortado y desenhebrado el hilo de su pensamiento, y como represado de repente su sentir y calmado el acelerado borbotear de la sangre en las venas. Abriéronsele descompasadamente los ojos y la boca, arrugósele el ceño y en todo el rostro se pintó como una mezcla de alelamiento y de pasmo.

Dejóse caer en la butaca.

—¿Será posible?... ¿Roque mío he dicho? ¿Roque de mi alma? ¡Sí! ¡Es eso! ¡Le quiero como mujer! ¡Y como mujer le he querido! ¿Desde cuándo? ¡Me lo dijo Leoncia y no le di crédito!... Pero ¡yo le quería antes como á mi padre! ¿Qué me ha pasado á mí?

No se engañaba Ana, ó mejor dicho, acababa de desengañarse. El amor es ciego. Por más que su hermana se lo hubiera reprochado, no le había dado oídos. Sólo ahora aquel *mío*, aquel de *mi alma*, que entre comprimidos sollozos se le había esca-

pado, le había sonado á lo que propia y realmente sonaba. El alma, doblándose sobre sí misma, escarbaba en lo más retraído de los sentimientos, y á somorgujo, como el buzano arranca del fondo del mar la escondida madreperla, sacándola sobre las aguas, traía á la luz de la conciencia lo que ella jamás hubiera creído que debajo en las más hondas capas de la subconciencia llevaba, sin darse cuenta, encerrado. El misterio de su amor hacia don Roque se le reveló de un golpe.

La inocente niña no era filósofa, y con todo eso, allá para sus adentros y á su manera, filosofaba. Si yo fuera á desabrocharle el pecho y á desplegarle las telas del corazón, me vendrían los críticos con que aquellas filosofías eran mías, y que sólo por candidez las ponía en labios de una muchacha de aldea, sin cultura apenas y sin letras.

Cierto que tan pesados moscardones pudiera sacudírmelos con responderles

que, según alguien ha escrito, todo hombre es un animal metafísico, por manera que hasta el más lerdo tiene sus ratos de filósofo; que las mujeres filosofan, discurren y parlan á las veces tan delgadamente como los hombres, y que Ana, si todavía era niña, frisaba ya en mujer ó lo era del todo.

No se darían á partido estos señores, porque de oficio ellos se son tercos, y seguirían en sus trece, achacándome á mí las filosofías que le pudieran ocurrir á la niña, y es recia cosa que un pobre escritor tenga que dejarse en el tintero lo más sabroso de lo que pueda discurrir una muchacha enamorada, sólo porque á algunos señores casquiduros se les encaje en el testuz que no hay filosofías que valgan, que quepan en una niña aldeaniega.

No quisiera estar á mal con los reverendos linces de la crítica, que no hay cazador que no halague y regale á su reclamo; pero ¿vamos á permitir que no desembu-

che y se le recueza en el cuerpo á la triste Ana, que ni debe ni teme, lo que allá adentro le acongoja y aprieta y batalla por salirle afuera, y que lo sepan los lectores que asisten á su calladó monólogo? ¿Tan de duras entrañas me creen los críticos que no me compadezca de una niña que revienta por hablar?

Apártense voacedes allá unos momentos, y déjennos á los lectores y á mí con ella á solas, que, si no tienen ganas de oir filosofías de muchachas, nosotros nos comemos los dedos por oirlas.

Ello es que, gústenlas ó no los empecatados críticos, Ana seguía filosofando, y como yo soy tan así, tan á la pata la llana, me quedé con la boca un palmo embelesado, que no le perdí una palabra; y cuanto ella se dijo y yo sobre ello fuí zurciendo acá en mi candorosa mollera, se lo diré ahora callandico á mis lectores, con tal que ellos sean tan sencillos como yo y no tan tiesos y ceñifruncidos como los seño-

res que se apartaron y nos dejaron en buen hora.

—¿Cómo y desde cuándo ha apuntado en mí el primer brote de este amor?—decíase Ana, todavía estremecida y como una bobalicona, que no acaba de creer lo que está tocando con las manos.

»Queríale yo como á mi padre. No me cabe en esto la menor duda. En él fué revistiéndose la figura, que yo tenía, borrosa y vaga, de padre. Como á padre le quise, y como á hija me quiso él y me sigue queriendo.

»¿Qué poder misterioso ha trasvestido, sin yo saberlo, aquí en lo retraído y oscuro de los repliegues de mi corazón, aquel mi amor de hija en este mi amor de mujer?

»Porque yo le quiero ahora muy de otra manera, más honda, más apretada. Aquello otro era piedad filial, amoroso respeto ó amor respetuoso y sereno, cariño á distancia; ahora, desde hace unos días, no sé desde cuándo, me siento arre-

batada furiosamente hacia él, vuelo á entrañarme en él, y tan ciega y deslumbradamente como se lanza la mariposa dentro de la luz que la enloquece.

»Aquel respeto se ha trocado en igualdad; antes me sentía debajo de él; ahora me veo erguida y con él me careo. Aquella serenidad ya arde en llamas que me consumen. Aquel acercarme tímida y lenta, aunque confiada, ha parado en despeño desapoderado, que me arrastra como á imán á entrañarme en él, á esenciarme y sustanciarme con él.»

Así hablaba Ana, con toda esta propiedad y galanura de lenguaje, que los señores críticos me la echarían á mí, si aquí estuvieran. Pero, á Dios gracias, los críticos ya son idos, y los lectores que, como yo, conozcan el verdadero, apropiado y galano decir de las gentes del pueblo, cuando entre sí parlotean sin testigos de vista, de esos que pasan por ciudadanos y leídos, no extrañarán la manera de expre-

sarse de una muchacha que, si no tenía noticia de que hubiese críticos, Ateneos ni Academias en el mundo, era lista como una cendra, de tan lindo pico como bien-sentida y tan conocedora del brioso y colorido hablar de Aragón como el que más. Torno á cortar el hilo de mis tontas filosofías para enhebrar el de la discreta aragonesa.

—¡Era entonces otra que mi padre, algo apartado y distinto de él, en torno del cual volteaba, como dicen que la Tierra voltea atraída y rechazada juntamente por el Sol; ahora me siento compenetrada con él, me veo recalada en él; ya no soy yo, ni él es él, somos uno!

»Y con todo, me arredra el dejarme ir hacia él, y como que tiemblo y temo desaparecer confundida en él. Es bien extraño: aquella inocente confianza se ha convertido en reparo y como empacho, que me para el paso y me pone temblor en las piernas.

»¡Es el amor! Esto es lo que llaman amor, que jamás supe lo que fuera. Aquello otro de quererle como á mi padre debía de ser una sombra del amor.

»Y no puedo, no, volver á aquello. Me parece soso, frío, sin sustancia; aquello era cosa de niñas, como yo era niña. Ya soy mujer, quiero esto, ansío anegarme en esto, que nadie me saque de aquí: quiero este amor, esta dulcedumbre, quiero amar como ahora amo.»

Teñíansele entretanto de rojo las mejillas, bajáronsele los párpados y se le fueron las manos á la cara ocultándola en ellas. Algo serenada y chispeándole los ojos con un fulgor, que le bañaba todo el rostro de sosegada alegría, continuó:

—¡Y qué cosa este amor! Aquel dulzor, que gustaban apenas mis labios inocentes, se ha vertido á chorros hasta lo hondo de mi alma, ha empapado mis huesos, cimbrea mis músculos, enciende mi sangre, aviva mis ojos, colora mi fantasía, abri-

llanta mi pensar, desata mi discurrir, arrecia mi voluntad, me pone alas, me alienta nueva y jamás sentida vida, es el alma de mi alma.

»Yo le amo... le quiero! ¡Es mío, sí! ¡Es mi Roque, el Roque de mi alma y de mi corazón!»

Y el corazón abría, efectivamente, sus compuertas con desusado empuje y la sangre se le desparramaba ardorosa y bullente por todo el cuerpo, y sentía Ana como que se remozaba y ensanchaba, y la amarillez cual cera del rostro se le había quitado, parándosele encendido, cual amapola que briza al sol y al aire sus livianas hojuelas de rojo carmín entre los trigos.

Y ahora entro yo de nuevo con mis filosofías, que esta vez son mías y no de Ana, y, como á ella las suyas, tampoco me fuera sano dejármelas pudrir en el cuerpo, aun á trueque de que me salgan los consabidos chinches de la crítica con que esto

no es novela ni cosa que se le parezca. Si no es novela, será otra cosa, que sus mercedes dirán cuando lo sepan; que yo no tengo mandado de escribir novelas cortadas por el patrón que ellos tengan á bien poner de moda, sino esto, sea lo que se fuere. Yo cuento lo que pasó, lo que le ocurrió pensar á Ana y lo que á mí me ocurrió pensar, que por distraer á los lectores un rato y por distraerme yo mismo, dejando volar la pluma al sabor de la imaginación, me puse á ello.

Digo, pues, que Ana tenía mucha razón. El amor filial hacía tiempo que, sin ella percatarse, habíasele trocado en amor de pura mujer. Ni podía menos, estando como estaba convencida de que el ciego no era realmente su padre. Fué este amor de hija á manera de discreto disfraz con que el natural pudor veló al principio el nuevo brote amoroso, hasta que el sobresalto que sintió, temiéndose no envenenasen á su amado, lo desgarró de arriba abajo, ma-

nifestándose sin rebozos ya el verdadero amor, que en ella alentaba, por aquellas exclamaciones de *mío*, *de mi alma*, tan impensadamente salidas de lo hondo del corazón en un momento de fuga arrebatada.

Esta, al parecer, extraña mudanza y paso de un amor á otro dió en qué entender no poco al autor, desde que oyó la peregrina historia que va narrando, hasta que engolfándose por derroteros desconocidos que él llama trazas del amor, dió en cierta teoría, á manera de islote, á donde creyó hallar huellas del famoso Schopenhauer, que en otros tiempos á él también aportara.

El amor cree el autor que no es más que el mismo instinto de conservación que mueve al animal, pero ensanchado y extendido á la especie, ó el instinto de conservación de la especie (si alguien cree en él), por el individuo participado, y como nacido del de conservación del mismo individuo.

Esta fórmula ha menester alguna declaración. Es instinto que se da en el puro animal, no menos que en el hombre; antes bien, como puro instinto, es en el hombre lo que en el puro animal, bien que más aquilatado y llevado á colmo. El instinto de conservación es el egoísmo, fuerza centrípeta de la célula viva, que resguarda como rondando el vivir individual; el amor es la fuerza centrífuga y es la misma centrípeta que al buscar los medios de conservarlo destella una chispa de ese vivir y la derrama en otro nuevo ser.

Son dos porciones, ó mejor dos visos y caras de la misma fuerza vital, que se enderezan por caminos á nuestro entender opuestos, en sí nada contrarios á la misma conservación del ser, en sí mismo la una, en la especie la otra, perpetuando en ella el efímero vivir individual.

Es, pues, el amor un instinto animal, evolución, si se quiere, del de conservación, y condensación de la vitalidad de la especie

en cada uno de los seres: el hacha encendida, que pasa de mano en mano perpetuando la luz de la vida sobre la tierra, que es lo que simbolizaba aquella práctica de correr el hacha encendida en las bodas atenienses.

Yace soterrado debajo del umbral de la conciencia, es ciego por consiguiente, y sólo se manifiesta cuando valiéndose de los sentidos exteriores, con los cuales busca sin descanso la que el vulgo llama su media naranja, esto es otro individuo que le ajuste para el logro de otro nuevo ser, robusto y digno heredero que perpetúe la especie, da con su pareja, y entonces salta por todos los dictámenes de la razón, de la conciencia moral, del pudor y demás convenciones sociales que le tenían como encadenado ó enmascarado, y se lanza despeñado á juntarse con él en uno, con todo el empuje y fuerza arrolladora de la vida vegetativa, que rompe la semilla, alarga sus raíces y desparrama

sus tallos partiendo peñascos y horadando cuanto se le ponga al paso.

Es el genio de la especie que atisba el blanco desde su escondite, y por lanzarse á él, cuando le sale al encuentro, engaña al mismo individuo, poniéndole delante de los ojos ese mismo blanco como el único punto donde hallará su felicidad, sacrificándolo en no pocas ocasiones en aras de la especie.

Basta á veces una sola mirada para enlazar en apretado lazo á dos personas, que jamás se conocieron, y que por ella se penetran y reconocen en un instante. Suele acontecer que la felicidad, que sueñan entrambos sólo han de hallar en la unión, es mentirosa. El amor les venda los ojos para lograr su intento, y llegada la apetecida unión, recoge con sus manos lavadas todo el fruto, quedando ellos fríamente desengañados. La felicidad se les desvanece, porque se la lleva el fruto fecundado, y sólo se quedan con sus cualidades individuales,

que suelen no avenirse amigablemente; sólo les resta la amistad que entre ellos pueda nacer, y la amistad verdadera es joya rara en el mundo.

Todos los demás amores son dejos y como sombras de este único amor, que tira á la propagación de la especie. Ana mirando con lástima al ciego que se topa en la carretera despierta en sí al amor, que yacía dormido en lo hondo de la sensibilidad. Brota primero como compasión, que ya es un salir de sí en forma de fuerza centrífuga, de lo que llaman altruísmo. Luego la sombra de su padre que vagaba por la fantasía y el recuerdo de la madre danle mayor empuje y le revisten de otro matiz, pareciendo como amor filial.

Pero el amor filial no es más que un ramo de amor, y al seguir por él presto se da con el tronco, el puro y sustantivo amor, en que se trasformó el filial de Ana, al hincar más y más la consideración en el ciego como hombre é ir dejando poco á

poco á un lado la sombra de padre, que en él antes viera y que ninguna prueba le aseguraba para que siguiese viéndola. Por los accidentes se llega á la sustancia, y la sustancia del amor es única: por las ramas se llega al tronco, y único es el tronco del amor.

Una vez que el genio de la especie asomó su cabeza por cima de la conciencia de Ana, todas sus potencias y sentidos le rindieron parias y entregaron sus manos á las doradas cadenas con que quiso aherrojarlos. Ya no vió en don Roque más que al hombre amado. El amor le pintó apetecibles todas sus cualidades varoniles que pasan á la prole, sin darse ella cuenta de tales deslindes. Los defectos físicos adquiridos por sí fenecen con el individuo; los bríos, la pujanza corporal, la afición al trabajo, la reciura de la voluntad, el natural físico y moral, son los que se heredan, y se los realzó á sus ojos el amor.

No pudo ya dormir Ana aquella noche,

ni siquiera lo procuró ni volvió á acostarse. Apagó la luz y se pasó las horas sentada y con la imaginación en el aposento de su amado. Cuanto más convencida del verdadero amor que por él sentía, más temores asaltaban y cercaban su corazón y por otro cabo más frescos y redoblados bríos brotaban de él. Aquella noche, cual ninfa que llega al estado de mariposa, dejó Ana de ser niña y nació á la vida de mujer.

El amor lo hace todo en el universo. Despojada del amor infantil de hija, el amor de hembra entera de futura madre, la revistió y armó de otros muy mejor templados aceros, robusteció en ella los sentimientos, fortaleció la voluntad y abrillantó las luces de la razón.

Al caer en la cuenta del cambio que en ella se había obrado, los primeros momentos fueron de turbación medrosa, de pudoroso desconcierto: diríase el desasentado alear de la misma mariposa al romper el

capullo y revolotear desconcertada por los aires, bamboleando y altibajando en revuelos sin propósito y sin seguridad.

—¿Tendría razón Leoncia afeándome como desenvolturas mis palabras y maneras con don Roque?

Cerráronsele los ojos, tiñéronsele otra vez de ligero carmín las mejillas y acudió á cubrirse el rostro con las manos.

—¿Se me habrá escapado alguna frase liviana ó menos mesurada, que desdijese del recato de una muchacha biencriada y comedida? Con el confiado atolondramiento de niña inocente, ¿no habré dado motivo á don Roque para que malpensase de mí? Como niña le trataba; pero si el amor que le tenía era de mujer, ¿no se le habrá traslucido tal cual era?

»Si en algo me hubiera descomedido, hubiéralo dado á entender don Roque. Pero él sigue tratándome como á hija.

»¡Qué dulces son sus palabras!... ¡Hija mía, Ana! ¡niña mía! ¡mañica!...

»¡No! ¡No hay en él otro cariño para conmigo que el de tierno padre, que se desahoga al hallar en mí un retrato de su hija, después de muchos años de tenerla por perdida!

»¡Y sin embargo yo le quiero ahora de otra manera más honda, más entrañable y más grande, mucho más grande!

»¿Hago mal? ¿Será malo querer así á un hombre?

»¡Porque yo le quiero todo para mí! ¿Habrá querido á otra mujer? ¿Querrá ahora mismo á otra mujer?

»¡Si no ha visto á nadie desde que en América se quedó ciego! ¿Puede querer á una mujer sin verla? Para él es ver el oir y el tocar; pero no ha tenido ocasión para enamorarse de otras.

»¿Pues cómo me quiere á mí como á hija?...

»Como yo le quise en un principio como á padre. Porque su hija se desamoró de él y es como si ya la hubiera perdido, ponien-

do en mí el amor que le tenía á ella. Como yo le quise en lugar del padre que me faltaba, me quiso y me quiere en lugar de su desamorada hija. ¡Don Roque no ha querido á otra mujer! ¡No, don Roque es mío, y sólo mío, enteramente mío!

»¿Enteramente, digo? Sí, porque ¿qué importa que no vea en mí más que á la hija sin ver á la mujer? El día que yo le muestre amor de mujer, como á tal me querrá: el cambio que ha habido en mí lo habrá en él.

»Por ahora no quiero otro amor de su parte, que el que me tiene. ¿No es mío todo su querer? ¿Qué más puedo apetecer ni ambicionar?

»Además el amor de la mujer pienso yo que siempre debe de tener mucho del amor de hija, porque la mujer nunca deja de ser niña y así ha de envolver algo como de la sumisión y respeto que yo tengo para con él. Al fin y al cabo, el hombre es hombre y la mujer mujer, y él ha nacido para

ser cabeza y enderezarla y guiarla. Por eso el amor que esas marimachos puedan tener por sus maridos, á quienes pretenden subyugar y mandar, creo yo que no es amor, sino altanería ó vanidad. El amor iguala, pero en los corazones y en la confianza. El amor es orden y concierto, que da su puesto á cada cual. Querer que la cabeza ande para abajo y los pies para arriba es un desorden y desconcierto que no dice con el amor.

»¿Qué más me puede querer don Roque, si todo su contento y deleite lo tiene en tenerme á su lado y en hacerme dichosa? Así quiero yo, pues, que me siga queriendo, como me ha querido hasta aquí. Yo le querré con toda mi alma.

»Ya no me importa lo que pueda decir Leoncia, ni lo que diga nadie. Tanto derecho tengo yo para querer como los demás. Don Roque no tiene obligación con ninguna otra mujer y, por consiguiente, nadie nos puede quitar el que nos queramos.»

Como se ve por estas consideraciones, entre otras muchas que se fué haciendo Ana aquella noche, su amor de mujer, como primerizo y flamante, no había llegado á abrasarla con los ardores de la concupiscencia sensual; era un amor, sexual ciertamente, pero todavía en capullo, y así seguía siendo un amor de niña, apenas diferenciado del de hija más que en la profundidad y extensión y en el fin y blanco lejano, que todavía no columbraba y no la arrebataba más que de una manera encubierta y no por vista de ojos, como la montaña de imán en *Las Mil y una noches* atraía al barco aquél, antes de verla en el horizonte los que en él iban embarcados. Bien decía ella que era un amor más hondo y entrañable, más grande, mucho más grande, como que no alcanzaba á divisar las lejanas riberas, adonde iría poco á poco á aportar.

Á ese blanco y meta tira el amor verdadero entre hombre y mujer: es un amor

hacia lo venidero, hacia el fruto. Llegados á la meta, sólo quedan después de ella, como consecuencias y ramas, que arrancan del pasado, los amores de padres á hijos y de hijos á padres, dejos del verdadero amor, maduraderos del fruto que miran á resguardarlo y criarlo hasta que ya no necesite de nadie.

En la vida ordinaria el amor anda hacia adelante. El amor sexual, logrado ya el intento de la especie, conviértese ó si se quiere engendra el maternal y paternal, que reflejándose en la prole da el filial en ella. En el caso de nuestro cuento el amor anduvo hacia atrás, convirtiéndose de filial en sexual, lo cual es harto más raro y extraño, bien que tan acaecedero como lo prueba la verdad de esta verdadera historia.

El desenlace último, que vamos á contar, no pudo menos de ser tan extraño y desusado como lo fué el tal amor. Si en ambos personajes, en él y en ella, hubiera podido darse sin tropiezo ese extraño desandar

ó recular hacia atrás del amor, el fin sería el natural de los sexos, que nada de particular tendría, encajando de lleno en la economía del universo. Pero si en una hija puede convertirse el amor filial en amor de mujer mientras no conozca ella que el amado es su padre, en un padre, que sabe ser ella su hija, no cabe razonablemente semejante conversión. Al revés podría darse en él, en el caso de no saber que ella era su hija, y en ella razonablemente no cabría, sabiendo que él era su padre. Estos dos casos de recejar y convertirse el amor filial en amor sexual son conforme á la naturaleza, mientras no se descubra ser padre ó ser hija el amado ó la amada, y así el desenlace fatalmente ha de ser el que vamos á encontrar en nuestro caso.

Bien sé yo que algunos ponen allá en los comienzos de la vida del hombre sobre la tierra, cuando no solamente no había dejado el pelo de la dehesa, sino que en ella andaba brutalmente embreñado, la

comunidad de mujeres, por manera que la madre lo era todo, desconociendo á su padre el hijo y acaso la misma madre. En aquel estado salvaje del matriarcado primitivo no es de creer que la conciencia y el pudor rechazasen la unión con personas emparentadas, hasta de hermanos, padres é hijos entre sí.

Tal hubo de suceder, por lo menos ateniéndonos á la Biblia y al monogenismo, y según esto los hombres no irían en ello contra la naturaleza, mas que no van contra ella los animales que se mezclan sin reparo. Pero hoy en día, después de tantos siglos de costumbre en contrario, el pudor y la conciencia, que ella ha fraguado entre las gentes civilizadas, nos hace ver como monstruosas tales uniones y por el consiguiente la conversión total hasta el cabo, del amor filial ó paternal en amor carnal y sexual con conocimiento pleno, digamos el incesto, cual el del emperador Octaviano con su hija Julia. Hoy en día, esta lascivia desapo-

derada y furiosa, que rompe los tradicionales fueros del pudor y los dictámenes de la razón, tal cual ahora la tenemos conformada, no merecería el nombre de amor racional; nos parece monstruoso, desrazonable, antiestético y ajeno al arte que busca la belleza. Sola la naturaleza brutal y despeñada obra en estos casos, como obran los animales y el agua, el viento, el fuego, cuando arrasa y destruye. Pero mientras no se descubra á los ojos de los que aman el parentesco de padres é hijos, el amor ofrécese como racional, humano y es bello y artístico. La razón es la que entonces se engaña, pero como se engaña razonablemente, no muda de naturaleza.

Y basta de filosofar que, desagrade ó agrade á los críticos, ya esto va pasando de castaño oscuro y la triste Ana está al despertar, que al fin y al cabo, tras tantos sobresaltos y turbaciones, habíase quedado traspuesta como cualquier otro hijo de vecino.

XVII

APENAS amanecido bajó Ana á ver al enfermo. Por más consideraciones que se había hecho, sintió en su presencia un empacho que jamás antes había sentido. Acercábasele antes sencilla é inocentemente, como lo había hecho á su madre enferma; ahora, con sentirse lanzada á entrañarse en él, con comérsele por los ojos, no acertaba á llegársele, temblábanle las piernas, un azoramiento desbaratado le hacía se le cayesen las cosas de las manos, se estremecía de que la mirase Andrés y le leyese por los ademanes el corazón. Diríase que había perdido la antigua inocencia, pues-

to que perdido había la antigua sencillez y llaneza. Era prueba bien clara de su amor de pura mujer.

Quiso, al darle la cucharada, asegurarse de que la pócima era el agua azucarada y teñida que ella había puesto en lugar del mortífero brebaje. Al llevarlo á los labios notó que lo que el frasco contenía era realmente la ponzoña y no el agua.

La sangre le subió á la cara, sus ojos centellearon vivamente.

—¡Leoncia me ha espiado, me ha sorprendido y ha querido á su vez pegármela!

Ya salía hacia su aposento para ver si le faltaba el frasco escondido, cuando la misma Leoncia, que estaba al acecho, le paró los pies en el pasillo al salir del aposento del enfermo y le dijo midiendo las palabras y acompasando con sorna las sílabas:

—¡Dásela, hija, dásela, que esa es la medicina! ¡Con agua no se curan los enfermos!

—¡Infame!—dijo irguiéndose con entereza Ana, aunque en voz baja, que no le oyese don Roque.

Y añadió al punto:

—¿Quieres emponzoñarle, víbora?

—¡No! Quiero que sane... ¿Qué nuevo engaño estabas zurciendo? ¿Tenías envidia del ramo de azahar de brillantes que á mí me regaló, no contentándote el aderezo por ser de menor valor?

Luego, entrando desenfadadamente en el aposento:

—¡Don Roque, conozca usted á esta buena pieza!

—¡No le hagas hablar, no le sobresaltes, que el médico ha dicho que podía costarle la vida!

—¡Pues tomará la medicina, porque se salve, ya que tú te empeñas en dejarle morir dándole agua!...

El ciego se estremeció, abrió desmesuradamente los ojos, alzando la cabeza, y dijo:

—¿Agua me dabas, Ana? ¡No puedo creerlo!

—Agua le daba, don Roque, esa que tanto dice que le quiere. Aquí está. Vea, Andrés, si esto no es agua.

Y sacó el frasco de agua teñida que se había guardado Leoncia al poner en su lugar el brebaje del médico, el cual la tarde antes había hallado escondido en el aposento de Ana.

—Éste es el elixir que ordenó Serapio, que ella escondió y no quería darle. Se lo he cogido yo misma en su aposento. Lea la etiqueta del boticario.

—¡Así es!—dijo pasmado Andrés.

—¡Ana!—dijo el ciego con cara alelada y abriendo más y más los ojos, sin acabar de comprender ni de creer.

Al oir esta voz dió ella un grito cortado, destartalado y como fuera de sí; luego, con horrible sacudimiento de cabeza, destrenzado el cabello, cayó desplomada en la silla que al pie de la cama estaba,

hundiendo entre la ropa la cabeza, sin poder echar más la voz, que sentía anudada á la garganta.

Mientras tanto, el ciego proseguía:

—¿Será cierto? ¿Hubieras sido capaz? ¿Tú engañarme? ¿Tú quererme matar?

—Don Roque—añadió Leoncia, envalentonada y triunfante,—aquí están los dos frascos: el de Serapio lo he hallado escondido en su aposento y el que había ella traído y ya había destapado y es de agua teñida y con azúcar. ¡Dígalo Andrés!

—¡Así es, mi amito, y no acabo de creerlo, aunque lo veo por mis ojos!

—¡Si no sabe usté bien quién es ésa ni de lo que es capaz!—añadió Leoncia.

Y el ciego, caídos los brazos, que antes tenía enhiestos en alto, como quien espantado y dudoso pide luz y socorro al cielo:

—¿Es cierto? ¿Tú también?... ¡Hija desamorada!...

Y al desdichado también se le atragantó

en la garganta la voz, y revolcándose ocultó la cara, pegada entre las manos á la almohada.

Abrióse á este tiempo la puerta y pareció don Serapio. Lanzóse á él con disimulado arrebato Leoncia:

—¿Qué te parece de esa mala hembra?

—¿Pero qué pasa aquí?

—Pues ¡nada, hijo! ¡Que en lugar de tu receta, le daba agua!

—¡Buen remedio para acabar con las últimas quebrantadas fuerzas del organismo!

—¿Ves, ves lo que es? ¿No te lo decía yo?

—Pero ¿qué le iba á ella en que no sanase?

—¡Pura envidia! Porque el regalo que le hizo don Roque era de menor valor que el que me hizo á mí.

Ana se retorcía como una culebra. Hizo un esfuerzo, enderezóse, quiso echar la voz y se le ahogó en el pecho. Arrojóse sobre el enfermo, tomóle la cabeza entre

las manos, le hincó los ojos como una loca, sin lograr por eso desanudar la voz.

—¿Quién eres?—rompió él, quebrando las palabras.—¿Eres tú, Ana? ¡Te callas! ¿Es cierto? ¡También tú!

—¡No!... ¡Mienten!...—fueron las primeras que al desahogarse en copioso llanto pudo desatarugar Ana.

Y se abalanzó otra vez al enfermo, y rompiendo por todo, desabrochó toda su alma de loca enamorada, ya no de hija para con su padre, sino de mujer para con su amado, abrazándole y besándole una y mil veces, desaforadamente, mientras de una manera entrecortada por los besos le decía:

—¡Querían envenenarle!... ¡La receta era ponzoña!... ¡Infames!...

El pobre ciego se quedó más pasmado y atolondrado. Batallaba entre la alegría de ver que Ana era inocente y el horror de considerar que Leoncia fuese una parricida. Lloraba y reía á la vez, recibía con ansia los besos de Ana y fruncía el

entrecejo de una manera extraña. Hubiérase dicho que tras un chorro de miel caía en su corazón otro de hiel, y que en su razón brillaba un recio y caluroso rayo de sol estival y tras él un golpe de helada ventisca venía á dejarle enteramente nublado.

No oía con esto las palabras preñadas de amor que desfogaba Ana. Pero poco á poco los abrazos, los besos, las palabras de la joven sobrepujaron y el aturdido señor oyó distintamente que le decía:

—¡Roque mío! ¡Roque de mi alma! ¡Yo te quiero!... ¡Yo te adoro!...

Apartó entonces bruscamente de su rostro con los brazos á Ana, paróse blanco como el papel y quedó mudo unos momentos.

Las últimas palabras le revelaron claramente, cual si se le descorriera de pronto un velo, el verdadero y fogoso amor de mujer que su hija tan locamente le estaba mostrando y que por no verla con los ojos

en medio del aturdimiento había hasta aquel punto atribuído á amor filial, el único que creía haber alimentado en ella. El horror que le causaba la aborrecible acción de Leoncia se acrecentó desmesuradamente y de golpe con el que le tomó al conocer que Ana estaba enamorada de él como pura mujer.

Estas dos horrendas revelaciones le dejaron seco, sin pestañear, como frío mármol.

Luego, de repente, con una sacudida instintiva, por la que el organismo entero se rehacía, dió un bote y quedó incorporado en el lecho. Llevóse las manos á los ojos, cual si pretendiese despabilárselos, llevarles luz, abriólos descompasadamente, tendió los brazos y de un solo grito y resuello:

—¡Ana! ¡Leoncia! ¡Hijas mías!

Nadie se movió. Diríase que á las dos las habían clavado en el pavimento. No se oía ni el alentar de los que allí se hallaban.

—¡Hijas mías! ¡Yo soy vuestro padre, vuestro verdadero padre!

Y braceaba desconsolada y desesperadamente queriéndolas abrazar y sólo abrazaba el vacío.

Á esta segunda voz, Leoncia y Serapio dieron dos pasos atrás, no acabando de creer lo que oían, y Ana, echándose las manos á la cara y mesándose los cabellos se arrastraba hacia la puerta; pero antes de llegar á ella abrióse de par en par y se vió aferrada por las dos manos del doctor don Fermín Moncada, que en aquel momento aparecía. Desengarrafóse de él con un violento retorcijón que casi hizo dar al doctor en tierra, y salió de un salto, desencajado el rostro, colgando y suelta al viento la cabellera.

Pasmado quedó ante aquella escena extraordinaria el señor Moncada. Pero al divisar dos frascos sobre la mesilla, al ver casi juntos á los novios, al echar una ojeada al ciego, que seguía braceando, se dió

cuenta de que el médico y la hermana mayor habían hecho algún desatino y que el enfermo estaba envenenado. Arrojóse á los frascos, llevó á los labios el primero que topó y

—¿Ha bebido?

—No ha bebido, doctor—dijo Leoncia y se echó á llorar.

Y el doctor, lanzando una amenazadora mirada á Serapio:

—¡Desventurado!

—¡Ana! ¡Leoncia! ¡Hijas mías! ¡Vuestro padre! ¡Soy vuestro padre!—gritaba el ciego con más brío.

Pero Ana ya no le oía. Desasiéndose con la misma fuerza de los mozos al salir del aposento y dando de un empellón con ellos en tierra, había echado por la carretera adelante como una furia desatada. Sólo la habían oído decir al trasponer el zaguán:

—¡Mi padre!... ¡Horror!...

El amor de mujer había domeñado en ella todas las potencias y sentidos. Al sa-

ber que aquel hombre, por quien estaba perdidamente enamorada, era su padre, sintió como si un muro de bronce le atajara, quedó horrorizada. Pero aquel amor era el genio de la especie que, con toda la pujanza de la vida universal, rodaba sus desbaratadas olas y las despeñaba. Chocaron un momento en el muro; mas apenas habían cejado un punto, revolvieron con más furia, y engrosándose y agigantándose y subiendo, se desbordaron arrollándolo todo y arrebatando á la infeliz Ana que corría y volaba, ciega y fuera de sí.

Salió don Serapio y la divisó ya lejos, seguida del tío Quiques, que le iba á la zaga y no lograba darle alcance. Volvióse apresuradamente al aposento:

—¡Va como una loca!

Todos en tropel se echaron afuera y apretaron á correr. Al llegar á la puerta del Camposanto, por donde ella se había metido, viéronla encaminarse á la sepultura de su madre y caer sobre la losa.

El amor de mujer no había podido en su corazón volver atrás desevolucionando en amor de hija. Allí estaba caída, sin pulsos apenas, desmayada y como muerta.

Había sido víctima del genio inexorable de la especie.

Tomáronla en peso y la volvieron á casa echándola sobre su cama, donde tardó un rato en volver en sí.

XVIII

Cuando la pobre Ana volvió en su acuerdo, ni una lágrima brotó de las resequidas fuentes de sus ojos, los cuales clavaba desatentadamente en un punto ó llevaba sin concierto de un lado para otro: diríase que miraban para adentro.

Por nada preguntó, de nada mostró deseo de enterarse.

El doctor que asistía á la cabecera, la creyó en un principio perdida de locura. No dejó entrar en el aposento para que la sirviesen más que al tío Quiques, por quien la muchacha siempre había dado muestras de particular agrado y confianza. Pero

presto se creyó desengañado, pues ni á uno ni á otro trató de otra manera que antes, y respondió en seco á cuantas preguntas y razonamientos le hizo.

Sólo sí notó que hablaba lo menos posible, que hònda tristeza la tenía sobrecogido el semblante, y que por las trazas el cerebro no debía de trabajar en demasía, antes por el contrario, lo tenía como postrado por cierta atonía y dejadez.

Pasaron un par de días con este descaecimiento, poco dormir y menos comunicarse.

Creyó el doctor que la hermana podría entrar en el aposento. Nunca lo hiciera. Apenas la vió, revolvió los ojos en sus cuencas, frunciósele el ceño, miró á la pared frontera y rompió en descompuestas carcajadas despedazando las palabras, que se atropellaban por salir, cual si hubiesen suelto á la lengua los frenos que la contenían.

—¡No le valdrá el veneno! ¡Lo guardo yo!

¡Se lo he quitado de las manos! ¡No lo beberá don Roque! ¡No se lo darán, no! ¡Idos, idos! ¡Allí está madre, allí los cirios! ¡Idos vosotros á tu cuarto, Leoncia! ¡Á tu cuarto los dos! ¡Allí besaréis á madre! ¡La besaréis juntos, muy juntos! ¡Y te querré, Serapio, te querré! ¡Qué ha de hacer! ¿Ves como te quiero?

Y hacía ademán de despedazar algo que tuviera entre las manos, mientras con la boca hacía visajes como mordiendo rabiosamente.

—¡Te querré como á don Roque!

Una ironía espantosa se pintó en todo su semblante. El doctor trató de sosegarla, pero no lo logró.

—¡Vete, Serapio! ¡Aléjate de mis ojos! ¡Vete con ella! ¡Á su cuarto! ¡Vete! ¡Roque! ¡Aquí! ¡Aquí estoy! ¡Venga! ¡Conmigo! ¡Soy yo! ¡Sólo yo le quiero! ¡No quiero á mi padre, no, ni á mi madre! ¡Se los llevaron! ¡Estoy sola! ¡Venga conmigo, don Roque! ¡Soy suya! ¡Vea yo esos ojos azules! ¡Con usté

solamente quiero estar! ¡Roque mío! ¡Roque de mi alma!

Hizo seña el doctor á Leoncia que saliese del aposento, y pensó para sus adentros:

—Es un caso particular de psicopatía, que hay que estudiar. ¡Está maniática ó loca del todo!

Efectivamente, cuantas veces ensayó á entrar Leoncia ó don Serapio en el aposento, la razón de la triste enferma perdía los estribos y daba en desbarrar repitiendo desconcertada y destrabadamente tales exclamaciones, barajando ideas y fantasías, que entrambos descifraban harto claramente y que tampoco se encubrieron á la agudeza del doctor.

El cual no les volvió á permitir la entrada.

Pero aun sin entrar, tornaba á sus desatinados desvaríos á la menor mención de ellos ó de sus cosas.

Acerca de don Roque, sus palabras eran tan desconcertadas, que por una parte le

llamaba y mostraba estarle apasionada y por otra daba á traslucir, al parecer, todo lo contrario.

—¡Don Roque ha asesinado á mi padre! ¡Se lo ha llevado, lejos, lejos! ¡Lo ha escondido! ¡Ya no le veo! ¡Sí! ¡Allá corre con él! ¡Lo lleva por el bosque! ¡Le mete en la barca! ¿Por qué me lo arrebata y se lo lleva al Brasil? ¡Y mi padre me mira! ¡Sus ojos azules... allí brillan... me miran! ¡Se lo lleva! ¡Asesino! ¡Ya no le veo! ¡Roque mío! ¡Roque de mi corazón! ¡Yo le quiero! ¡Soy suya! ¡Roque! ¡Roque! Me devolverá mi padre, ¿verdad? ¡Yo le querré mucho, mucho! ¡Me lo devolverá! ¡Ah! ¡Me lo lleva lejos! ¡Yo iré por él! ¡Yo iré y le llevaré del brazo y me sentaré con él junto al regato, sobre la yerba... le cogeré margaritas... madreselvas... ¡No nos verá ella! ¡No le valdrá el veneno! ¡Lo he escondido yo, doctor! ¡No se lo darán! ¡Idos, idos á vuestro cuarto, Leoncia! ¡Idos, solos, allí solicos! ¡Idos!

Pasados unos días hízola levantar el doctor y la llevó á pasear. Ella tiraba siempre hacia el Camposanto. No pudo lograr de ella que subiesen por los olivares á mano derecha de la carretera.

La causa súpola de don Tomás Lanuza, como ya llamaban en casa y en la aldea al ciego, á quien vinieron á visitar cuantas personas le habían antes conocido. El buen señor dióle á entender que entre aquellos olivares había ido á pasear con Ana los primeros días. Contóle además todo lo sucedido; en cambio, el doctor le descubrió las palabras desvariadas de la enferma, con lo cual quedaron ambos enterados de todo.

Leoncia andaba como avergonzada delante de su padre, aunque tan cuelliergui-da con los demás como de costumbre. Don Serapio menudeaba menos sus visitas y sólo para charlar con su prometida, medio á escondidas.

Tomó á pechos el doctor la cura de don

Tomás, no menos que la de Ana. Libróle á él presto de sus calenturas, que claramente conoció ser palúdicas, causadas de las marismas y encharcamientos y del clima húmedo y caluroso de las riberas del Amazonas. Quiso combatirlas de raíz, y ello es que fué sacando en limpio cómo la ceguera no había sido más que una amaurosis, efecto de la misma infición palúdica. Con sabio y continuado tratamiento, según fué acorralando en aquel organismo el mal y acabando con los últimos gérmenes, don Tomás iba cobrando la vista por momentos, y antes de tres meses se halló sano del todo. Entonces se hizo cargo de la casa, que encontró harto venida á menos y puso mano en los asuntos más íntimos de la familia.

Habló seriamente con don Serapio, delante del doctor, sabedor y testigo de todo. Echóle en cara tranquilamente, bien que con entereza, la fea acción de haberle pretendido envenenar, la no menos deshon-

rosa de haberle tomado su dinero y la incalificable de haber abusado de su hija Leoncia y haber querido abusar de Ana. Por todo lo cual le hizo prometer que se casaría con la novia lo antes posible y cambiaría de distrito. Leoncia no había de llevar dote ni habían de volver á poner los pies, en casándose, en Fuenlabrada. En esto último había insistido con don Tomás el doctor, como medida necesaria para el sosiego y curación de Ana.

Á todo hubo de avenirse el triste de don Serapio, viéndose cogido entre puertas y no hallando otra salida mejor, porque el doctor hubo de amenazarle con dar parte á los tribunales.

Así que, bien á regañadientes, don Serapio y Leoncia se casaron y se partieron para el nuevo distrito, que logró don Serapio por mediación de su padre, en un pueblo de Extremadura, donde se sabe que vivieron desde el primer día los dos desengañados esposos como perros y ga-

tos, ella con su orgullo abatido, que quería mandar en casa y ni siquiera tenía con quien desfogarse, él con sus aficiones mujeriegas, que le traían siempre fuera, entrambos luchando con las ansias de tener que gastar y no teniendo apenas para comer, y sin la menor sombra de cariño, que templase algún tanto la mohina donde no había harina.

XIX

MIENTRAS Leoncia estuvo en casa, no vió en ella la enferma más que al doctor y á la servidumbre, y no fué pequeña empresa evitar que viese á los demás. La vista de su padre podría hacerla desvariar. Sacábala á pasear el doctor hacia la huerta y otros lugares que no le recordasen cosa de lo que contribuyó á la turbación del juicio en que había caído. Pero sucedió un día que habiendo salido don Tomás hacia el lugar de los olivares, por donde con su hija paseara los primeros de su llegada, sentóse en el ribazo que bordea la senda tras unas zarzamoras que le encubrían.

Poco después, la misma tarde, sacó el doctor de paseo á la enferma, enderezando hacia el mismo lugar. Charla charlando fué llevándola con ingeniosa maña de una en otra cosa hasta enfrascarla distraídamente de manera que, sin ella advertirlo, iban subiendo sendero arriba por los mismos olivares que otras veces tanto había repugnado.

Hablábale el doctor de pueblos lejanos y salvajes, de bosques y ríos, y ella misma se fué con la imaginación á lo que del Brasil su padre le había recontado la noche antes del paseo que con él había dado por aquel mismo camino. Fuéronse de esta manera eslabonando en su cabeza las representaciones de antaño con los mismos lugares por donde pasaba ahora y había entonces pasado recordándolas en compañía del ciego.

Llegados á donde estaba don Tomás, echado sobre la yerba y al parecer dormido, no le reconoció al principio Ana. Sen-

tóse el doctor y la hizo sentar dos pasos más allá. Abrió en esto los ojos don Tomás, y mientras les saludaba estábasela mirando dulce y sosegadamente. Hablaron los tres en varios asuntos, y como se tocase á las cosas del campo y la frondosidad que les robaba la vista y encantaba el ánimo:

—¿Te gustan las flores, Ana?—dijo don Tomás naturalmente.

Ella le miró con ojos asombrados y como quien está haciendo grandes esfuerzos por recordar lo que mucho tiempo ha olvidado. Luego de repente, echando una ojeada en torno, se alzó y bajóse adonde corría el riachuelo. Las aguas espejadas besaban las margaritas, deslizándose entre el césped. El doctor se retiró discretamente dejándolos solos.

Subía Ana con un manojo de florecillas. Ofrecióselas á don Tomás, poniendo en sus ojos azules los suyos, y quedándose así sin pestañear unos momentos.

—¿Quieres que paseemos un poquico? Dame el brazo.

Dióselo Ana, y reparando en que iba él sobando las flores entre sus dedos, saltó de pronto:

—¡Usté es don Roque el que ve con los dedos!

—También veo ya con los ojos, hija mía.

—¿Y no era antes ciego?

—Ciego vine del Brasil, ciego me conociste, y aunque ciego, me cobraste cariño como si fueras mi hija y yo fuera tu padre.

—Nunca había oído que mi padre fuese ciego.

—Salí de casa sano de la vista, pero el mal temple del Brasil me cegó y ciego me conociste la primera vez.

—¿Dónde le vi por primera vez, don Roque?

—Al salir del Camposanto una tarde, llegando yo con mi criado Andrés por la carretera.

—Ahora recuerdo que iba allá todas las tardes á consolarme en la sepultura de mi madre. ¡Estaba tan sola en el mundo, don Roque!

Como un relámpago debió de cruzar por su imaginación el recuerdo de Leoncia y de don Serapio, pues de repente entenebrecióse le más el rostro y clavó los ojos en el suelo. Conociéndolo don Tomás, divirtióle la atención diciéndola:

—Mira, Ana, qué bonita anémona rojea ahí abajo.

—¿Dónde?—dijo ella volviendo la cabeza, serenada como si nada hubiese pasado.

—¿No es aquello una anémona?

—No es la sazón, don Roque—respondió turbada hondamente unos momentos, y luego:

—¿Cree usté que las ha de haber en todo tiempo porque nosotros vengamos por aquí? ¿Se acuerda usté que otra vez divisé yo una por esta misma orilla y se la cogí?

—¡Y qué linda era!

—¡Y usté la sobó un poco y puso una cara más alegre! ¡Qué alegre estaba yo entonces, don Roque! ¿Por qué sería?

La muchacha comenzó á temblar de pies á cabeza.

—Porque te figurabas que yo era tu padre.

—¡Ay! Mire, don Roque, las madreselvas de donde también le cogí un ramillete y usté las miraba con los dedos. ¿Por qué, Dios mío, me gustaba tanto verle sobar y mirar con los dedos las flores que yo le daba?—dijo otra vez ensimismada y como quien no acaba de ver claro.

—Porque me querías como si fuese tu padre. ¿No te acuerdas que me querías mucho?

—¿Y por qué no quiso usté ser mi padre, que se fué y alejó de mí y no le he vuelto á ver hasta hoy?

—¡Ana, yo siempre te he querido como á mi hija, y como á hija mía te querré siempre!

—Pero ¿dónde ha estado usté todo este tiempo?

—He estado curándome la vista.

—Ahora ya no se irá de aquí, ¿verdad?

—¿Quieres que me vaya?

—No, don Roque, no se vaya. Vendremos por aquí á menudo y le llevaré yo así del brazo. Pero ¿es cierto que ve usté?

—Veo muy bien. ¿Acaso ya no me quieres porque no estoy ciego como cuando me querías?

Ana le clavó los ojos con mirar vagaroso, más sereno y casi casi alegre el semblante. Luego los entornó bajando la cabeza, mientras don Tomás le decía:

—¿No sabes que soy aquel mismo ciego á quien querías como á tu padre? Yo soy el que llamabas don Roque; pero soy don Tomás Lanuza, tu padre verdadero, que tomé este nombre al llegar á la aldea y no te me di á conocer por no sobresaltarte.

—¿Hace mucho tiempo desde que nos vimos aquí por primera vez?—dijo ella

mirándole extrañamente y sin quitarle los ojos de encima.

—No; hace unos meses.

—¿Y qué ha sido de mí durante esos meses?

—¿No te acuerdas, hija mía?

—No, no me acuerdo.

—Has estado muy malica en cama; pero ya, hija mía, gracias á Dios, estás bien.

—¿Y usté dice que ha recobrado del todo la vista? ¡No acabo de creerlo!

—Del todo, hija mía.

—¿Y usté es el don Roque con quien de ciego paseé yo por aquí un día como hoy, y le cogí flores y me dijo que quería ser mi padre?

—Yo soy aquel á quien como á padre quisiste.

—¿Y usté es mi verdadero padre don Tomás, que faltó de casa?

—¡Soy tu padre Tomás, á quien no conociste!

No había apartado ella un momento sus

ojos de los de su padre, y á cada palabra que le oía, no parece sino que se le desamortecían y cobraban nuevo y nuevo brillo, al propio tiempo que se le desfruncían las últimas arrugas del ceño y se le abría y alegraba más y más el semblante.

Don Tomás, que notaba cada uno de los pasos de este mudarse y despertar de su alma, no supo ya refrenarse, abrió los brazos y dos gruesas lágrimas rodaron sosegadamente de sus hermosos ojos, mientras decía tiernamente:

—¡Hija mía Ana!

Una extraña dulzura sintió la muchacha que caía en lo hondo de su corazón y luego se le derramaba y corría por todo su cuerpo, dejándola bañada en delicioso y quedo bienestar: era el amor filial, que acababa de aposentarse de nuevo en ella, barriendo de las telas del cerebro las figuras que la loca pasión y la apasionada locura habían en ellas fraguado.

—¡Padre mío!—dijo, y dejóse caer blan-

damente en los brazos de su padre, y se le abrieron las antes taponadas fuentes de las lágrimas, que le brotaban ahora hilo á hilo, mansa y sosegadamente.

Luego, retirando su cabeza del pecho de su padre, serenado, abierto y franco enteramente el rostro y como alumbrado por aquellos ojos que centelleaban nueva vida:

—¡Ha sido un sueño! ¿He desvariado, padre? ¿Había perdido el juicio?

—Has estado como enajenada á ratos.

—¡Padre, he estado loca! Ya no lo estoy; ahora lo veo y lo comprendo todo.

Tenía razón. La niebla que había velado su mente y al través de la cual había entrevisto como á persona conocida á don Tomás, se le desvaneció rasgándose de un golpe. Suave claridad alumbraba ya á sus ojos todo el tiempo pasado hasta el punto de la borrascosa escena en que el desapoderado amor de mujer, embravecido en ella por el contraste de las huracanadas pasiones de Leoncia y don Serapio y de la

no esperada revelación del ciego, la había enloquecido y sacado de sí. Toda aquella trágica escena, con sus fieros y negros sacudimientos del alma, hundiéronse como en una sima, borrándole de la memoria, cual desaparece tenebroso ensueño al despertar y abrir los ojos á la clara luz de una mañana de primavera.

El doctor, que detrás de unos matos, todo ojos y oídos, y no sin cierto científico temblor de piernas, había estado aguardando el desenlace, se enterneció y salió de su escondite.

—¡Todo se lo debemos, doctor!—dijo don Tomás, rebosando agradecimiento.

—La alegría de estos momentos, don Tomás, se basta y sobra para sobrepujar á esa deuda.

Y como si fuera un niño, saltáronsele las lágrimas, acompañando á las que de puro gozo derramaba aquella dichosa pareja de hija y padre, que abrazados no acertaban á desasirse ni apartarse.

EPÍLOGO

Había estudiado detenidamente el caso el sabio doctor, habíase enfrascado en la lectura de cuantos libros de psiquiatría se han escrito en los últimos tiempos, y preparó de este modo la delicada experiencia que tan á su sabor se le había logrado. De sus lecturas había sacado que en la cabeza del que está fuera de juicio se han borrado en todo ó en parte los recuerdos de los sucesos, acaecimientos y acciones de la vida anterior al momento de caer en la locura.

Es otra vida mental, que comienza en aquel momento y está tramada por los fantasmas de las cosas que percibe el ena-

jenado en su estado de enajenación con algunos recuerdos antiguos trastrocados y trabucados, y por consiguiente aseméjase mucho al estado mental del que sueña, donde los conceptos y representaciones pasadas y añejas se traban desconcertadamente, atándose unas con otras las figuras más distanciadas, disparatadas y sin lógico ni objetivo enlace, por manera que en lugar de juicios y razonamientos conformes á la sana lógica, resultan los más risibles disparates.

En los sueños suelen ser las representaciones tales como se tomaron de la realidad; pero barájanse unas con otras, sin orden de tiempos ni de lugares, por manera que resultan escenas arlequinescas y que nada tienen que ver con la misma realidad, aunque tan reales le parezcan al que sueña como los acaecimientos á que asiste en estado de vela. Al fin y al cabo, según ciertos filósofos, la vida difiere bien poco de un sueño, ya que, como en

él, todos nuestros conocimientos no reflejan las cosas, sino informadas y enmascaradas por las formas subjetivas de espacio, tiempo y principio de causalidad, que en las cosas no están, sino que vienen de nuestra cabeza y con ellas vestimos las representaciones del mundo real, enteramente desconocido para nosotros. Así que soñar despierto ó conocer soñando, allá se van.

En cambio, no hay otro recuerdo durante el sueño de los verdaderos hechos antes experimentados ni de los juicios que en vela se formaron.

Al sanar de la locura vuelven los juicios y representaciones antiguas, borrándose del todo ó casi del todo las habidas durante ella, como suelen más ó menos borrarse los ensueños al despertar y enhebrar la vida mental, que se oscureció al quedar dormido.

La manía es una locura parcial, sucediendo en ella con la tema particular del

maniático lo que con todas las representaciones intelectuales en el rematadamente loco. Hay que volverle, pues, al recuerdo de la antigua y sana representación, en la cual ha entrado el desvarío, hay que borrar la escena parcial soñada, despertando la real puesta en olvido. Es el único medio de quitarle la tema. Esto suele acaecer cuando el maniático se halla en el mismo conjunto ó muy parecido de circunstancias á aquel que la tema originó.

Sabía el doctor que el hecho que desconcertó la mente de Ana fué el amor, que de filial se convirtió en sexual, el cual no pudiendo de repente volverse atrás y convertirse otra vez en amor de hija al saber que don Tomás era su verdadero padre, revolvió, digámoslo así, las especies en su cabeza y enturbió las ideas, imágenes y representaciones. El amor sexual hacia su padre era el que la había sacado de juicio, era el ensueño que pretendía barrer el doctor de su cabeza, la tema que quería de

ella arrancar. Nada mejor á este fin que ponerla en las circunstancias en que se le despertó el amor filial, para que al renovarse la representación antigua de este amor, y descubriéndole entonces don Tomás cómo en hecho de verdad era hija suya, robustecido y arraigado con la realidad, olvidase de todo punto el amor sexual de su locura y ensueño.

Cada vez que se abría la jeta ó grifo del recuerdo de los que en aquel acaecimiento habían intervenido, su hermana, don Serapio y aun el mismo don Roque, en cuanto objeto de su amor de mujer, brotaba como un vaho que enturbiaba y abrumaba todo su cerebro, poniéndolo como en estado de ensueño, cuando las especies todas se barajan y confunden. En cerrando el grifo, la mente se clareaba y el sueño cesaba, razonando sana y limpiamente.

Trazó, pues, las cosas el doctor de manera que se viese á solas Ana con su padre en la misma senda del regato entre los

olivares, donde á ella se le despertó primero el amor filial, ó donde por lo menos gozó más con él, y cuya impresión pudiera servir para ahuyentar en ella el sueño de las otras impresiones desagradables, en las cuales su tema y manía arraigaba. Cuando viera en don Tomás á su padre, como le había visto en aquel mismo lugar, se borrarían los desvariados ensueños que la enloquecían y le hacían olvidar aquel amor filial que le había tenido y tan ahincadamente la habían impresionado.

Así discurrió el doctor y discurrió sabia y acertadamente. Y como lo discurrió y lo puso en práctica se lo he querido contar yo á los lectores, no fueran á creer que la tal artimaña habíala sacado yo de mi menguado magín.

OBRAS DE D. JULIO CEJADOR Y FRAUCA

GRAMÁTICA GRIEGA, *según el sistema histórico-comparado.* Pesetas 15.—Herederos de Juan Gili: Cortes, 581, Barcelona.

LA LENGUA DE CERVANTES.—*Gramática y Diccionario de la Lengua castellana en el «Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha».*—Tomo I: *Gramática.* En España, pesetas 10.—Tomo II: *Diccionario y Comentarios.* Pesetas 25.—Jubera hermanos: Campomanes, 10, Madrid.

CABOS SUELTOS, *Literatura y lingüística.* Pesetas 5.—Perlado, Páez y C.ª, Sucesores de Hernando: Arenal, 11, Madrid.

NUEVO MÉTODO TEÓRICO-PRÁCTICO PARA APRENDER LA LENGUA LATINA.—Primer curso: Tomo I, *Libro de clase;* tomo II, *Libro de casa.* Pesetas 12.—Segundo curso: tomo I, *Libro de clase;* tomo II, *Libro de casa.* Pesetas 12.—Perlado, Páez y C.ª, Sucesores de Hernando: Arenal, 11, Madrid.

EL LENGUAJE.—Serie de estudios, de los que van ya publicados los tomos siguientes:

Tomo I: INTRODUCCIÓN Á LA CIENCIA DEL LENGUAJE.—Segunda edición, enteramente refundida y aumentada. Pesetas 6.

Tomo II. LOS GÉRMENES DEL LENGUAJE.—*Estudio físico, fisiológico y psicológico de las voces del lenguaje, como base para la investigación de sus orígenes.*—En España, pesetas 10. Jubera hermanos: Campomanes, 10, Madrid.

Tomo III: EMBRIOGENIA DEL LENGUAJE.—*Su estructura y formación primitivas, sacadas del estudio comparativo de los elementos demostrativos de las lenguas.*—En España, pesetas 12.—Jubera hermanos: Campomanes, 10, Madrid.

Tomo IV: TESORO DE LA LENGUA CASTELLANA, ORIGEN Y VIDA DEL LENGUAJE. Pesetas 12.—Tomo A, E, I, O, U. Perlado, Páez y C.ª: Arenal, 11, Madrid.

Tomo V: TESORO DE LA LENGUA CASTELLANA, ETC., ETC. Tomo R.

Tomo VI: TESORO DE LA LENGUA CASTELLANA, ETC., ETC. Tomo N, Ñ.

Tomo VII: TESORO DE LA LENGUA CASTELLANA, ETC., ETC. Tomo L.

Tomo VIII: TESORO DE LA LENGUA CASTELLANA.—Silbantes. Primera parte.

Tomo IX: TESORO DE LA LENGUA CASTELLANA.—Silbantes. Segunda parte.

Tomo X: TESORO DE LA LENGUA CASTELLANA.—Silbantes. Tercera parte.

Tomo XI: TESORO DE LA LENGUA CASTELLANA.—Silbantes. Cuarta parte.

Tomo XII: TESORO DE LA LENGUA CASTELLANA.—Labiales. (B, P.) Primera parte.

Tomo XIII: TESORO DE LA LENGUA CASTELLANA.—Labiales. (B, P.) Segunda parte (en prensa).

ORO Y OROPEL, novela. Pesetas 3.—Perlado, Páez y C.ª: Arenal, 11, Madrid.

PASAVOLANTES, colección de artículos. Pesetas 3.—Jubera hermanos: Campomanes, 10, Madrid.

MIRANDO Á LOYOLA, novela. Pesetas 3,50.—«Renacimiento»: San Marcos, 42, Madrid.

ARCIPRESTE DE HITA, edición, prólogo y comentario: dos tomos. Pesetas 6.—Paseo de Recoletos, 25, «La Lectura».

ROJAS, «LA CELESTINA», edición, prólogo y comentario: dos tomos. Pesetas 6.—Paseo de Recoletos, 25, «La Lectura».

EL LAZARILLO DE TORMES, edición, prólogo y comentario: un tomo. Pesetas 3.—Paseo de Recoletos, 25, «La Lectura».

MATEO ALEMÁN, *Guzmán de Alfarache*, edición y prólogo: dos tomos. «Renacimiento».

LORENZO GRACIÁN, *El Criticón*, edición y prólogo: dos tomos. «Renacimiento».

¡DE LA TIERRA...! colección de artículos. Pesetas 3.—Jubera hermanos: Campomanes, 10, Madrid.

TRAZAS DEL AMOR, novela.—J. Ratés, Plaza de San Javier, 6, Madrid.